POESÍA LATINA



JUAN DE ARONA

POESÍA LATINA

Edición, presentación y notas
de Ricardo Silva-Santisteban

ÍNDICE

Presentación 7

LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO

Dedicatoria 14
Prólogo de esta edición 15
Introducción 19

Libro primero 35
Notas 69
Fragmentos del Libro Segundo de las *Geórgicas* 84
Fragmentos del Libro Tercero 86
Fragmentos del Libro Segundo, en prosa 88
Fragmentos de las *Églogas* 90
Fragmentos de la *Eneida*, Libro Primero 96
Fragmentos de la *Eneida*, Libro Segundo 110
Fragmentos de la *Eneida*, Libro Cuarto 110

Apéndice 111
De la *Ilíada* de Homero 111
De la *Batracomiomaquia* 112
De las sentencias de Publio Syro 113

Detonaciones destempladas 114
Juicio favorable acerca de esta versión 120

LA MATRONA DE EFESO 125

POESÍA LATINA

Al joven y erudito poeta español Don Marcelino Menéndez Pelayo 149

Tito Maccio Plauto
El Parásito [Menecmos] 163
Escena suelta de *Los Menecmos* 180
Del *Anfitrión* 182
El Truculento [Truculentus] 183
El militar fanfarrón [Miles gloriosus] 184
Los cautivos 189
Rudens [El cable] 193

Décimo Laberio
Prólogo 220

Tito Lucrecio Caro
De *Rerum Natura* – Lib. I, vv. 1-43 222
De *Rerum Natura* – Lib. II, vv. 1-13 225
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 1-24 225
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 28-30 227
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 37-40 227
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 59-61 227
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 87-93 228
De *Rerum Natura* – Lib. V, vv. 195-234 228
De *Rerum Natura* – Lib. V, vv. 925-1027 231
De *Rerum Natura* – Lib. V, vv. 1027-1039 238
De *Rerum Natura* – Lib. V, vv. 1056-1077 238

Publio Virgilio Marón
Las Geórgicas – Lib. II, vv. 1-44 240
Las Geórgicas – Lib. II, vv. 420-474 243
La Eneida – Lib. II. vv. 1-159 247
La Eneida – Lib. II, vv. 195-215 257
La Eneida – Lib. II, vv. 250-255 258
La Eneida – Lib. II, vv. 268-292 258

Sexto Propercio
Roma 261

Publio Ovidio Nasón
Filemón y Baucis 262
Píramo y Tisbe 263
Fastos – Lib. I, vv. 697-704 270

Fedro
El pollo y la perla 271

OTRAS TRADUCCIONES

Del Griego
Fragmento de Píndaro 275

Del Latín
Publio Virgilio Marón
Versos de la Égloga I 276
Fragmento de la Égloga IX 277
Fragmento de la Égloga X 277

Llevarás cada mañana tus ganados 278

Timeo danaos et dona ferentes 279

Trabaja asno 279

Thomas Gray
Poecilothaupis Igniventris, scl. 280

Del Italiano
Dante Alighieri 281

Michelangelo Buonarroti 282

El triunfo de la muerte 283

Giacomo Leopardi
La Batracomiomaquia 284

Leopoldo Ferrigni 292

Del Francés
Nicolas Boileau 293

Jean Racine 294

(De un triolet) 295

Victor Hugo
Estrofa de «Fantômes» 296
Dedicatoria de un libro 296

Del Inglés
Alexander Pope
Ensayo sobre la crítica [Fragmentos] 298
Adriano moribundo a su alma 301

George Gordon, Lord Byron
En el sexto aniversario de mi matrimonio 302
En la muerte de un amigo 302

Henry Wadsworth Longfellow
Versos de oro 304

Del Alemán
Friedrich von Hagedorn
Helena y Menelao 305

Johann Wolfgang Goethe
Lejos del objeto amado 306
Encontrada 307
El arroyuelo 307

Ferdinand Feiligrath
La venganza de las flores 309

Apéndice
Una traducción no encontrada 313
Dos traducciones atribuidas 317

PRESENTACIÓN

Juan de Arona, seudónimo de Pedro Paz-Soldán y Unanue, nació en Lima en 1839, ciudad en la que también murió en 1895. Realizó un largo viaje por Europa y el cercano Oriente y luego estudió dos años en La Sorbona, experiencias que lo dotaron de una sólida educación y del conocimiento de varios idiomas clásicos y modernos que le sirvieron para el desarrollo de su notable habilidad lingüística. Juan de Arona publicó a lo largo de su vida una extensa y destacada obra literaria tanto en prosa como en verso. Como poeta, Arona es, con mucho, el más interesante de los poetas románticos peruanos porque en él se dieron, por vez primera en la poesía peruana, un paisaje costeño vívido y unas dotes descriptivas que lo distinguen nítidamente de los artificiales paisajes exotistas de sus coetáneos. Dentro de su extensa y desigual obra poética, pueden entresacarse encantadores cuadros descriptivos del paisaje peruano costeño, los que son vistos, además, con cierto gracejo costumbrista a los que solo les falta trascendencia para no quedar en sí mismos sin un toque de sugerencia. También se destacó Arona en su poesía como un impertinente poeta satírico. Además, escribió tres comedias en verso que se estrenaron con gran suceso.

También la obra en prosa de Juan de Arona es en extremo interesante. Dotado para el trabajo filológico, Arona fue publicando buen número de artículos a lo largo de veinte años sobre el vocabulario peruano que, finalmente, reunió en 1884 en su clásico *Diccionario de peruanismos*. Obra, en verdad clásica en todo el sentido de la palabra, el diccionario de Arona excede la sequedad de este tipo de trabajos para convertirse en un texto de lectura deliciosa en que se mezcla, como siempre en Arona, un conocimiento destacado de nuestro lenguaje con un inimitable desenfado. Asimismo, se le deben las *Páginas diplo-*

máticas (1891), un documentado libro de historia, y el importante *Memorias de un viajero peruano*, publicado en 1971 por Estuardo Núñez, testimonio de su estadía en Europa y en el cercano oriente. Finalmente, una historia de los balnearios de Lima que fue su libro postrero: *Descripción de los tres principales balnearios marítimos que rodean a Lima* (1894).

Juan de Arona publicó dos libros y un folleto de traducciones poéticas, principalmente del latín, y algunas traducciones sueltas de poemas de otras lenguas, posteriores a los libros, que solo aparecieron en publicaciones periódicas. Estas traducciones responden a una peculiar poética de la traducción desarrollada por Arona y son, en algunos casos, de gran calidad pero, sobre todo, de una notable fluidez en el manejo del verso. Por desgracia, gran parte, por no decir casi todas, de estas traducciones son de carácter fragmentario y fueron publicadas, como en el caso de su *Poesía latina*, con un apresuramiento editorial causante de un desorden que perfectamente pudo evitarse. Más que el fruto de un trabajo ordenado y deliberado, sus traducciones adolecen de cierto repentismo producido por una inspiración y una dedicación inconstantes.

La primera traducción de Juan de Arona fue *Las Geórgicas* (1867), producto en parte trabajado en París. No se trata de la traducción completa del poema de Virgilio, sino de la versión del primer libro traducido en silvas y algunas breves selecciones de los tres restantes vertidos en otros metros y en prosa. Se añaden también al libro dos fragmentos, en traducción libre y jocosa, de la *Égloga V* y del comienzo de la *Eneida* de Virgilio, que anteriormente se habían publicado en *Ruinas* (1863). Igualmente, se publican dos fragmentos del griego y unas sentencias de Publio Syro, para luego terminar con los sonetos de la ácida polémica que mantuvo con José Arnaldo Márquez por la traducción del primer libro de *Las Geórgicas*, cuando apareció en folletín en *El Nacional*. De acuerdo a los patrones de traducción del siglo XIX, su versión del libro primero se encuentra trasladada con fidelidad y el verso es muy flexible. La rima brota espontánea en los versos de Arona y su lectura discurre con facilidad gracias a su competente ritmo.

Pocos años después Arona dio a la imprenta el folleto *La matrona de Efeso* (1872), una versión parafrástica del relato de Petronio incluido en los capítulos CXI y CXII de su novela *El satiricón*. Juan de Arona consideraba esta paráfrasis, como a veces hacen los traductores cuando se apartan del original y ponen más de su cosecha que en una simple traducción, una creación original. Ello se desprende de su afirmación en la nota final añadida a su versión:

> Petronio, escritor latino del tiempo de Nerón, me ha sugerido el asunto de la composición que precede. Es todo lo que de él he tomado; pensamientos, imágenes, reflexiones, locuciones familiares, la introducción y la conclusión, todas las *bordaduras*, en fin, me pertenecen.

No le falta razón, pero también es lo que con propiedad se denomina una traducción parafrástica.

Casi una década después, Juan de Arona publicaba *Poesía latina* (1882), libro en el que coleccionaba su labor de traductor dispersa en publicaciones periódicas o que había mantenido inédita. El motivo de la edición se debió a un pedido de Marcelino Menéndez Pelayo que en esa época acopiaba información para una *Biblioteca de traductores castellanos* que quedó incompleta y se publicó en forma póstuma. Algunos de los artículos de Menéndez Pelayo se publicaron como introducciones a versiones de los clásicos griegos y latinos de la Biblioteca Clásica Hernando. En una de ellas puede leerse el comentario que vertió luego el polígrafo español sobre Juan de Arona[1]. Por tal motivo, Arona recopiló y editó con presteza, para satisfacer el pedido del polígrafo español, esta labor desperdigada e inédita, parte de ella fruto de la época en que se dedicó a la enseñanza de literatura latina en la Universidad de San Marcos. Por

---

[1] En *Églogas y Geórgicas de Publio Virgilio Marón*. Traducidas en versos castellanos por D. Félix M. Hidalgo y D. Miguel Antonio Caro, con un estudio preliminar de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid, Bibioteca Clásica, 1909, pp. LVII-LXI

desgracia, el libro se encuentra apenas ordenado. En él también incluyó traducciones de otras lenguas como del italiano y el inglés.

Para el primer libro seguimos el ordenamiento de la publicación original. En *Poesía latina* hemos optado por reordenarlo cronológicamente por autores y, dentro de cada autor, reordenarlo de acuerdo a la continuidad de las obras. En algunos casos, añadimos sin mencionarlo, el título de los fragmentos y ubicamos los libros a que pertenecen y los versos de los originales a que corresponden. En la sección *Otras traducciones* reagrupamos las traducciones fragmentarias y dispersas del latín, del italiano y del francés en otros libros de Arona y en publicaciones periódicas; las traducciones del italiano y del inglés de *Poesía latina* y otras traducciones del inglés y del alemán de publicaciones periódicas posteriores.

Finalmente, añadimos algunos apéndices necesarios como la interesante carta sobre su polémica con Manuel González Prada y sobre las dos traducciones que se le han atribuido.

RICARDO SILVA-SANTISTEBAN

LAS GEÓRGICAS
DE VIRGILIO

POESIA ANTIGUA

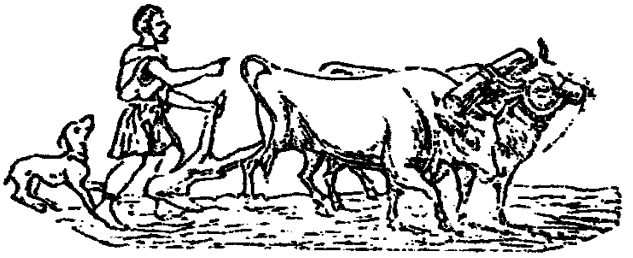
LAS GEORGICAS DE VIRGILIO

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

POR

JUAN DE ARONA

PEDRO PAZ-SOLDAN Y UNANUE.



LIMA.

IMPRENTA DE «EL COMERCIO» DIRIJIDA POR J. M. MONTEROLA

CALLE DE AYACUCHO, ANTES RIFA NUMERO 44.

1867.

A MI PADRE
EL DOCTOR DON PEDRO PAZ-SOLDÁN

Tú llevaste a la pila a esta niña
al mirar su belleza Georgiana,
si laureles alcanza mañana
¡que con ellos tus témporas ciña!

Lima, Noviembre de 1867

JUAN DE ARONA

PRÓLOGO DE ESTA EDICIÓN

La traducción que presentamos hoy al público en forma de libro fue publicada en el folletín de *El Nacional* en setiembre de 1866.

La crítica, que en lo privado nos fue enteramente lisonjera, no hizo en lo público manifestación ninguna, porque no podemos considerar en tan distinguida categoría a alguno que otro ladrido destemplado de la *impotencia* pretenciosa.

En cambio, un periódico extranjero que generalmente no es hostil, *La Crónica de Nueva York*, consagraba un capítulo a nuestra humilde traducción en la revista bibliográfica de su número correspondiente al 1º de Diciembre, en los términos siguientes:

«LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO, *traducidas en verso castellano, con un prólogo y notas, por D. Juan de Arona*; Lima 1866.

«De propósito he dejado para lo último el análisis de esta obra debida a la pluma de un hispano-americano; pues quería que mis lectores hallasen algo entretenido, después de lo malo, mediano e indiferente que hoy me ha tocado criticar.

«Entre los poetas antiguos ha figurado siempre en primera línea el nombre de Virgilio, y sus bellos poemas han tenido el honor de ser traducidos en casi todos los idiomas modernos. *Las Geórgicas* lo fueron en España por D. Juan de Guzmán y Fray Luis de León, y hoy ha acometido igual tarea el joven limeño que se firma Arona, y con bastante acierto, según lo que juzgarse puede por el libro primero, único que todavía ha llegado a mis manos.

«Para que mis lectores puedan apreciar las bellezas y la exactitud de la traducción, copiaré dos trozos, que dicen así:

> Doce los signos son que el curso marcan
> del sol en su recinto aprisionado,

cinco las zonas que el Olimpo abarcan.
Una del sol por la centella herida
tostada siempre está y enrojecida;
dos opuestas al uno y otro lado
son asilo en los límites del cielo
de eterna bruma y de cerúleo hielo.
Entre estas, intermedias y templadas,
dos fueron por los dioses designadas
para servir al hombre de hospedaje,
y entre ellas hace el sol su oblicuo viaje.
El mundo que hacia el Norte se hincha y sube
deprimido aparece al medio día.
Allá[1] se pierde en la más alta nube;
acá[2], depuesta ya su altanería,
la Estigia ve sombría,
y de los Manes la región profunda. El
lúcido Dragón allá circunda, envuelve
como un mar a las dos Osas de caer
al Oceano temerosas.
Y en la oscura región del austral polo,
o reina noche sempiterna, o solo
su lóbrego horizonte se despeja
y ve la luz cuando la luz nos deja.
Y cuando los corceles de la aurora
aquí nos soplan la primera hora,
para ellos tal vez Héspero frío
encenderá su luminar tardío.

Mediante estas verdades
podemos predecir las tempestades,
el labrador sospecha
el tiempo de la siembra y la cosecha,
y cuando puede el pescador incierto
abandonar sin sobresalto el puerto.
Cuando a la selva ha de arrancarse el pino
que en sus desastres seguirá al marino:
no en balde en el celeste anfiteatro
seguimos de los astros la carrera
partido el año en estaciones cuatro,
invierno, otoño, estío y primavera.

---

[1] En el polo ártico.
[2] En el antártico.

«Hablando del invierno se expresa luego en estos términos:

Otro recluso en casa
las tardas noches del invierno pasa
junto a su hogar en vela,
y de su antorcha casi moribunda
en reanimar a ratos se desvela
la llama vagabunda.
Su cónyuge los hilos entre tanto
de las futuras telas escarmena
y solaza de entrambos la faena
con monótono canto.
O de coser el dulce mosto cuida
y a espumar con una hoja se apresura
la olla que rechina y que murmura
en el fragoso hervor estremecida.
Cosecha y trilla cuando el sol bravío
el corazón incendia del estío;
del cielo con la ayuda
en la buena estación trabaja y suda
y el holgar deja para el tiempo frío.
Parece que el invierno nos convida
a olvidar los cuidados de la vida:
del campo en los confines
el cansado colono se alboroza,
y todos desde el fondo de la choza se
obsequian con recíprocos festines.
Como después de travesía grave
suelen las nautas de común concierto
la popa de su nave
ornar de flores al tocar el puerto».

Es cuanto tenemos que comunicar al público al presentarle esta nueva edición de las *Geórgicas*.

Lima, noviembre de 1867.

INTRODUCCIÓN

I

El poema de las *Geórgicas* (de *ge* y *orgon*, que en griego significan trabajos de la tierra, agricultura) consta de cuatro *libros* o partes, y fue escrito por Virgilio en Roma pocos años antes de la venida de Jesucristo y a los 33 de su propia edad; habiéndole sido sugerida la idea por su protector Mecenas, gran privado de Augusto, emperador entonces, con la mira política de enaltecer a los ojos de los romanos la agricultura que ellos habían tenido siempre en mucha estima y que se hallaba entonces en decadencia.

Bajo este punto de vista, nuestra traducción tiene también su importancia y llega a tiempo,

> Pues nuestros campos ¡ay! faltos de brazos
> palidecen eriazos.
> Y es el arado objeto de disgusto, y
> yace sin honor; y de las hoces
> forjan para guerrear armas atroces.

Como dice el mismo Virgilio al final del *Libro* cuya traducción damos hoy al público, y que es el primero del poema.

Los romanos eran más *hijos de la tierra* que nosotros; y desde sus nombres patronímicos, como Cicerón (de *cicer*, garbanzo); Lentulus (de *lentis*, lenteja); Fabio (de *faba,* haba); Porcius (de *porcus*, puerco); Asinus (nombre que en el día se puede aplicar a más de uno); hasta sus monedas sobre las cuales solían acuñar un *carnero* en representación del ganado, *pecus*, de donde se derivaron *peculio* y *pecunia*; todo, sin omitir su literatura prosaica y poética, donde la agricultura nacional se refleja con frecuencia en grandes imágenes, todo revela su preocupación

constante por el cultivo del campo y su amor por la Madre Tierra. Mas aún: Horacio ha dicho en una de sus odas:

> *Ad farris honorem gloriam adorea appellabant.*
> *Ador* llamaban a la gloria en honor del *farro*,[3]

Cicerón en su tratado sobre el Orador (*De oratore*) y en el que consagró a la Vejez (*De senectute*), se acuerda a cada paso, como en la mayor parte de sus obras, del campo; y particularmente en este último tratado, prorrumpe en un párrafo elocuentísimo que comienza con estas significativas palabras: «*Venio nunc ad voluptates agricolarum, quibus ego incredibiliter delector*». — «Paso ahora a las delicias del *agriculturear,* en las que yo mismo me deleito increíblemente», y concluyeron en este patético ejemplo Homérico: «*At Homerus... Laertem lenientem desiderium, quod capiebat e filio, colentem agrum, et eum stercoratem facit*». — «Y Homero pinta a Laertes hallando en el cultivar y estercolar su campo un lenitivo a la ansiedad que le causaba la ausencia de su hijo».

En cuanto a obras exclusivamente agrarias, tenían los romanos el *De re rústica* de Catón, que es como la cartilla de todas ellas, las de Varron, Columella, Paladio y otras.

Explicado el *por qué* de las *Geórgicas*, vamos a ocuparnos del poema mismo y de las traducciones poéticas que de él se han hecho, inclusa la nuestra: o en otros términos; pongamos punto a la cuestión histórica, y entremos en la literaria y filológica.

II

Virgilio, que en las *Bucólicas* o *Églogas* había seguido las huellas del poeta siracusano Teócrito, como en la *Eneida* debía

---

[3] El *farro* o *ador* es una semilla semejante a aquel trigo que los españoles llaman *escanda* y también *farro; épeautre* los franceses, y la *Flora de Virgilio — triticum spelta.*

seguir las de Homero, tuvo por modelo en las *Geórgicas* al poeta griego Hesíodo, natural de Ascrea, en la Beocia, por lo cual Virgilio se jactará más tarde de *haber trasportado el verso Ascreo a los pueblos romanos*.

Pero el rudo poema de Hesíodo, sostenido a duras penas por la rotunda sonoridad de la lengua en que escribía, es más bien una especie de *almanaque en verso*, como han dicho algunos; siendo inmensa la distancia que hay de *Los trabajos y los días* (*Ergá ke Hemerâ*) a las *Geórgicas*.

El primer libro del poema latino se ocupa de las sementeras y de la labranza de la tierra; el segundo, del cultivo de la viña y del plantío de los árboles; el tercero, de los pastos y ganados; y el cuarto de las abejas.

Tratemos de reunir todos estos asuntos en una octava para que se graben más fácil y distintamente en la memoria:

RESUMEN

DE LOS CUATRO LIBROS QUE COMPONEN EL POEMA DE LAS GEÓRGICAS.

Trata el libro primero de las mieses,
de la labor del campo y del arado;
el segundo va a hacer que te intereses
a favor de la vid y el arbolado.
El tercero de pastos y de reses,
el cuarto de la abeja y su cuidado,
todo el poema pues así se aplica:
labra, planta, apacienta y melifica.

Aunque el mismo Virgilio se nos haya anticipado ya haciendo idéntico anuncio en los siguientes versos que sirven de entrada a su libro primero:

Voy ¡oh Mecenas! a cantar las mieses,
y a decir en qué meses
el cielo desgarrar nos aconseja
la tierra con la reja;
y uncir la vid al olmo, y qué cuidado
nos merezca el rebaño y el ganado
como también la diligente abeja.

Aun el mismo libro primero se halla racionalmente subdividido del modo siguiente: I, Exposición de la obra. II, Invocación a las divinidades campestres, incluso el octaviano César Augusto, emperador reinante entonces, y a quien, por gratitud o por adulación cortesana, considera ya entre ellas. III, Diversidad en la labranza, según la calidad el terreno. IV, Origen de la agricultura. V, Instrumentos agrícolas (que nuestros negros campesinos llaman colectivamente *la herramienta*). VI, Época de cada trabajo. VII, Presagios del mal tiempo. VIII, Digresión sobre los varios fenómenos que precedieron y siguieron a la muerte de César; y finalmente, y a guisa de Epílogo, plegaria por la salud de Augusto y del pueblo romano.

Rogamos al lector que tenga presente estos apuntamientos o sumarios, pues siendo el original parco de transiciones, hemos debido serlo también nosotros en nuestra traducción; la que, sin esta clave, podría parecer confusa y como de una sola pieza.

Son, pues, las *Geórgicas*, un poema *didáctico descriptivo*, y mal podrían convenir a su traducción aquellos arranques épicos, líricos, o cuando menos románticos, tan al gusto del día particularmente en Sud-América. El público se admirará con frecuencia de la llaneza y precisión de nuestros versos; pero no podíamos dar a Virgilio y a su argumento un relumbrón que no tienen ni pueden tener, salvo aquellos casos en que ese esplendor dimana de la misma naturaleza del asunto, como en la pintura de la tempestad y en el episodio histórico con que finaliza el primer libro, en el que ya se notan los guerreros sones que dirán más tarde: «*Arma virumque cano*». El estilo que conviene al traducir las *Geórgicas*, es un estilo noblemente sencillo.

La noble sencillez siempre es hermosa,

como dice Martínez de La Rosa; y nunca más que al traducir las *Geórgicas*. Todo lo que sea amaneramiento, ficción, primor, elegancia demasiado exquisita, es falsear a Virgilio.

III

Nuestro principal deseo ha sido interpretar el espíritu y el colorido del poeta latino; espíritu y colorido de que por fortuna nuestra estábamos impregnados desde años atrás, gracias en gran parte a los cursos de poesía latina de la Sorbona de París, dirigidos por el célebre Monsieur Patin, cuyas lecciones tuvimos el gusto y el honor de seguir por dos años; y cuyo hecho consignamos aquí para que no se nos niegue enteramente la competencia en cuestiones Virgilianas.

No por esto se crea que hemos desoído el clamor por la *literalidad* que se elevaba de nuestra alma educada en el más escrupuloso respeto de Virgilio. Y aunque no desafiaríamos el terrible *mot à mot* con que el pedagogo de *Dijon (Clemente)* hostigaba a Delille por su traducción de las *Geórgicas*, al hacer lo cual, según Voltaire, *«la victoria [le petit serpent] de Dijon* no hacía otra cosa que romperse los dientes en una de las mejores limas francesas», aunque no resistiríamos a esta prueba pueril, podemos asegurar que nuestra versión es tan *fiel* al texto cuanto se necesita para no rayar en *infiel*, como le ha acontecido a tantos que han ido a parar a este extremo, deseosos de triunfar del *mot à mot*, o sea del ridículo empeño de traducir palabra por palabra.

Triunfan, no hay duda: pero después del aplauso merecido se les podría pedir noticias del autor y del traductor, pues sucede que en estas traducciones tan fielmente *calcadas*, ambas individualidades desaparecen en obsequio a la exactitud. Así por ejemplo, «Las *Geórgicas* de Virgilio traducidas en octava rima por Fray Luis de León» ni son de Virgilio ni son de Fray Luis; así como en su oda a Felipe Ruiz, y otras donde el poeta español imitaba o recordaba, y no *traducía* al poeta latino, Fray Luis es Virgilio sin dejar de ser Fray Luis. Apoyándose en aquello, dicen los franceses que nada hay más *infiel* que una traducción muy *fiel*.

IV

La primera traducción española en verso de las *Geórgicas* se hizo en 1586, seis años después del nacimiento del célebre Quevedo, siendo autor de ella don Juan de Guzmán. Hizo uso este señor en su traducción del verso endecasílabo sin consonante ni asonante que llamamos *libre,* y aun de otros modos, en español; *suelto,* los italianos; *blanco,* los ingleses; y la mayoría de las gentes, y entre ellas nosotros, *insoportable*. Así es que el agudo poeta español Cristóbal de Castillejo, adelantó su fallo al de los siglos, cuando hablando del *verso suelto* dijo oportunamente que era,

> ……..cierta prosa
> medida sin consonante

Como muestra de la traducción de Guzmán, léanse los siguientes versos tomados al acaso, y que son los 269 y siguientes del libro I.

> No hay religión que vede echar el agua
> al sembrado, ni reparar la cerca,
> ni asechar a los pájaros con lazos,
> ni echar fuego a las matas y espinales,
> ni al rebaño de ovejas refrescarlo
> en el río, por apartar la roña.

Cuarenta y siete años después, o sea en 1631, publicó en Madrid Quevedo las obras de Fray Luis de León, y entre ellas una traducción en octavas del libro I de las *Geórgicas*. Otras dos traducciones que aparecieron después, permanecieron algún tiempo sin dueño, hasta que fueron reconocidas como de Fray Luis también. Está en *liras* una que era su metro favorito, y en prosa la otra. Para que se puedan comparar entre sí ambas traducciones, hablamos de las poéticas, y también con la de Guzmán, citaremos el mismo pasaje que de este hemos citado y comienza en el verso 269.

PRIMERA TRADUCCIÓN DE FRAY LUIS

…….. y al sosiego
santo el hacer también le es permitido
por la ley algunas obras: porque el riego
no hay fiesta que lo vede, ni es vedado
cercar con valladares el sembrado.

Ni menos el armar al ave engaño,
ni el encender los cardos, ni el roñoso
ganado zabullir en fresco baño.

SEGUNDA TRADUCCIÓN DE FRAY LUIS

La ley santa que advierte
el que la fiesta a Dios es consagrada,
no se entiende de suerte
que obrar en ella no se puede nada;
que si es pequeño el hecho,
ni la ley lo prohíbe ni el derecho.

Como regar la tierra;
quemar zarzas y cercar sembrados,
hacer al ave guerra,
refrescar en el río los ganados,
¿qué religión lo veda
ni prohíba jamás que hacerse pueda?

Para acabar de ilustrar este pasaje, citaremos nuestra propia traducción y el texto latino:

Ni es trabajar ilícito
en el feriado día:
puedes regar solícito
tu campo, si de sed desfallecía,
sin que la religión ni la costumbre
tomen de ello ninguna pesadumbre.

Rodear tus sementeras del vallado
que impida los asaltos del ganado,
lazos tender y redes
a las incautas aves también puedes,
dar fuego a los adustos
espinosos arbustos,
y sumergir en saludable baño
al balador rebaño.

Quippe etiam festis quædam exercere diebus
Fas et jura sinunt. Rivos deducere nulla
Relligio vetuit, segeti proetendere sepem,
Insidias avibus molliri, incendere vepres,
Balantumque gregem fluvio mersare salubri.

Se nos dirá que de las traducciones citadas, la más larga es la nuestra; pero nótese también que es la que mayor número de versos cortos o *heptasílabos* contiene; y sobre todo, que nosotros interpretamos el espíritu de Virgilio como ya lo hemos dicho, y no sus palabras, aunque ninguna de ellas se nos haya escapado en este pasaje.

Las citas procedentes las hemos hecho al acaso y sin malignidad, y el que consulte por entero las traducciones de donde las hemos tomado, verá que en las ajenas hay veinte pasajes más infelices que los citados, y en la nuestra otros que por la concisión y otras cualidades nos habrían dejado más lucidos que el que hemos presentado. En cuanto a traducir los *cinco versos latinos* por otros *cinco españoles* como desearían vivamente aquellas personas que acostumbran medir la traducciones poéticas *con la vista*, esto es imposible, porque no hay quien alcance el larguísimo verso latino si no es nuestro *alejandrino*, y Virgilio geórgico en este metro tendría los graves inconvenientes que con *ejemplos* señalaremos en el apéndice.

La primera traducción de Fray Luis carece del espíritu *Virgiliano y Leonino*. En cambio la fidelidad material nada deja que desear, y es tan ciega que en donde el original es oscuro, la versión lo es también de seguro. Sin embargo, el gran maestro suele permitirse de trecho en trecho alguna que otra libertad, no para aclarar el texto, no para mejorarlo, sino para decirnos por ejemplo que

…….para escaramuzas
son muy buenas las yeguas andaluzas.

u otra cosa por el estilo que no se halla ni en el pasaje que inmediatamente traduce, ni en ningún otro de las *Geórgicas*, ni en general en el espíritu de Virgilio.

Esto proviene de la necesidad de *llenar la octava*; del error de haber querido meter a Virgilio en un brete o cepo ajustando a estrofas regulares un poema, cuyos libros o cantos como se dice en el día, no tienen otras divisiones que las que puede tener una obra en prosa, y que en nuestro concepto, no debe ser traducido sino en *silva* o en *romance*. La segunda traducción en *liras* se aleja considerablemente del original, sin que por esto podamos llamarla *una bella infiel* como dicen los franceses, pues no le hallamos ninguna belleza, a no ser la lozanía de sus rimas que realmente agrada. Basta ya: que si Delille por haber osado traducir a Virgilio despertó las iras del furiosamente *Virgiliano* «Clemente de Dijon», críticos hay en el Perú semejantes al de Dijon, si no en la pasión por Virgilio, en el criticar sin misericordia. Recordaremos a estos Clementes y a los que no lo sean, que si el haber acometido la traducción de las *Geórgicas* en sus mocedades, sirvió de excusa a Fray Luis, nosotros podemos también excusarnos con nuestras *mocedades* o sea con nuestros *veinte y siete*... flamantes argumentos.

De las traducciones extranjeras, la más afamada es la de Delille; y esta, pasados los días en que Voltaire la llamaba *la mejor lima francesa*, es reputada por sus mismos compatriotas como «frívola, *coqueta,* ligera, llena de antítesis y empapada en el gusto moderno». La italiana de Arici está en verso suelto y con eso queda dicho todo. La portuguesa de don Odorico Méndez de «San Luis de Maranhao» como él mismo lo advierte temeroso de que como a Cervantes y Homero siete ciudades se lo disputen algún día, y que lleva por título *Virgilio Brasilero,* se halla en el mismo caso que la de Arici; la inglesa de Warton en versos pareados, es admirable por el vigor, concisión, energía y elegancia de la lengua inglesa; y la única que podría haber despertado nuestra emulación si menos fascinados por el sublime original, si menos acostumbrados a embebernos en su deliciosa corriente, nos hubiera sido posible inspirarnos en otra fuente que la primitiva.

V

Las traducciones españolas que acabamos de citar, solo de noticia nos eran conocidas, pues la que de ellas da Quintana en la introducción a su *Parnaso español* es de la naturaleza, que nos había quitado la gana de buscarlas, hasta que nos fueron proporcionadas últimamente por nuestro erudito tío don José Gregorio Paz-Soldán, cuando ya teníamos concluida casi la traducción que hoy damos al público, que fue emprendida y en su mayor parte llevada a cabo en la soledad de una hacienda, semejante en esto siquiera al gran poeta inglés Dryden, que escribió lo principal de su traducción de la *Eneida* en la quinta de Burleigh House. Desde Fray Luis acá o sea desde los principios de 1600 no tenemos noticia de ningún poeta español que haya puesto la mano sobre las *Geórgicas*, exceptuando el frustrado u abortado intento de don F. de la Vera e Isla Fernández en nuestros días, quien en sus *Ensayos poéticos* (París, 1852), tradujo las *Geórgicas* desde el principio hasta el verso… 23, tarea que desempeñó en 32 versos endecasílabos *sueltos*.

Entre los poetas americanos, cábenos la gloria de ser el primero que mide con Virgilio, con el Virgilio Geórgico a lo menos que cuanto el Virgilio de la *Eneida* parece que fue o debió ser interpretado por un poeta argentino.

Don Andrés Bello es el único de nuestros poetas que ha parecido conocer y apreciar las *Geórgicas*; y sus silvas americanas tituladas «Alocución a la poesía», la «Agricultura de la Zona Tórrida», etc. están llenas de imitaciones, cuando menos felices, de Virgilio; y decimos *cuando menos* porque no son pocas las veces en que el gran poeta venezolano se coloca al lado del poeta latino, y aun lo supera (con perdón de los pedantes).

Sin contar los innumerables versos, imágenes, o meros epítetos que le sugiere su gran talento poético, con tanta frecuencia, ya que no siempre, iluminado por los resplandores de la inspiración, y que, sin dejar de pertenecer a la Escuela Virgiliana, son exclusivamente suyos, como cuando animando al *maíz* dice:

……..jefe altanero
de la espigada tribu.

O aludiendo, según parece, a una constelación que como la «cruz del Sur» solo en nuestro cielo es invisible.

Y la paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.

O trazando a su patria un cuadro de prosperidad que apetece y ve cercano:

Enjámbrase el taller, hierve el cortijo
y no basta la hoz a las espigas.

O haciendo uso de un inesperado epíteto prorrumpirá en estos versos tan singulares como sentidos:

¡Oh jóvenes naciones, qué ceñida
alzáis sobre el *atónito* occidente
de tempranos laureles la cabeza!

Tal fue el único discípulo americano de Virgilio que conocemos. Tal era el gran poeta que, trocando después el Mincio por el Sena y el latín por el francés, debía darnos a Victor Hugo en traducciones que hacen olvidar el original; ya con un estilo eminentemente pintoresco, como en «Moisés salvado de las aguas», ya con unas estrofas verdaderamente *sollozantes*, como lo son las de las composiciones tituladas «Fantasmas» y «La oración por todos».

¡Gloria a Caracas de cuyo seno han salido los dos hombres más ilustres de Sud-América, por la pluma y por la espada, Bello y Bolívar!

VI

Reconcentrémonos ahora en nuestra propia traducción, que intencionalmente hemos relegado al último departamento de esta introducción, tanto por una deferencia natural a los ilustres

nombres que nos han precedido desde Virgilio hasta Bello, cuanto porque la última campanada es la que por más tiempo queda sonando y enseñoreada del espacio, y nosotros deseamos que el eco de estas últimas palabras acompañe a los lectores todo el tiempo que dure la lectura de nuestra traducción, para que teniendo sin cesar a la mano alguna de nuestra razones atenúen la severidad con que sin esto mirarían tal vez nuestro ensayo Virgiliano.

Hemos elegido el metro llamado *silva* por las razones arriba expuestas: razones que serán robustecidas en el *Apéndice* con la muestra de una traducción en *alejandrinos* del II libro de las *Geórgicas*. A propósito de aquel metro, haremos notar la animadversión singular y general casi con la que se le mira, en Lima al menos, no obstante haber sido este metro tan usado por todos los grandes poetas cuanto equivocado por los poetas mediocres o principiantes, que en todo escribirán, en soneto, en romance, en acróstico, menos en silva. Aunque su facilidad es tal cuando se le ha dominado, que la pluma corre insensiblemente como al escribir en prosa, habiendo entonces de este a los otros metros lo que de andar a pie a rodar en coche. Lope de Vega escribió en silvas su *Gatomaquia* y sus poesías líricas de más crédito como «El siglo de oro» y otras; Calderón echa mano de ellas a cada paso en sus comedias; Quintana las ha usado en todas sus odas; Espronceda en su *Diablo Mundo* y poesías líricas; y hasta el popular Zorrilla también les rinde frecuente homenaje. Hay probablemente entre este metro frecuente y los otros la misma diferencia que entre la ópera y la música corriente: aquella solo la estiman los que tienen el gusto músico educado, ejercitado y refinado; y esta es para todo el mundo.

En cuanto al lenguaje, la majestad y pompa naturales del castellano nos han permitido más de una vez traducir al pie de la letra versos y preceptos que Delille traduce rodeando, sin otra razón que los escrúpulos de su pobre lengua, como el siguiente: *vere fabis satio*, que literalmente significa *en primavera la siembra de las habas* y que nuestra hermosa lengua nos ha

permitido interpretar con noble y sencilla exactitud del modo siguiente:

«En primavera sembrarás las habas» mientras que Delille, vistiendo este verso a la moderna, lo traduce así con ridícula elegancia:

> *Sitôt que dans nos champs zéphir est de retour*
> *On y sème la féve.*

Porque sabía que *«au printemps tu semeras les féve»* aun en prosa, solo habría sido digno de un villano. Por otra parte, ¿qué lengua, exceptuando la nuestra, o a lo sumo la inglesa, habría tolerado en verso las expresiones *litoral mojado, hondas Baleares, miasmas deletéreos* y otras de que hacemos uso en nuestra traducción, con buen éxito, si no nos engañamos, pues en los respectivos sitios en que están colocadas como que halagan con su extrañeza oportuna al sentido poético? En cambio ¡cuántas veces nos es imposible, sin incurrir en violencia, oscuridad o afectación, expresar la energía concentrada de algún vocablo latino! En este verso, en que hablando de las antípodas dice Virgilio *«Illic ut perhibent, aut intempesta silet no»* el *silet* tiene una gran fuerza pues en sí solo concentra la significación de reinar (la noche) y de ser ésta silenciosa. Y si nosotros decimos: *«silencia* o *calla* una noche intempestiva» el verso pierde su belleza y es un gran disparate; y si adaptándolo a las necesidades de nuestra lengua decimos: «Reina una noche intempestiva y silenciosa» estará bien traducido; pero será un verso (supongamos que lo sea) flojo y trivial, indigno de Virgilio, uno de esos lugares comunes con que diariamente se engalanan nuestros *explosivos* copleros, nuestros grandes *Torpedos literarios*[4]. Hay

---

[4] No faltó poetastro que, a pesar del *Sancho-Pánzico* buen juicio de que se le podía creer adornado

> Si por un momento teníase en cuenta
> su calva, su panza, sus años cuarenta,
> y los de su vida seis años vividos
> en los desunidos Estados Unidos,

que hacer uso de dos epítetos por la necesaria traducción del adjetivo *intempesta*, al paso que en el original el segundo (*silenciosa*) va envuelto en el verbo mismo que denota la acción (*silet*); y el verso, desembarazado de un epíteto y atenido a uno solo, como que aligera su marcha. Por esta razón se llaman sintéticas las lenguas antiguas (griega y latina) y compuestas o analíticas las modernas.

Muchas y muy nuevas observaciones podríamos aglomerar si no temiéramos que el público se cansara de seguirnos largo tiempo en especulaciones meramente filológicas, cuya importancia aún no se conoce entre nosotros, o no se fomenta lo suficiente para que, como en Europa, se atreva un peruano a consagrar una larga disertación a una sola palabra. El lector podrá hallar estas observaciones en las notas desparramadas por la obra; y apurarlas a pequeñas dosis al pie mismo de las palabras a que inmediatamente corresponden. De este modo la lección será menos molesta y más provechosa[5].

Por lo que toca a las incorrecciones de estilo que los puristas o *seudo-puristas* puedan notar; giros modernos, locuciones afrancesadas, inglesadas, o *de ningún idioma*, que de éstos neo-

---

se creyera, como un tonto, comprendido en la categoría de los *explosivos* y reventara como un mal torpedo contra esta pobre traducción en cuatro disparatados sonetos que fueron como las destempladas detonaciones, como los ridículos estallidos, como los dolorosos pujos de su impotencia pretenciosa.

> ¡Oh tú, *camaronero gallinazo*
> de cuello corto y de rapada frente,
> que el «octavo» apellidaste «durmiente»
> y con razón porque eres un pelmazo!
> ¡Cruje, rechina, estalla como un cohete,
> haz tu explosión y a los infiernos vete!

Sin ir tan lejos y con solo acudir al *Apéndice* encontrará el curioso lector estos sonetos, acompañados de su refutación y parodia correspondiente.

[5] En esta nueva edición hemos relegado las notas al fin de la obra, no dejando subsistir las marginales sino cuando son indispensables al sentido inmediato, o cuando su brevedad permite esta colocación.

logismos se ve mucho en el día, resabios son del siglo y lugar en que vivimos, a los que, a pesar nuestro y probablemente cuando menos lo sospechamos, rendimos tal vez tributo. Aquí no hay academias, ni obras concretamente escritas, ni círculos donde estudiosamente se cultive el buen decir, ni ciencia agrícola propiamente dicha que nos haya ayudado a entender a Virgilio prácticamente. Todo ha debido ser fruto de nuestros propios esfuerzos; de recuerdos bebidos en nuestros lejanos viajes, y no pocas veces del instinto. Esperamos que todas estas razones y otras mil que omitimos por sabidas, muevan al público a la indulgencia. Si ésta nos abandona y damos una caída de la que no podamos levantarnos, nos consolaremos con aquel hermoso verso francés,

Dans une noble chute on tombe noblement

O con las palabras de Pope cuando escribía su traducción de la *Ilíada*. «Wathever the sucess may prove, I shall never repent of an undertaking in which... I hope to pass some of those years of youth that are generally lost in a circle of follies, after a manner neither wholly unuseful to others, nor disagreable to myself».

«Sea cual fuere el resultado, jamás me arrepentiré de una empresa en la cual espero pasar aquellos años de juventud que generalmente se malgastan en tonteras; y que no será ni del todo inútil para los demás ni desagradable para mí mismo».

Mientras tanto digamos con Virgilio:

Sed nos inmenssum spatiis confecimus æquor,
Et jam tempus equum fumantia solvere colla.

Mas nuestro carro veloz
ha devorado el espacio
y es tiempo ya de soltar
a los humeantes caballos.

Lima, setiembre de 1866.

LIBRO PRIMERO

Voy ¡oh Mecenas! a cantar las mieses,
y a decir en qué meses
el cielo desgarrar nos aconseja
la tierra con la reja,
y uncir la vid al olmo, y qué cuidado
nos merezca el rebaño y el ganado
como también la diligente abeja.

Vosotras ¡oh del mundo
clarísimas lumbreras, que en el cielo
marcáis del año el fugitivo vuelo![1]
Baco y Ceres benéfica, por quienes,
por cuyo don fecundo
la tierra aún salvaje
abandonando su silvestre traje,
pudo de espigas coronar sus sienes,
y al vaso de agua pura, cristalino,
incorporar el inventado vino.
Y vosotros ¡oh númenes campestres!
Faunos ligeros, Dríadas silvestres,
dejad vuestros selváticos rincones
que canto vuestros dones.
Y tú, por quien la tierra

[1] El Sol y la Luna.

herida al golpe de tu gran tridente
brotó un caballo, imagen de la guerra,
Neptuno prepotente:
tú, Palas, inventora del olivo,
tú, dado de los bosques al cultivo,
de Zea Dios, por quien trescientos bueyes
como la nieve blancos
la yerba pastan en copiosas greyes,
del Ménalo dichoso la morada,
del agreste Liceo los barrancos,
Pan, de ovejas custodio, si te es dable
deja también y acude a mi llamada
con rostro favorable.
Niño[2] que al hombre rudo
revelaste el arado puntiagudo;
decrépito Silvano
que un ciprés tierno llevas en la mano;
Diosas y Dioses todos
que el campo implora de diversos modos,
los que nutrís la sementera rubia,
los que del cielo despedís la lluvia.
Tú, cuya suerte el universo ignora,
César: ¿agradaráte en buena hora
ser de los campos divinal egida,
y que el orbe te aclame no desechas
Dios de las estaciones y cosechas
del mirto maternal la sien ceñida?[3]

---

[2] Triptolemo.

[3] El mirto o arrayán estaba consagrado a Venus, de quien se hacía descender a César.

Si a la urbana mansión no te acomodas
y aspiras de los mares al gobierno
Tetis para su yerno
te compra al precio de sus ondas todas,
y tu Numen del Nauta venerado
hasta la última Thule es proclamado.
¿O astro nuevo te place
presidir a los meses del estío
y entre Escorpión ardiente y Erigona
en el cielo fijar tu poderío?
Ya el escorpión ardiente a un lado se hace
y el sitio respetuoso te abandona….

Mas tu destinación sea cual fuere,
que nunca el Rey del Tártaro te espere,
ni a tan duro reinado tu alma aspire,
ni oferta tan crüel nunca te cuadre.
Por más que Grecia su Eliseo admire,
y lo pondere tanto
que aun Proserpina desoyó a su madre
por perseguir su ponderado encanto.

Da en todo caso bienhechor fomento
a mi atrevido intento,
y me acompaña por la agreste vía,
y como deidad pía
tendrás altares ciento.

Cuando al sol de la tibia primavera
el hielo acumulado en las alturas
baja un gélido humor a las llanuras

y las tierras el céfiro aligera,
se entregue sin tardanza
el ágil labrador a la labranza,
que tocando a su puerta
la alegre primavera lo despierta.
El suelto buey acuda
ante el yugo a postrar su frente ruda,
y la reja discurra por los campos
botando chispas y fugaces lampos.
Frutos la tierra te dará con creces
si el frío y el calor sintió dos veces,
si de un doble verano y doble invierno
fue estremecida por el roce alterno.

Mas antes de labrar un nuevo suelo,
de la localidad los vientos varios
estudia, y las tendencias de su cielo;
y los tradicionales
cuidados que hizo el uso necesarios.
Busca en cada terreno las señales
que te indiquen sus gustos especiales:
uno de espigas túrgidas se viste,
otro a hospedar la viña se resiste;
este con varios frutos se recama,
aquel se cubre de espontánea grama.
Providencia benigna
a cada tribu asigna
un producto especial con mano sabia:
su oloroso azafrán Cilicia envía,
la India su marfil, su incienso Arabia;
forja el acero el Cálibe desnudo,

da el Ponto su castor, y Epiro cría
los generosos rápidos corceles
a quienes en Elida nadie pudo
la palma disputar y los laureles.

Leyes particulares
naturaleza impuso a los lugares,
sin que nada su eterno curso estorbe,
desde que Deucalión repobló el orbe
con los guijarros que arrojó su mano
de do el duro nació linaje humano.
A la obra, pues, y si te cupo en suerte
domeñar tierra fuerte
de la estación propicia en el instante
la vigorosa yunta la quebrante,
y a lo largo del surco los terrones
dispuestos en montones
serán en polvo convertidos luego
del sol de estío al penetrante fuego.
O si fecunda tierra te tocare,[4]
al punto mismo en que el Arcturo asome,
tu mano la pesada esteva tome
y a flor de tierra el suelo ingrato are,
así se extirpa allá la mala yerba,
y acá la tierra su humedad conserva.

No es menos conveniente
dejar un tiempo al campo perezoso

[4] At si non fuerit tellus fæcunda.

en baldío reposo,
o mudar la simiente,
sembrando por ejemplo rubio grano
donde habichuelas cosechó tu mano,
u otro leguminoso
chato o redondo, pálido o lustroso,
siempre que la simiente aquella sea
que en la sonante síliqua encerrada
al más leve rumor cascabelea.
De avena y lino el labrador prudente
ha de evitar el pernicioso empleo;
quema la tierra su cosecha ardiente,
sin que estas plantas ¡ay! sean las solas,
pues la queman también las amapolas
bañadas en el sueño del Leteo,
mas todo facilítase y alcanza.
Alternando con tino la labranza
no estercolar desdeñes la infecunda
tierra, o para que el brío recupere
si esquilmada estuviere,
arrójale a la faz ceniza inmunda.
Mas aunque el alternar de la simiente
venga a ser del descanso equivalente
nada hay que iguale al excelente efecto
de un reposo perfecto.

No es de menor ventaja
dar a las llamas la tronante paja
que en los rastrojos queda,
para que recobrar la tierra pueda
su robustez perdida,

y de un nuevo alimento ser nutrida.[5]
Del fuego con la ayuda
tal vez la tierra el mal humor trasuda;
o bien relaja el fuego
algún respiradero obstruido y ciego
que a la planta infeliz, de vida nueva
una corriente bienhechora lleva.
O de la demasiado abierta tierra
los poros más y más constriñe y cierra,
para que así soporte sin esfuerzo
el sol activo y el helado cierzo.
Ni es la tarea a Ceres menos grata
de aquel que los terrones desbarata
hechuras de la reja,
y los campos allana y empareja.
Y una vez y otra con el rastro vuelve
y los terrones que formó disuelve,
y siempre a su labor atento y serio
al campo impone su perpetuo imperio.

Secos inviernos y húmedos calores
del cielo demandad agricultores.
La fértil Mysia y la región del Ida
cuya fertilidad el orbe aclama
a esta sola razón deben su fama.

¿Qué diré del que echado el grano, espía
su sementera con mirada pía,

[5] Este nuevo alimento es la ceniza que el incendio deja sobre el rastrojo, y que es un abono como el huano, el estiércol, etc.

y arroja y tapa la semilla, y luego
le da en madejas dividido el riego?
Y si agostado mira
el campo y que de sed la yerba expira,
vedlo de aquel collado cejijunto
linfa ruidosa derivar al punto,
que caracoleando
por un declive blando
lenta baja cascándose en las guijas,
y entre los intersticios y rendijas
va alegre insinuándose y parlera
y el incendiado campo refrigera.
O para que la espiga no se doble
a un peso superior, no bien observa
que la naciente planta
a la altura del surco se levanta,
da el ganado a pacer la inútil yerba.
O bien, con fin más noble,
y para beneficio del cultivo,
roba a un pantano su caudal nocivo.
En los inciertos meses[6] sobre todo,
cuando creciendo, hinchándose bravío,
sale de madre un río
y ocupa la extensión con agua y lodo.
Tendiendo por doquier charcas hediondas,
muertos estanques y lagunas hondas,
que los campos aéreos
infestan con sus miasmas deletéreos.

[6] Es decir, en el otoño.

Mas ¡ay! pese al conato
de hombres y de animales ¡hado ingrato!
la mala yerba con tupida alfombra,
los pájaros dañinos y la sombra
acosarán sus sembradíos todos
de diferentes modos.
Extraño no es desde que a Jove plugo
no hacer tan llevadero
del infeliz agrícola el sendero.
El campo sometió del arte al yugo,
aguzando con sabia providencia
del hombre la dormida inteligencia
para así desterrar de su reinado
el vil marasmo y el sopor pesado.

Antes de Jove, en la dichosa era,
la propiedad desconocida era,
vivíase en común, y blanda y pía,
con libre y generoso parto diario,
la tierra el alimento necesario
sin la gestión de nadie producía.
Él derramó el veneno
de la funesta víbora en el seno;
dio al mar borrascas y al pirata lobo
el instinto del robo.
Su rubia miel arrebató a las hojas,
escondió el fuego; y las corrientes rojas
de vino, que cruzaban la llanura,
Él también reprimió con mano dura.
Tal vez con el objeto
de que estudiando el hombre descubriera

de las diversas artes el secreto;
y al surco el trigo con afán pidiera
y al rudo pedernal la chispa oculta.
Los ríos no surcados, crespos, roncos,
sintieron sobre sí la *turba multa*[7]
de los nadantes socavados troncos, y
examinando los celestes rastros
numeró el Nauta y designó los astros.
Las aves y las fieras
cayeron prisioneras
en liga o lazo, y el tropel protervo
de las jáurias ligeras
sitió en el monte al jabalí y al ciervo.
Del mar y el río la corriente fresca
brindó a las redes su escondida pesca.
Nació el rígido hierro
y la rechinadora sierra horrible,
porque las primitivas gentes rudas
la tabla hendían, fácilmente hendible,
cuñas introduciendo puntiagudas.
Hízose el hombre de las artes dueño;
el asiduo trabajo y el empeño
triunfaron a la par de toda traba,
y la necesidad que espoleäba.
La Diosa que de espigas se corona
impuso la primera
la férrea reja que en el campo impera.

---

[7] La procedencia latina de esta expresión vulgar hará que no desdiga de la gravedad del trozo. Hemos creído, además, que pintaba con alguna viveza la rapidez con que debieron propagarse las primeras embarcaciones.

Cuando las sacras selvas y aun Dodona[8]
como olvidadas del usual retoño
negaban la bellota y el madroño.
Con afán luego cultivóse el trigo
sin lo cual el anublo su enemigo
pronto lo devorara
y de abrojos el campo se erizara.
¿Qué digo? Desfallecen
las cosechas, sucumben, desparecen,
la mala yerba llega
y la plantada[9] ciega;
y en medio de las anchas
deslumbrantes, espléndidas cosechas,
vence de avena estéril tristes manchas.

Si pues la tierra con tesón no hostigas,
ni espantas a las aves enemigas,
ni aclaras con la hoz el monte denso,
ni lluvia imploras con fervor intenso,
vano será envidiar triste y mohíno
la acumulada mies de tu vecino,
fuerza será que tu intención se vuelva
a la cercana selva
y que ella apague con bellota dura
el hambre que te apura.

---

[8] Selva de encinas seculares muy célebre en la antigüedad. Debía su nombre a un pueblo inmediato donde se dictaban afamados oráculos.

[9] Término local o sea peruanismo. Plantío, sementera.

Los instrumentos pintaré rurales, los
rústicos aperos sin los cuales nunca
sembrar ni cosechar esperes. La reja
y el robusto y corvo arado son los
primeros. De la madre Ceres el
estridente carretón pesado;
la rastra, compañera fiel del trillo,
y armado de sus uñas el rastrillo;
los blandos zarzos[10] y demás enseres,
y la mística criba
que a la paja infeliz[11] del grano priva;
cosas todas en fin que cuerdamente
tendrás prontas y listas de antemano
y a la fama de agrícola excelente
no aspirarás en vano.
¿Fabricar quieres el arado corvo?
En la vecina selva con gran fuerza,
sin que la resistencia sea estorbo,
de olmo una rama que tu mano tuerza;
en cuanto a la medida
ocho pies el timón de largo mida;
el dental rematado por la reja
va acompañado de una y otra oreja;

---

[10] Un zarzo (en latín *crates*) viene a ser una especie de *barbacoa*.

[11] Aplicar a un objeto tan trivial como la paja un epíteto tan noble como *infeliz,* es muy propio del carácter Virgiliano, particularmente en las *Geórgicas*, donde, como dice Fenelon, *ha apasionado a la naturaleza*. A fuer de conocedores de este espíritu, no hemos vacilado en animar este pasaje, que en el original es insignificante, con la aplicación del adjetivo *infeliz* y del verbo *privar*. En cambio, otros pasajes vivos u onomatópicos en el original, serán descoloridos en nuestra traducción.

la esteva[12], que regula el movimiento
de todo el instrumento,
la esteva y yugo leves a porfía
no al buey abrumarán con demasía;
el tilo y haya te darán madera
aparente y ligera;
y la armazón entera
sobre el hogar suspensa se evapore
donde su robustez el humo explore.

Otras lecciones varias
que legado nos han nuestros abuelos
darán rumbo acertado a tus desvelos
mostrándote las vías necesarias.
Sea arrastrar la operación primera
el pesado cilindro por la era,
siendo después preciso
con tenaz greda endurecer el piso,
que el polvo mate y además impida
a la vegetación toda salida.
Sin esta precaución haráte guerra
cuanta alimaña vil cría la tierra,
el sapo, el topo y un lirón pequeño
que bajo tierra intruso
su habitación y su granero puso,
fue cuántas veces, gracias a su empeño,
de una era toda subterráneo dueño.
¡Cuánto aparvado trigo fue despojo

[12] Hemos llegado al timón de la nave.

del destructor gorgojo,
o de la hormiga que en juntar se afana
temblando por el día de mañana!

Mira el almendro en los floridos meses
y el augurio en sus flores de tus mieses.
Si de flores recárgase lozano
gran cosecha te espera en el verano;
si es todo sombras y follaje vano
la desolada[13] trilla
rodará sobre paja sin semilla. Vi
a muchos sembradores preparar
la semilla algunas veces
con nitro y del aceite con las heces,
para así granos obtener mayores
(siendo menos falaz la hinchada sílicua)
y que arruinados al más lento fuego
a esponjarse empezaron luego luego.
Pero la industria humana enseñó pronto
de tan vulgar superstición lo tonto,
probando con amargo desengaño
que la semilla sin cesar debía
degenerar por ley, si cada año
la más gorda al sembrar no se escogía.
Todo así retrocede y degenera,
como el que presa de mortal congoja
luchando va con la corriente fiera,
si un punto el remo afloja
rueda hacia atrás en rápida carrera.

---

[13] Otro ejemplo de ternura Virgiliana que tampoco se encuentra en el original.

Así pues de los astros infinitos,
del Arcturo, el Dragón y los Cabritos
estar debemos en continuo acecho,
cual los que conducidos por los mares
cruzan el Ponto en pos de sus hogares
y de Sestos y Abidos el estrecho.[14]

Cuando equipare la imparcial Balanza[15]
las horas del trabajo y las del sueño
y día y noche por igual nos mida,[16]
labrad, labrad colonos con empeño,
y sembrad la cebada sin tardanza
antes que la estación deploréis ida.
Del lino y la cereal adormidera
es llegada también la sementera.
Dejar no debe el diligente aldeano
la esteva de la mano
mientras la tierra aún se mantiene enjuta,
mientras distante el temporal reputa.

Rotas de invierno las glaciales trabas
en primavera sembrarás las habas;
y el mijo que reclama anual cuidado,[17]
y la alfalfa delicias del ganado,

---

[14] Hoy Dardanelos.

[15] El signo del zodiaco que cometiendo un latinismo llamamos Libra.

[16] En el equinoxio de otoño.

[17] La semilla del mijo, que no tenemos en el Perú, al menos en el departamento de Lima, hay o había; porque la gran distancia de tiempo y lugar ha desbaratado muchas de las aserciones Virgilianas, había que renovarlas cada año. No así la de la alfalfa que dura por muchos años.

cuando del año nuevo[18] el blanco Toro
abre las puertas con sus cuernos de oro,
y el Can declina a su pesar, y el puesto
le cede al astro opuesto.
Si labras tus dominios en demanda
de rubia mies o candorosa escanda
espera a que del mar la fría onda
las orientales Pléyades te esconda,
y que de Ariana la corona se hunda
pálida y moribunda,
antes que al surco la semilla fíes
esperanza del año
y que una tierra en cultivar porfíes
solo dispuesta entonces en tu daño.
Ni será menos duro el desengaño,
de aquel que a sembrar vaya
cuando aún reluce en el oriente Maya.
Pero si anhelas cosechar la arveja,
el frejol vil, o la vulgar lenteja, antes
que apague su fulgor Bootes claros
indicios dejará que notes. Siembra,
pues, y prolonga tu sembrío hasta
mediado el frío.[19]

Doce los signos son que el curso marcan
del sol en su recinto aprisionado,

---

[18] El año nuevo agrícola que se abre en abril con la primavera, en cuyo mes entra el sol en el signo Tauro que se halla fronterizo al Can o Sirius.

[19] El poeta explica por medio de signos astronómicos como la Balanza, el Toro, Las Pléyades, Maya, Bootes, etc. lo que hoy se explicaría por medio de los meses.

cinco las zonas que el Olimpo abarcan.
Una del sol por la centella herida
tostada siempre está y enrojecida;
dos opuestas al uno y otro lado
son asilo en los límites del cielo
de eterna bruma y de cerúleo hielo.
Entre estas, intermedias y templadas,
dos fueron por los dioses designadas
para servir al hombre de hospedaje,
y entre ellas hace el sol su oblicuo viaje.
El mundo que hacia el Norte se hincha y sube
deprimido aparece al medio día.
Allá[20], se pierde en la más alta nube;
acá[21], depuesta ya su altanería,
la Estigia ve sombría,
y de los Manes la región profunda. El
lúcido Dragón allá circunda, envuelve
como un mar a las dos Osas de caer
al Oceano temerosas.
Y en la oscura región del austral polo,
o reina noche sempiterna, o solo
su lóbrego horizonte se despeja
y ve la luz cuando la luz nos deja.
Y cuando los cereales de la aurora
aquí nos soplan la primera hora,
para ellos tal vez Héspero frío
encenderá su luminar tardío.

---

[20] En el polo ártico.
[21] En el antártico.

Mediante estas verdades
podemos predecir las tempestades,
el labrador sospecha
el tiempo de la siembra y la cosecha,
y cuando puede el pescador incierto
abandonar sin sobresalto el puerto.
Cuando a la selva ha de arrancarse el pino
que en sus desastres seguirá el marino:
no en balde en el celeste anfiteatro
seguimos de los astros la carrera
partido el año en estaciones cuatro,
invierno, otoño, estío y primavera.

Si alguna vez la lluvia te condena
a no salir, junto al hogar recluso,
no ha de faltarte tal o cual faena:
afila de tu reja el diente obtuso,
o el leve tronco ahonda
que te lleve por cima de la onda.
Fierro al ganado echa
o pesa de tus granos de cosecha.
Este, punta le saca
a una horquilla o estaca;
aquel otro sentado
ligas dispone que la vid sujeten
o teje el mimbre, o del hogar al lado
el rubio cereal tuesta o machaca.
Ni es trabajar ilícito
en el feriado día,
puedes las tomas destapar solícito
si tu campo de sed desfallecía,

sin que la religión ni la costumbre
tomen de ello ninguna pesadumbre.
Rodear tus sementeras del vallado
que impida los asaltos del ganado,
dar fuego a los adustos
espinosos arbustos,
lazos tender y redes
a las incautas aves también puedes,
o sumergir en saludable baño
al balador rebaño.

Y tal o cual aldeano que su corta
riqueza a la ciudad vecina exporta,
cuando en la tarde vuélvese a su aldea
algo de la ciudad su afán reporta
y el lerdo rucio con paciencia arrea.
También la luna si su curso espías
te indicará los días
propicios para tal o cual trabajo. De
ellos el quinto con temor evita que
ese de las Euménides nos trajo la
familia maldita.
Entonces fue también cuando la Tierra
dio a luz en parto horrendo a los Titanes;
a Japeto y los otros capitanes
que al cielo osaron declarar la guerra.
Tres veces intentó su osada maña
montaña levantar sobre montaña,
y otras tantas de Júpiter el rayo
desbarató su portentoso ensayo.

Al séptimo se muestra favorable
para sembrar la vida: el buey doblega
su frente entonces menos indomable,
y la hora de peinar el lino llega;
y su luz al noveno limpia y clara vende
al ladrón y al fugitivo ampara. No todo
se ha de hacer durante el día: el olvido
nocturno
y del amanecer la hora fría
tienen también en la labor su turno.
Cuando la noche su crespón descoge
la paja del rastrojo se recoge,
y los prados trasquílanse lozanos
cuando la aurora los ha puestos canos.

Otro recluso en casa
las tardas noches del invierno pasa
junto a su hogar en vela,
y de su antorcha casi moribunda
en reanimar a ratos se desvela
la llama vagabunda.
Su cónyuge los hilos entre tanto
de la futuras telas escarmena
y solaza de entrambos la faena
con monótono canto.
O de cocer el dulce mosto cuida
y a espumar con una hoja se apresura
la olla que rechina y que murmura
en el fragoso hervor estremecida.
Cosecha y trilla cuando el sol bravío
el corazón incendia del estío;

del cielo con la ayuda
en la buena estación trabaja y suda
y el hogar deja para el tiempo frío.
Parece que el invierno nos convida
a olvidar los cuidados de la vida:
del campo en los confines
el cansado colono se alboroza,
y todos desde el fondo de la choza se
obsequian con recíprocos festines.
Como después de travesía grave
suelen los nautas de común concierto
la popa de su nave
ornar de flores al tocar el puerto.

Al mirto entonces de su fruta roja
y al laurel de su baya se despoja,
y con sus frutos llenarán tu mano
la verde encina y el olivo cano.
¿Qué importa del granizo la amenaza?
¿Qué el hielo que los ríos aprisiona
si el agrícola dado
a las gratas fatigas de la caza
ya al ciervo sigue alado,
ya a la liebre orejona,
ya arteros lazos urde
para las aves, o al venado aturde
con la imprevista rápida pedrada
por las baleares hondas disparada?

¿Qué diré del otoño y sus rigores
con todo aquello que notar importa

cuando los días la estación acorta
y hace menos intensos los calores?
¿Qué de la *torrentosa* primavera
luego que la espigada sementera
con sus espigas ha erizado el llano
y su verde prisión se cuaja el grano?

Aun del verano la estación propicia
afectarme solió con injusticia:
iba con mis colonos a la siega,
la mies, segada casi, ¡oh suerte impía!
sobre la corva hoz desfallecía,
cuando vi concurrir los turbulentos
escuadrones de vientos
y entreverarse en hórrida refriega
sobre los trastornados elementos.
La grávida cosecha
de raíz arrancada
en pedazos deshecha
fue hasta las altas nubes expulsada,
y en torbellino lóbrego y perverso
vi el fruto de mi afán volar disperso.

Así las destructoras tempestades
en la región nimbosa aglomeradas
caen sobre poblados y heredades
en cataratas cien precipitadas.
Lluvia copiosa, ingente,
los surcos desbarata prontamente,
borra los sembradíos,
colma las hondonadas,

crecen con gran rumor los hondos ríos
y el ponto hierve en los estrechos golfos.
Cruje con arduidad el Éter suma,
y del nublado en la profunda bruma
sereno, conflagrado,
hecho sol el semblante
el Padre omnipotente está sentado.
Pronto en la mano el rayo coruscante
que hace tremer a la universa tierra.
Las fieras inquiriendo sus guaridas
huyeron pavoridas
sin saber dó, y el corazón del hombre
se prosterna, se aterra,
y es vil esclavo de un pavor sin nombre,
en tanto el fulminante mensajero
va a herir la cumbre de un desierto monte,[22]
del Athos o del Ródope altanero.
Crece la lluvia y vela el horizonte;
y al rumor expirante
de los últimos vientos agitado
gime con voz distante
el bosque, y plañe el litoral mojado.

Medroso de esto observa
el aspecto nocturno
del cielo y de los astros la caterva;
la órbita inquiere de Cilenio errante

[22] Este rayo con tanto aparato anunciado; con tanta expectación esperado de parte de hombres y animales, va a estrellarse en la cumbre de un monte desierto; es decir que *no ganamos para sustos*.

y el frígido planeta de Saturno.
Venerar a los dioses ante todo
y hacérselos propicios
importa, y con anuales sacrificios
honrar a Ceres nuestra magna diosa,
puesto el altar en medio
del campo herboso, cuando expira el tedio
de invierno y ríe la estación hermosa.
Y es todo actividad el campesino,
de pingües crías el redil rebosa,
dulce es y grato al paladar el vino,
dulce la siesta echada
del monte en la enramada.
Junta la agreste juventud te siga,[23]
a Ceres clame y sus loores diga,
de leche, vino y miel tú ofreces dones,
y la dichosa víctima que el pueblo
sacrificar resuelva
en torno a la heredad tres veces vuelva
de coro acompañada y ovaciones.
Ceres doquier resuene
y toda la extensión su nombre llene.
Y labrador ninguno sea osado
la mies a cosechar con mano avara
sino cuando de encina coronado
haya rendido a Ceres el usado
homenaje de cantos y algazara.[24]

---

[23] *Cuncta tibi Cererem pubes agrestis adoret.*
[24] *Det motus incompositus et carmina dicat.*

El cielo concediónos por fortuna
que cada mes pudiera nuestro esfuerzo
leer en el semblante de la Luna
si amaga tempestad inoportuna,
bochorno agostador o frío cierzo.
Y por ella el pastor siempre guiado,
si un mal presagio asoma
no va con su ganado
a aventurarse a la distante loma.

De huracán ante el primer silbido
agita el mar y encrespa su melena,
con árido fragor el monte truena,
recorre el litoral sordo gemido,
el lejano follaje al viento ondea,
la cerceta en la playa se pasea,
y en alta mar peligra
el navegante, cuando
el cuervo buceador en largo bando con
clamor ronco al litoral emigra, mientras la
garza audaz el vuelo apronta, deja el
juncal y el cielo se remonta.

Mirarás deslizarse las estrellas
por la celeste alfombra
dejando largas luminosas huellas
en la mitad de la nocturna sombra.
La leve paja y las caducas frondas
el aire turban y la luz se ciega,
y tal cual pluma sobrenada y juega
por cima de las ondas.

Mas cuando el Septentrión relampaguea
y truena por poniente y por levante,
todo el campo se inunda en un instante;
nada hay que enjuto en la extensión se vea;
y la mojada vela a toda prisa
recoge en alta mar el navegante.
Mas nunca de improviso
llega la tempestad sin dar aviso,
que todo la presiente y la revela.
La grulla a la región del Éter vuela;
la becerra impaciente al cielo mira
y a nariz desplegada el aura aspira.
La golondrina gárrula y chillona
roza las aguas revolando inquieta
mientras la rana quejumbrosa entona
desde el fango su antigua cantaleta.[25]
Y hasta la pobre hormiga diminuta
también amenazada se reputa,
y a otra parte, por senda desusada,
carga los huevos de su prole amada.
Bebe el Iris del mar y por el cielo
dilata su arco vasto,
y los cuervos aléjanse del pasto
con graznar ronco y estridente vuelo.

Y los diversos pájaros marinos,
y los que del Caístro en los pantanos,
a los prados asiáticos vecinos,

[25] *Et reterem in limo ranae cecinere querelam.*

trinchan gusarapillos y gusanos,
no cesan con alegre algarabía
de rociarse los hombros a porfía.
Ya se hunden, ya dividen la corriente,
y siempre con empeño renaciente.
La corneja en la playa se pasea
clamando al temporal con voz huraña.
Ni la nocturna obrera en su tarea
a estos presagios permanece extraña:
de su candil la claridad se empaña;
el aceite inflamado centellea;
y en torno de la luz que la abandona
sucio hollín se amontona.

Tampoco al expirar los aguaceros
signos te faltarán menos certeros
de la serenidad nuncios constantes,
que entonces resplandecen rutilantes
sin embotado rayo los luceros,
no andan las nubes por el cielo errante
en sueltos copos, ni la luna ahora
es a su hermano de su luz deudora.
No en la desierta playa al sol se orean
los alciones que a Tétidis[26] recrean;
ni el puerco vil hozando en los rastrojos
desata y desordena los manojos.
Las nubes en tropel se precipitan
y los profundos valles solicitan;

[26] Genitivo latino de *Thetis*, el mar.

y la lechuza en tanto
apostada en el techo,
de la entrada del Sol puesta en acecho,
apura en balde su tardío canto.

Niso aparece en la mitad del aire y
tras él Scylla con gentil donaire,
doquier que descansar ella medita.
Él sobre ella veloz se precipita;
y cada vez que el bárbaro enemigo
va a aplicarle el rudísimo castigo,
ella lo esquiva con viveza suma
y al sol orea su cansada pluma.[27]

Con menos ronca voz los cuervos gritan;
y de insólito gozo estremecidos,
en los aéreos nidos,
bajo el follaje con placer se agitan.
Volver al dulce nido y prole, acaso

---

[27] Alude a una fábula muy conocida de la antigüedad. Niso, rey de Megara, fue entregado a Minos que sitiaba aquella población por su propia hija, Scylla, que se había prendado del gallardo sitiador. La entrega se efectuó mediante un cabello colorado que tenía Niso, del cual pendía su reinado, y que le fue sustraído por Scylla. El padre y la hija fueron metamorfoseados en ave de rapiña el primero, y en paloma la segunda. (Véase el libro 8 de las *Metamorfosis* de Ovidio.) Por esto es que Virgilio dice en este pasaje: *Et pro purpureo poenas dat Scylla capillo.*

> Scylla que plumas viste
> por causa del cabello colorado.

Circunstancia que hemos omitido por no ser difusos, y porque la alusión del *cabello colorado* nada habría significado para los lectores modernos.

les regocije tras tan rudo paso.
No por esto les doy inteligencia
ni de las cosas superior presciencia;
mas conforme el aspecto
del aire se condensa o rarifica,
de ellos el natural se modifica,
y así es su condición y así su afecto.
De aquí en las aves los diversos trinos
en ciertos días y épocas del año;
de aquí el triscar alegre del rebaño
y del cuervo los gritos repentinos.

Si evitar quieres decepción acerba
de la Luna y del Sol el curso observa;
y que noche ninguna te seduzca
porque serena y trasparente luzca.
Si al hacer nuevamente su salida
trae la luna la faz descolorida,
el presagio no yerra,
gran lluvia se prepara en mar y tierra;
y ante tal mal agüero
tiemblen el labrador y el marinero.
El virginal rubor vientos acusa,
que ante el viento inminente
siempre Febea sonrojarse usa.
Y si con la luz no obtusa
reluce al cuarto día su creciente,
puedes estar seguro,
ante tan buen presagio,
que el cielo en todo un mes estará puro;
y el marino salvado del naufragio

cumple los votos de que hiciera oferta
a Glauco, a Panopea y Melicerta.

Tampoco el Sol su hermano
salvará los dinteles del oceano
sin que le hagan los síntomas cortejo.
Él te dará consejo
de lo que hacer conviene
cuando la noche y cuando el día viene.
Si al desplegar su cabellera rubia
manchas trae en su rostro, o si recóndito
entre nubes está, teme la lluvia:
el Noto va a llegar causando daños
a selvas, sementeras y rebaños.
Si bajo nube opaca
esparcidos mostrare sus cabellos, y
la aurora con pálidos destellos del
lecho de Titón la frente saca, bajo
el pámpano tierno ya madura la
uva se considera mal segura,
que el granizo saltando en son horrendo
va a azotar los tejados con estruendo.
Míralo atento al fin de su carrera
cuando va a consumir su vasta hoguera,
que al sepultar sus claros resplandores
suelen cruzar su faz varios colores.
Lluvia el azul denota, y el fogoso
es síntoma de viento proceloso;
si azul y rojo a un tiempo se presenta,
plena la tempestad será y violenta.

Y no será por cierto mi barquilla
la que imprudentemente
se aleje aquella noche de la orilla.

Si acontece que espléndido discurra
por todo un día en el azul sereno,
depón todo temor de lluvia y trueno,
que el rápido Aquilón barriendo nubes
tenuemente en los árboles susurra.
Finalmente, la estrella de la tarde
y cuanto astro arde
en la celeste altura
todos penden del Sol. — Al Sol divino
¿quién osará acusarlo de impostura?
Él los planes ocultos
revela de contino
y las conspiraciones y tumultos
que son las tempestades de la guerra.
Él, muerto César, se apiadó de Roma;
veló entre sombras su fulgente coma;
y la generación aquella impía
creyó que para siempre anochecía.[28]
Aunque por aquel tiempo el mar, la tierra,
los importunos perros y las aves
daban con voz de muerte anuncios graves
del futuro suceso. ¡Cuántas veces
vimos a Mongibelo, que bramaba,
de sus entrañas escupir las heces;

[28] *Impiaque æternam tinuerunt sæcula noctem.*

y por sus flancos rotos
mandar hasta los campos más remotos
rojos torrentes de encendida lava!
Tuvo Germania bélicas visiones;
oyó el choque de alados escuadrones;
y un estremecimiento
conmovió de los Alpes el asiento.
Más de una vez un gran clamor distinto
perturbó de las selvas el recinto;
y en la nocturna sombra
más de una aparición al vulgo asombra:
los ganados hablaron...
¡Oh caso infando y milagroso ejemplo!
Los ríos a sus fuentes recularon;
entreabrióse la tierra, y en el templo
llanto el marfil vertió por nuestra suerte
y bañó de sudor frío al bronce fuerte.
Rey de los otros ríos, Eridano,[29]
salió de cauce con furor insano,
y pastores llevándose y cabañas
dilatóse por valles y montañas.
Sangre las fuentes límpidas manaron;
las fibras sin cesar se presentaron
de la inmolada res en las entrañas,
y de los lobos el silvestre aullido
fue en las ciudades en la noche oído.
Jamás estando el cielo tan sereno
se oyó la voz del trueno,

[29] *Fluviorum rex Eridanus,* el Po.

ni cayó el rayo, ni encendió el cometa
su siniestro blandón que al orbe inquieta.

Poco después los Filipinos llanos
vieron de nuevo en fraternales riñas
combatir sin piedad a los romanos.
No evitar quiso la Suprema diestra
que por segunda vez esas campiñas
fuesen regadas con la sangre nuestra.[30]

Tiempo vendrá, cuando los campos esos
recorra el rastro y la pesada yunta,
en que la reja de acerada punta
saque a la luz del sol los grandes huesos
de la generación allí difunta.
Y las lanzas y espadas
por el orín tomadas,
pasando irán, a par de otros despojos,
del labrador absorto ante los ojos.
Y al tropezar el rastro con el yelmo
abollado y vacío,
oirá el choque sonar del hierro frío.

¡Oh dioses Nacionales!
¡Oh Númenes locales!
¡Rómulo y Vesta que miráis propicios
el Tibre y los romanos edificios!

[30] La primera vez fue en la batalla de Farsalia dada también en las inmediaciones de Filipos, pueblo de Tracia.

¡Al JOVEN[31] este preservad al menos
en estos días de desastres llenos!
El perjurio de Troya y desventura
pagó ya nuestra sangre con usura.[32]
Tiempo ha que el cielo a César nos envidia
y por arrebatarlo al mundo lidia,
en donde entre lo justo y lo no justo
límite no hay, y el crimen y la guerra
se parten el imperio de la tierra.
Y es el arado objeto de disgusto y
yace sin honor; y de las hoces
forjan para guerrear armas atroces;
y nuestros campos ¡ay! faltos de brazos
palidecen eriazos.
Guerra nos mueven de una y otra parte;
entre los pueblos la discordia estalla,
y acuden a los campos de batalla,
rotos los pactos, y el terrible Marte
pasea por el orbe su estandarte.

Como cuando salvada la barrera
se lanza el carro en la veloz carrera,
y rebelde del auriga al empeño
vuela sin freno y del espacio es dueño.

---

[31] El Emperador — Imitando este pasaje dirigimos unos versos en tercetos a S.E. el Coronel Prado en uno de los *Comercios* del mes de febrero último.

[32] Don Andrés Bello clamando contra nuestras eternas guerras civiles ha dicho también:

> Asaz de nuestros padres malhadados
> expiamos la bárbara conquista.

NOTAS

NOTAS DEL LIBRO PRIMERO

Hemos sacado del cuerpo de nuestra traducción las notas que siguen, porque ni por su naturaleza ni por su extensión habrían estado bien en ese lugar; porque aunque ilustran el texto no son indispensables a su inteligencia, y forman un conjunto especial, unos comentarios que nos ha parecido preferible dar por separado. En los números arábigos laterales nos referimos al verso latino, y en los de la página, a las de esta traducción.

Pág. 35

7 Baco y Ceres benéfica, por quienes,
por cuyo don fecundo
la tierra aún salvaje
abandonando su silvestre traje
pudo de espigas coronar sus sienes;
y al vaso de agua pura, cristalino,
incorporar el inventado vino.

El adjetivo *silvestre* debe entenderse en su acepción etimológica, pues antes de la aparición del trigo la tierra se hallaba exclusivamente coronada de *selvas*. El calificativo de *cristalino* que damos más abajo al vaso de agua primitivo, podrá ser tachado, y con razón, de impropio por ser el *cristal* de tan moderno invento. Pero nosotros lo hemos empleado prescindiendo de su etimología para dar una idea del agua en toda su primitiva limpieza y transparencia; antes que fuese alterada por la mezcla del *inventado vino*. Entiéndase, pues, *cristalino* como un equivalente de *limpidus, diaphanus,* y nada más.

Pág. 36

19 Niño, que al hombre rudo
revelaste el arado puntiagudo.

La historia del origen del arado es una historia casera. Ceres, madre de la agricultura y conocida de los griegos bajo el nombre de Dimeter, recorría el orbe en busca de su hija Proserpina que le había sido arrebatada por Plutón, rey de los infiernos. Extenuada y sudorosa detúvose un día en Eleusis, pueblo de Ática, donde reinaba Celeo; y hospedada por éste, le manifestó su gratitud amamantándole a su hijo Triptolemo; y enseñándole el arte de la agricultura cuando se hizo grande el muchacho. Prosiguiendo después su viaje, se lo llevó consigo a su carro tirado por dragones alados, y lo hizo recorrer el orbe proveyéndolo de semillas de trigo para que las difundiera entre los hombres.

Los Eleusinos agradecidos a tantos beneficios, instituyeron fiestas memorables en honor de Ceres. En 1862 visitamos esa importante población, que es hoy una miserable y silenciosa aldea llamada por los griegos modernos *Lefsina*. El Triptolemo de los griegos equivalía al Osiris de los egipcios; y su *Dimeter* a la *Isis* de estos.

Pág. 37

38 Por más que Grecia su Eliseo admire
y lo pondere tanto
que aun Proserpina desoyó a su madre
por perseguir su ponderado encanto.

Proserpina fue arrebatada a los infiernos por Plutón, rey de esas regiones, al tiempo en que, acompañada de su madre Ceres, iba recogiendo flores por las campiñas de Sicilia. La escena del fogoso carro precipitándose en las entrañas de la tierra con el coronado Plutón y la desmayada Proserpina encima, y Ceres a lo lejos pretendiendo en vano alcanzarlos, ha sido representada por los escultores de la antigüedad en muy animados bajos relieves. También existe un largo poema latino sobre este asunto, *De raptu Proserpina*, escrito por Claudiano, poeta de la decadencia.

Pág. 38

49 Frutos la tierra te dará con creces

Illius inmensæ ruperunt horrea messes, dice Virgilio, que don Andrés Bello traduce

> Y bajo el peso de los largos bienes
> con que el colono acude
> hace crujir los vastos almacenes.

Versos que traducen más exactamente que el nuestro; pero ya hemos dicho que no es lo mismo imitar que traducir. El que imita tiene más holgura; y sobre todo, como solo se contrae el pedazo de su gusto puede entrar en pormenores a que no siempre es posible atender cuando se traduce el todo. Por esta razón don Andrés ha sido más feliz «imitando» que nosotros «traduciendo».

Pág. 39

62 desde que Deucalión repobló el orbe
con los guijarros que arrojó su mano
de do el duro nació linaje humano.

Los paganos admitían lo mismo que nosotros un diluvio universal, del que solo salvó la feliz pareja Deucalión y Pirra. Ambos se echaron a andar por el orbe vacío (*vacuum orbem*) arrojando piedras por encima de sus hombros, que así se los había recomendado el Oráculo. De las que tiraba Pirra se levantaban mujeres; y de las que arrojaba Deucalión, hombres. Con esta ingeniosa alegoría daban a entender los antiguos la firmeza y el vigor del género humano; por lo cual Virgilio, después de decir que de las piedras nacieron los hombres, se apresura a exclamar: *durum genus!*

El cristianismo con otras miras, con la de enaltecer el espíritu a todo trance y llenarnos de horror y desprecio por nuestro cuerpo, sin cuya conservación a pesar de todo no podríamos ir por el mundo, nos hace originarios del barro. El *durum genus!* de Virgilio debía infundir aliento y brío a su auditorio, y levantarle el ánimo. El *memento homo quia pulvis es et in pulveren reverteris* de la iglesia católica

Nos aterra y humilla
y hace que dobleguemos la rodilla.

Pág. 41

99 y siempre a su labor atento y serio
al campo impone su perpetuo imperio.

Don Andrés Bello en sus *Silvas americanas* solicita también la sujeción del campo al hombre, diciendo por pasiva lo que Virgilio ha dicho por activa:

.....el fértil suelo,
áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humano, y le tribute esclavo.

Pág. 43

121 .....a Jove plugo
no hacer tan llevadero
del infeliz agrícola el sendero:
el campo sometió del arte al yugo,
aguzando con sabia providencia
del hombre la dormida inteligencia
para así desterrar de su reinado
el vil marasmo y el sopor pesado.

También el Dios de los cristianos parece que trataba de evitar en sus criaturas el vil marasmo y el sopor pesado, cuando arrancando a Adán de las dulzuras de un Edén lo echó por los eriales del mundo con este anatema:

Adquirirás el pan que te alimente
con el sudor de tu cansada frente.

Pág. 43

125 Antes de Jove, en la dichosa era,
la propiedad desconocida era.

Esta dichosa era que precedió a Jove o Júpiter fue el reinado de Saturno o «Siglo de oro» durante el cual con poca o nin-

guna industria se obtenían pingües resultados. Así, más o menos, sucede en el Perú; y así debe ser. ¿Por qué exigir que el peruano, hijo mimado de la Providencia, se entregue a las duras especulaciones del siglo de hierro? ¿Por qué exigir que el peruano a quien no baste el agua para el regadío de sus tierras se caliente la cabeza incubando sobre proyectos de canalización e irrigación? El peruano que quiere regar, no diremos su *chacra*, una mata de *ají*, le sale al encuentro a la acequia más próxima abierta por su vecino más próspero o más laborioso que él; y asaltándola impávidamente, se toma un *buey de agua*, defraudándola de su caudal como el salteador al transeúnte,

> Mientras de trabajar le llega el turno
> nadie nadie atormente a mi Peruano;
> dejadlo estarse mano sobre mano
> mientras dura el reinado de Saturno….
> es decir, el reinado del DIOS HUANO.

Pág. 44

143 Nació el rígido hierro
y la rechinadora sierra horrible.

Este verso mortificante parece un preludio de la exclamación francesa moderna *Quelle scie! (¡qué sierra!)* con que se denota cualquiera de esos ruidos que crispan los nervios.

Pág. 46

163 ..... de la madre Céres
el estridente carretón pesado.

El *plaustrum* era un carro de mano con sus dos ruedas de madera sólida, sin rayos, que los latinos llamaban *tympano* y los franceses *pleine-roue*, las cuales giraban, no alrededor de su eje sino con eje y todo. Estos carros servían en las procesiones de Ceres, y también para cargar objetos de poco peso como las *carretillas* de mano que usamos en nuestros campos para acarrear barro, cal, adobes y otros materiales de albañilería. Al *plaustrum*

de los romanos correspondía el *amaxa* de los griegos, nombre que se da hoy en Atenas a todo carruaje de alquiler.

Pág. 46

164 la rastra, compañera fiel del trillo,
y armado de sus uñas el rastrillo,

La *rastra* (*trahea*), que generalmente venía detrás del *trillo*, (*tribulum*), por lo cual nos hemos permitido llamarla su *compañera fiel*, tenía por objeto mejorar o suplir el trabajo del *trillo*, viniendo a ser su pleonasmo. El *tribulum* era una tabla maciza con su cara inferior guarnecida de pedernales ásperos o de fierros puntiagudos; y arrastraba alrededor de la era por una yunta que servía para trillar el trigo. El conductor solía colocarse encima para aumentar su eficacia haciéndola más pesada.

Algunos comentadores han creído que el *tribulum* era lo que los agricultores del Cairo usan en el día con el nombre de *noreg* (del hebreo *moreg*). Pero este instrumento, con su alto sillón encima, sentado sobre el cual trillan su trigo los buenos egipcios, dando vueltas alrededor de su era con aspecto grave, patriarcal y faraónico, tal como más de una vez lo hemos visto nosotros mismos en esos lugares, corresponde más bien a lo que los romanos llamaban *plostellum punicum*, según nos lo demuestra con grabados el *Dictionnaire des Antiquités romaines et grecques* de Anthony Rich que tenemos a la vista y que es la obra más ilustrativa de la antigüedad que conocemos, realizando como pocas aquello de *multum in parvo*.

Pág. 46

165 y la mística criba
que a la paja infeliz del grano priva.

La criba, zaranda, harnero o triguero (¡cuán rico es el idioma!) que servía para aventar el trigo, era *mística* porque estaba consagrada al Dios Baco; y estábale consagrada por la razón, entre otras conjeturas, de que separa lo bueno de lo malo; lo escogido del desecho; el grano, de la paja. Bajo este punto de

vista era un símbolo tan puro que el Cristianismo podía haberlo adoptado.

Pág. 46

169 ¿Fabricar quieres el arado corvo?
En la vecina selva con gran fuerza, etc.

Este pasaje, enteramente didáctico y analítico, no suministra una versión muy poética; y preferimos remitir a la página correspondiente a los lectores que quieran aplicar las explicaciones que vamos a dar a continuación, antes que repetirlo aquí.

Lo que nosotros llamamos simplemente el timón del arado tenía en latín dos nombres, *buris* la parte baja, y *temo* la superior. Parece que los españoles conservan la diferencia llamando *cama del arado* a la parte baja o *buris*. El *dental* era la base de todo el aparato. En él encajaban, el *buris*, que lanzándose hacia delante iba a buscar con su otra extremidad (*temo*) el yugo; y la esteva, que lanzándose hacia atrás iba a ofrecer un punto de apoyo a la mano del gañán y a solicitar su dirección. El *dental* estaba calzado por la reja y llevaba una oreja o aleta de madera a cada lado para ensanchar la raya abierta por la reja y formar el surco. Estos dos accesorios se llamaban en latín *aures (orejas*) y en griego *pteraí* (alas).

Pág. 48

199 Todo así retrocede y degenera:
como el que presa de mortal congoja
luchando va con la corriente fiera,
si un punto el remo afloja
rueda hacia atrás en rápida carrera.

Ya en uno de nuestros *Cuadros y episodios peruanos*, imitando este pasaje, habíamos dicho dirigiéndonos a un agricultor peruano:

Rema infeliz y la corriente vence,
rema infeliz y que tu afán no olvide
que la corriente bárbara, enemiga,

lejos al triste remador despide
si un punto de descanso al remo pide.

Versos que, para aplicarlos a un mal poeta consonantero, parodiamos después del modo siguiente:

Rima infeliz y cuanto quieras rima,
rima infeliz, y que tu afán no olvide
que el cerril potro de la Aonia cima[1]
lejos con una coz, lejos despide
al tonto rimador que se le arrima.

Pág. 49

212 Del lino y la cereal adormidera
es llegada también la sementera.

La adormidera o amapola estaba también consagrada a Ceres; sea porque esta flor salta espontáneamente entre los trigos y demás *cereales*, como el *amancay* en la mayor parte de nuestros sembrados; sea porque la diosa de las espigas hizo frecuente uso de este soporífero mientras lloraba el rapto de su hija.

Pág. 51

244 El lúcido Dragón allá circunda,
envuelve como un mar a las dos Osas
de caer al Oceano temerosas.

Fray Luis de León en su oda a Felipe Ruiz y Moratín en el canto V de su poema didáctico sobre la *Caza*, ha traducido también estos versos

Porque están las dos Osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

ha dicho el primero; y el segundo

[1] *El Pegaso.*

Huyendo de las Ursas temerosas
de bañarse en el mar.

Yo he traducido *caer* tanto por no copiar a esos dos poetas, cuanto porque me parece que tratándose de *temor* es más natural que este sea inspirado por las probabilidades de dar una caída que por las de darse un baño.

Don Andrés Bello nos dejó atrás a todos cuando rejuveneciendo la imagen, y pintando en las regiones antárticas la misma situación que Virgilio pinta en las del polo boreal, dijo:

Y la paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.

Pág. 52

268 Ni es trabajar ilícito
en el feriado día etc.

Tres son, entre otras, las operaciones que según Virgilio pueden hacerse en día festivo

Sin que la religión ni la costumbre
tomen de ello ninguna pesadumbre.

Regar el campo si está sediento; reparar o hacer de nuevo la cerca que ampare a la sementera contra los asaltos del ganado; y llevar al baño a las ovejas apestadas. Cualquiera de estas tres operaciones envuelve en sí un sentimiento de piedad y pertenece a las *Obras de Misericordia,* pues se trata de «dar de beber al sediento», de «cubrir al desnudo» y de «visitar a los enfermos».

Los peones de nuestras chacras dan el nombre de *fáinas* (faenas) a los trabajos que por excepción emprenden nada más que en las mañanas de los días festivos, y a los que presiden con más frecuencia la codicia del dueño que la piedad.

Pág. 53

273 Y tal o cual aldeano que su corta
riqueza a la ciudad vecina exporta,
cuando en la tarde vuélvese a su aldea
algo de la ciudad su afán reporta
y el lerdo rucio con paciencia arrea.

Virgilio que no tenía que lidiar con los artículos, pronombres, preposiciones y demás trabas de nuestras analíticas lenguas modernas, se contrae, y esto sin salir de tres versos, a enumerar todos los productos que el aldeano podía exportar y reportar en un día de fiesta; considerando, entre los primeros, al aceite, y a las manzanas ordinarias, *vilibus pomis*, lo que nuestros fruteros llaman *canastita llena*; y entre los segundos, a la *piedra de amolar* y a la *masa de negro pez*.

Como el interés didáctico de este trozo no está en saber lo que el aldeano podía exportar y reportar sino en conocer las ocupaciones que le eran permitidas en un día feriado, he creído que bastaba comprender lo primero en la expresión general «exportar su corta riqueza»; y lo segundo en «reportar algo». Esta aparente infidelidad es quizá una fidelidad porque se salva la dudosa interpretación de «vilibus pomis». ¿Quién nos asegura que Virgilio aludía a las «manzanas» cuando *pomus* en latín designa diversas frutas, muy semejante a la *pomme* de los franceses?

C'est dans ces mêmes jours que, libre de travaux
Chacun porte aux cités les presents des hameaux;
Et rapportant chez soi les tributs de la ville,
Presse les pas tardifs de son ane indocile.

La traducción inglesa, a la que ya hemos rendido el justo homenaje en nuestra «Introducción» se burla de todas estas dificultades; y sin omitir nada, traduce en cuatro elegantes versos los tres del original.

Pág. 53

276 También la luna si su curso espías
te indicará los días
propicios para tal o cual trabajo.

Estas ridículas supersticiones en lo tocante a la luna son el único lunar que Delille le encuentra al primer libro de las *Geórgicas*. Estas supersticiones se han conservado hasta nuestros días; y aun en la culta Francia se cree hoy en la *Lune Rousse*, la *Saint Médard, etc.* Supersticiones son estas que el astrónomo Delaunay llama «restos de las creencias astrológicas».

Entre nosotros el vulgo da una gran importancia a las lunaciones.

Pág. 53

278 Entonces fue también cuando la tierra
dio a luz en parto horrendo a los Titanes;
a Japeto y los otros capitanes
que al cielo osaron declarar la guerra.
Tres veces intentó su osada maña
montaña levantar sobre montaña,
y otras tantas de Júpiter el rayo
desbarató su portentoso ensayo.

Esta sublevación de los hijos de la Tierra contra el señor del Olimpo para acometer a cuyo alcázar trataron de colocar el Osa sobre el Pelión y sobre el Osa el Olimpo, tres de las cumbres más célebres de la antigüedad, recuerda la soberbia de los hijos de Adán cuando levantaron su famosa torre que les permitiera escalar el cielo. Júpiter apeló a sus rayos para debelar a sus audaces conquistadores. El Dios de Adán se valió del ardid de confundirles el idioma para que no entendiéndose unos a otros tuvieran que abandonar la empresa. El uno fue un gran guerrero, el otro un gran político.

Pág. 58

343 Junta la agreste juventud te siga;
a Ceres clame y sus loores diga.

Esta fiesta se llamaba *«amb-arvalia»* porque era una procesión alrededor de los campos. Los negros de Cañete en tiempo de la esclavatura, usaban una fiesta algo análoga el mismo día en que se terminaba la plantada anual de la caña.

Era como una acción de gracias al Todo Poderoso que ellos

llamaban *Buen Viaje* y se reducía a sacrificar una o más reses obsequiadas por el amo, en el mismo sitio en que se había cerrado la siembra o *plantada*. El campo, o como por allá se dice, *la pampa*, se convertía en una plaza de feria; y la fiesta tenía lugar *lætis in herbis, sobre el campo herboso*, como quiere Virgilio que sea *operada* la de Ceres. Allí sí que se *daban* verdaderos *motus incompositus* en el frenesí rabioso del baile criollo, la *zamacueca*; haciendo la *caja* de pandero y las negras de *Bacantes*.

Pág. 59

356 De huracán ante el primer silbido
agita el mar y encrespa su melena, etc.

Estos presagios del mal tiempo, bastante pesados para los lectores modernos, han sido imitados in extenso por Juan de Mena en su poesía a la muerte del Conde de Niebla.

Pág. 66

482 Rey de los otros ríos, Eridano.

Este verso recuerda aquel famoso con que Góngora empieza su soneto:

Rey de los otros ríos caudalosos.

Sentimos no haber podido evitar la semejanza; mas como aspiramos a traducir literalmente, siempre que es posible, y el texto dice *Fluviorum rex Eridanus* que literalmente traducido quiere decir: *rey de los ríos Eridano;* y esto no era verso, y para que lo fuera había necesidad de intercalar un disílabo grave que no podía ser otro que *otros*; porque

Rey de los ríos *todos* Eridano

habría sido exagerar a Virgilio; tuvimos que resignarnos a la semejanza no por *imitar* a Góngora, sino por *traducir* a Virgilio.

Ociosas serían estas observaciones si no conociéramos las

uvas de nuestro majuelo y los animales de nuestra majada. Conocemos la eximia impertinencia de los Criticastros del Rímac; y sabemos que sin esta aclaración no faltaría alguno que nos viniera a molestar.

> Y soltando con júbilo su fallo
> ¡plagio! ¡plagio! el estúpido diría,
> con saltos de epiléptica alegría
> lo mismo que los de un *guarda caballo*[2].

Pág. 67

491 No evitar quiso la Suprema diestra

Una diestra, o mano derecha como dicen algunos degradándola de su alta categoría, no tiene voluntad propia para querer o dejar de querer; pero esta mano está tan identificada en las personas de alto mando con las determinaciones de la voluntad, *que habla por ella* por decirlo así y puede *tomar la palabra* siempre y cuando que el poeta convenga y que el lector dé su venia.

Pág. 67

493 Tiempo vendrá, cuando los campos esos
recorra el rastro y la pesada yunta,
en que la reja de acerada punta
saque a la luz del sol los grandes huesos
de la generación allí difunta.

El adjetivo *grandes* no está sin objeto en el original. Los contemporáneos de Virgilio creían que la raza humana degeneraba gradualmente, y se figuraban *grandes* los huesos de los antiguos. Nuestros modernos padecen de la misma preocupación respecto al hombre inmaterial, y conocemos más de un rutinario que en tratándose de los antiguos exclama: ¡Esos grandes hombres! solo porque son antiguos, aunque hayan sido unos *grandes huesos*.

En cuanto a *difunta*, o es un equivalente de *enterrada*, en

---

[2] *Crotófaga.*

nuestra traducción, o es todo el verso ese una elipsis que nos hemos permitido en lugar de: «De la generación *que* allí *yace* difunta».

Zorrilla, en el desorden de su poesía enteramente moderna tiene este trozo, que sin ser traducción o imitación del de Virgilio, ni de ningún otro de la escuela clásica, se le asemeja sin embargo en el colorido:

> Y aún vienen alguna noche
> los lobos en turba hambrienta
> a hozar la tierra sangrienta
> regada ocho siglos ha:
> y aún pasan los calvos buitres
> sobre el valle en banda espesa,
> avarientos de la presa
> reducida a polvo ya.
> («Un Español y dos Francesas»)

Pág. 68

501 El perjurio de Troya y desventura
pagó ya nuestra sangre con usura.

Los romanos, que pretendían descender de Troya, hacían provenir todos sus males de un perjurio cometido por Laomedonte, uno de los reyes Troyanos, por cuyo perjurio fue maldecido en toda su generación.

Don Andrés Bello tratando de conmover al cielo con el cuadro de nuestras eternas discordias ha dicho:

> ¡Asaz de nuestros padres malhadados
> expiamos la bárbara conquista!

El poeta venezolano se contenta con llamar *malhadados* a nuestros conquistadores; sea por un acto de moderación y respeto, recomendable al hablar de nuestros mayores; sea porque naturalmente filántropo e indulgente como Virgilio pudiera decir como él:

Non ignara malis miseris succurrere disco.

Sea, en fin, porque pensara como Quintana, cuando queriendo absolver a sus compatriotas de los crímenes de la conquista, exclamaba con fogosidad:

> Culpa fueron del siglo; no de España.

Hoy las cosas han cambiado: y aun el Almirante Pareja que fue realmente «malhadado» no ha merecido tan suave calificativo. Hoy tampoco pueden los Españoles disculparse con el siglo porque estamos en el de las luces[3].

[3] Estas notas se escribían poco después del suicidio del Almirante Pareja, acaecido en las aguas de Valparaíso, a fines de 1865.

FRAGMENTOS

Ofrecimos en nuestra introducción dar un ejemplo de Virgilio Geórgico traducido en versos alejandrinos: hélo aquí:

LIBRO SEGUNDO

Pues ya cantadas dejo campiñas y estaciones
cantemos al olivo tardío y a la vid,
ven, Baco, que aquí todo rebosa de tus dones
y otoño debe solo sus pámpanos a ti.

Por ti el hirviente mosto derrámase en las cubas,
dejemos los coturnos que inútiles ya son,
y libres nuestras piernas ¡oh padre de las uvas!
a un tiempo en los lugares hundámonos los dos.

Tú para quien yo escribo, Dulcísimo Mecenas,[1]
ornato de mi vida y de mi gloria autor, en
tanto que prosigo mis ásperas faenas acude y
a mis bríos infunde un nuevo ardor.

No intento abrazar todas las cosas en mi verso,
ni hacerlo fuera dado sino con lenguas cien,
daré bosquejos solo, que es grande el universo,
seré sincero y breve, pero a auxiliarme ven.

Los árboles: no todos nacen de igual manera,
propáganse no pocos con espontaneidad:
el sauce, la retama, el chopo, la mimbrera,
son de estos y pululan doquier que hay humedad.

---

[1] Esta estrofa y la que sigue han sido rechazadas como apócrifas de la mayor parte de las ediciones de Virgilio, siendo muy raras aquellas en que se encuentran.

Los ríos a lo largo los miran de su orilla,
los campos los contemplan en toda su extensión;
mas otros solo nacen sembrando la semilla,
de encinas y castaños tal es la condición.

De sus raíces otros mil vástagos despiden,
así el cerezo, el olmo y el ínclito laurel,
a la raíz materna vida y sustento piden
y so la planta madre se elevan en tropel.

Estos veintiocho versos representan veintisiete del original; y el gusto de los que desearían ver a Virgilio traducido en igual número de renglones está satisfecho, pero ¡a qué precio! ¿Cuál sería el lector que se conviniera a soportar un solo libro de las *Geórgicas* en este metro pesado y uniforme, cuya cadencia tiene que ir siendo siempre la misma? ¿Quién podría tolerar los preceptos de la agricultura con la música del *Poema del Cid*? Creemos, pues, poder sostener lo que dijimos al principio; que las *Geórgicas* deben ser traducidas en *silva* y aun en romance octosílabo. He aquí, una pequeña muestra en este último metro:

LIBRO SEGUNDO, versos 440-443

Y hasta las selvas estériles
de la caucásica cumbre
que los indomables Euros
tronchan, quebrantan, sacuden,
a nuestras necesidades
de diverso modo suplen:
dan leña a nuestros hogares;
pinos para nuestros buques,
y dan cipreses y cedros
para el techo que nos cubre.

FRAGMENTOS DEL LIBRO TERCERO

Versos 1-8 del original

¡Cantaros a vosotros es preciso
oh magna Pales y oh pastor de Anfriso,
y a los ríos y selvas del Liceo!
Prescindir quiero ahora
de alusiones vulgares: ¿quién ignora
que duro fue Euristeo,
que el infame Busiris tuvo altares?
¿Quién hay que en sus cantares
el hombro ebúrneo a Pélope no asigne
el cuadriguero insigne?
¿Quién que a Hipodamia e Hilas no recuerde
y de Delos Latonia no se acuerde?

Los críticos han notado en este pasaje el laudable deseo de Virgilio, que también se encuentra en Horacio, de singularizarse, de señalarse apartándose de los demás y del sendero trillado, *du sentier battu* como dicen los franceses.

El peruano que tuviera la aspiración de Virgilio y Horacio debería empezar diciendo: ¿Quién no sabe ya entre nosotros que los *Andes* son *grandes*, que en el Perú no llueve, que el país es rico, que esta es la tierra de promisión y que... ¡el porvenir es nuestro! con otros lugares comunes de nuestra moderna fraseología, que producen muy buen efecto en los *editoriales* de ciertos diarios, en los discursos de pacotilla y en las poesías de circunstancias?

Verso 499

Huye la fuente el vencedor caballo
y el suelo hiere con inquieto callo.

Versos 515-519

El toro bajo el yugo que lo abruma
sangre arroja mezclada con espuma
y sin aliento cae. A la pareja
que mira acongojada al muerto hermano
desunce el labrador con triste mano,
y en el surco, entreabierto apenas, deja
enclavada la reja.

Fray Luis de León traduce este trozo con una sublime y envidiable sencillez:

¡Cuántas veces, arando
el buey, de la coyunda cayó muerto!
Y el labrador dejando
el surco que labraba medio abierto
del trabajo desiste,
el otro compañero queda triste.

Si toda su traducción fuera por el mismo estilo, no habría valido la pena de emprender una nueva. Algunas ediciones, enlazando por medio de la conjunción copulativa, como es más gramatical, el último verso con el penúltimo, dicen:

Y el otro compañero queda triste.

Preferible es la lección que hemos seguido, que da al verso más viveza y produce un efecto más sorprendente, pues cuando el lector solo atendía al buey difunto y al labrador que se va, el poeta le pone repentinamente a la vista al otro compañero en quien no se pensaba, advirtiéndole que *queda triste*, lo que basta para asegurar al pobre animal las simpatías del lector.

TRADUCCIÓN EN PROSA

LIBRO SEGUNDO, versos 316-345

Y que ninguno tenga bastante influjo para persuadirse a mover la tierra rígida mientras sopla el Bóreas[1]. El invierno entonces aprieta los campos con su hielo, y helándose la raíz de la semilla sembrada, no puede conseguir agarrarse a la tierra. La mejor época para el plantío de la viña es cuando con la rubia primavera viene el ave blanca enemiga de las largas culebras[2]; o bien bajo los primeros fríos del otoño, cuando el sol rápido no ha tocado aún con sus caballos el invierno y ya ha pasado el estío. La primavera es, no obstante, la estación útil por excelencia a la hoja de los bosques, útil a las selvas.

En la primavera

> se infla la Tierra y con ardor implora
> el germen, la semilla creadora,
> y el padre entonces, el etéreo Júpiter
> baja en lluvia fecunda
> y el vasto seno de su esposa inunda.

Y unido a su gran cuerpo alimenta poderoso todas sus producciones. Las avecillas canoras hacen resonar entonces los intrincados matorrales, y los ganados en ciertos días sienten el fuego de Venus. Para el campo benéfico, y los céfiros con tibio aliento aflojan el seno de la tierra, y una dulce humedad cubre la superficie de todas las cosas, y los frutos se atreven a salir confiados en el nuevo sol. Ni teme el pámpano la venida de los austros, o de la lluvia arrastrada del cielo por los grandes

---

[1] Cierzo.

[2] La cigüeña.

aquilones: lejos de eso, prorrumpe en botones y se reviste de todas sus hojas.

No creo que luciesen otros días, ni que fuera otro el tenor de la temperatura en los orígenes del mundo naciente. La primavera debía ser, la primavera inalterable reinaba en el orbe, y los Euros suspendían su aliento invernal, cuando los primeros rebaños se empaparon en la luz, y la terrena progenie de los hombres levantó su cabeza entre los campos incultos, y se desataron las fieras por las selvas y los astros por el firmamento; pues esas hechuras tiernas no habían podido subsistir, como no lo podrían ahora, si no corriera este tranquilo intermedio entre el frío y el calor y si el cielo no mirara a la tierra con indulgencia.

París, junio de 1861.

FRAGMENTOS DE OTRAS OBRAS DE VIRGILIO

De las Églogas

Égloga V

Libre y jocosamente traducida

Menalca — Mopso.

Menalca

¿Por qué, Mopso, a la sombra de estas parras
no aquel convenio realizar de marras?
Aquí do entretejido
al olmo tierno el avellano crece
podemos, me parece,
entrar en el certamen convenido,
y con la flauta tú, yo con el verso,
dejar estupefacto al universo.

Mopso

Tú eres mayor y es justo
Menalca darte gusto;
y en aquella arboleda retirada
cuya indecisa sombra al viento oscila
en reunión tranquila
podremos comenzar nuestra tonada.
O bien si de la gruta

más grata tu alma la mansión reputa
como tu madre... un día
reputarla solía,
a su opinión y a tu opinión me arrimo,
el lóbrego recinto nos secuestre,
del antro oscuro es por aquí la ruta...
¡El antro mira que la vid silvestre
salpica a trechos con tal cual racimo!

MENALCA En
nuestros montes solo Amintas
osa disputar contigo.

MOPSO
¿Qué extraño, si osa el bolo
equipararse con el mismo Apolo?

MENALCA
Empieza tú primero, Mopso amigo,
y si es que los amores
de Alción o Filis, o el furor de Codrio,
inspírante loores,
empieza, y el ganado
pasca en tanto de Títiro al cuidado.

MOPSO
Cantar prefiero el verso que no ha mucho
con la voz su cadencia acompañando
grabé en el tronco de un aliso blando;
yo cantaré ese verso y en seguida
que venga Amintas...

MENALCA

¡Calla por tu vida!
Amintas es un bicho
indigno de atención: ya te lo he dicho
veinte veces y extraño tu capricho.
El necio que te asedia
es de esos infelices
que a una línea no ven de sus narices;
cantor de mala voz, que de la misa
no sabe ni la media,
ente que causa risa.
Y cuanto al *algarrobo*[1]
cede el *pájaro-bobo*,[2]
y al aromo el guarango,
y a la viola el *charango,*
y al manjar-blanco el *sango,*
tanto a ti, cantor diestro,
te cede Amintas en concepto nuestro.

MOPSO

Basta, basta por Dios, no me abochornes;
nunca ¡Jesús! a lisonjearme tornes;
tú tienes unas cosas...

MENALCA

Soy sincero.

---

[1] *Prosopis dulcis*.- Raimondi.
[2] *Tessaria legítima*.- Id.

MOPSO

Que...

MENALCA.

Digo la verdad.

MOPSO

Bueno es culantro...
Bueno es culantro; pero...

MENALCA.

No tanto.

MOPSO

Pero entremos en el antro.

(*Entran.*)

Muerto Dafne infeliz porque Dios quiso,
llorábanlo las ninfas sin consuelo:
el sauce y el aliso
que pueblan este suelo
fueron todos testigos de su duelo.
Y vieron a la madre hecha una loca
besar del hijo aquel la helada boca
por si (borracha estaba)
con su aliento tal vez resucitaba.
Una vez Dafne muerto
todo fue desconcierto:
ningún ganado al río
a beber fue, ni a ruminar al prado,
ni el asno más osado
dijo «este hocico es mío».

Al punto en que te amenguas lloran,
Dafne, tu muerte los leones; selva y
monte feral se hicieron lenguas,
poderosas teniendo sus razones,
pues si hay quien te denigre
sepa el muy envidioso y muy bellaco
que tú en poemas sublimaste a Baco;
tú unciste al carro al indomable tigre,
y por ti solo en fin de plumas hecha
pudo volar la flecha.
Como la vid del árbol es decoro,
como el racimo es gala de las viñas,
y del ganado el toro,
y el trigo de las fértiles campiñas,
tal fuiste Dafne gloria de los tuyos.

Después que los demonios te llevaron,
dejando el campo solo,
de él se ausentó Pales y
el mismísimo Apolo. Los
surcos en los cuales,
en los que a manos llenas
depositamos pingües cereales,
¿sabes lo que nos dieron? ¡oh petardo!
estériles avenas,
maleza inútil y espinoso cardo.

Cubrid la tierra de hojas y de flores,
dad a las fuentes sombra: esta, pastores,
de Dafne fue la voluntad postrema.
Acto continuo un túmulo
alzad y encabezadlo de este lema:

«Este sepulcro encierra
a Dafne conocido en mar y tierra,
y hasta en el cielo y en el hondo abismo.
Él que halla aquí reposo
tuvo un rebaño hermoso,
y fue, con todo, más hermoso él mismo, etc.»

De la Eneida

LIBRO PRIMERO, versos 1-101

Paráfrasis jocosa

Yo aquel que un tiempo en delicada avena
canté de las florestas el sosiego;[1]
que el ensoñado campo forcé luego
a compensar la rústica faena,[2]
aunque del labrador la ambición vista
era como pedir, de seso falto,
plátanos al *pacay*,[3] peras al *palto*,[4]
o pingüe grano a ya trillada arista;
yo que aquesto intenté con un conato
al agrícola grato,
yo en fin aquel de marras
de Títiro cantor y Melibeo,
y luego de panales y de parras[5]

---

[1] Alude a las *Églogas* o *Bucólicas*.

[2] Alude a las *Geórgicas* en las cuales *enseñó* a sacar partido de la agricultura, por lo cual, cometiendo una especie de latinismo, me he permitido decir *el enseñado* campo, que es una elipsis de «el campo reducido a enseñanza».

[3] *Inga reticulata*.- Raimondi.

[4] *Persea grattissima*.- Id.

[5] En los libros II y IV de las *Geórgicas* en donde se ha ocupado del plantío de las vides y del cuidado de las abejas.

tan gratos a Dionisio y a Aristeo,[6]
ahora de cosas más horrendas trato
porque el público vea
que si en temas bucólicos me pinto,
como en la didascálica tarea,
sé también describir una pelea
y ser vate marcial en tercio y quinto.
Abúr pues digo al apacible campo
y en senderos más hórridos me zampo,
y con el conveniente tono fiero
canto las armas y el varón guerrero
que prófugo de Troya
y flotando en el mar como una boya
pisó Italia el primero,
logrando tras no pocos descalabros
los territorios abordar calabros,
y larga sosteniendo y cruda guerra
con el cielo a la par y con la tierra,
por el inoportuno
y fiel rencor de la implacable Juno.

Guerrillando además no corto espacio
mientras una ciudad se fabricaba
y *popu* —(con astucia)— *larizaba*
sus Dioses en el Lacio.
Dél fue de quien provino
el linaje latino,

---

[6] Dionisio es el nombre griego de Baco. La plebe nuestra suele apodar Dionisios a algunos borrachos consuetudinarios. ¿Cómo explicar esto? Aristeo es el protagonista del libro IV de las *Geórgicas*.

los padres albanenses y la brava
Roma por fin que el universo alaba.

Ven acá, Musa, ahora,
ven a contarme si es que va de cuento
qué ofensa, qué cruel resentimiento
pudo encrespar contra varón tan pío
de los dioses de Olimpo a la señora.
Las causas todas de tesón tan rudo,
de encono tan bravío,
aquí me conmemora...
una duda me atora
como un dogal, como de horca un nudo,
y ya por saber sudo
porque yo cuando dudo
no puedo estarme quieto y menos mudo,
¿cómo demonios pudo
ira tan desmedida
en pecho celestial hallar cabida?
Frente a frente del sitio en donde el Tibre,
o Tíber por si Tibre a alguno choca,
como por verse de italianos libre
en el mar desemboca,
antigua ciudad fue. Hubo una antigua
ciudad al mar contigua,
al septentrión del África situada,
según Pomponio Mela lo atestigua,
y Cartago por fin denominada.

Dueños fueron los Tirios de esta tierra
opulenta y feraz, y sobre todo

tan áspera es su modo,
tan vehemente amiga de la guerra,
que la hacía con rifles y navajas
por un «quíteme usted allá esas pajas».
Y a la que Juno en conceder se emperra
predilección tan rara
que aun a Samos por ella desampara;
y ya no solo trasladado había
a Cartago cochera y armería,
sino que se prepara,
¡de tal modo pospone
la residencia que le fue tan cara!
sino que se dispone
a hacer, si acaso el Hado no se opone,
del pueblo hoy dueño de su amor profundo
metrópoli del mundo.
Planes secretos que en silencio urde,
y hace bien cuando a Júpiter aturde
pues si algo llega a maliciar siquiera
¡ay qué zurra la espera![7]

Mas ha oído y sabe
lo que el Hado tramoya:
sabe que un día al fin raza de Troya,
que ya más en sus límites no cabe,
vendrá a arrasar las púnicas murallas.
Pueblo rey, en la guerra
terrible, triunfador en las batallas,

[7] No poca risa causa en la *Ilíada* ver a Júpiter amenazando a su divina esposa con *asentarle* la mano.

cuyo vasto dominio
ocupará gran parte de la tierra
vendrá a ser de la Libia el exterminio.
Decreto irrecusable, ya en las arcas
sellado y archivado de las Parcas.

Todo aquesto examina
con su habitual primor la Saturnina,[8]
temiendo contratiempos tan amargos
como aquellos que obtuvo
cuando en Troya sostuvo
a sus tan caros habitantes de Argos.
Tampoco ha echado tierra
sobre el privado origen de esa guerra;
ni un punto ha hecho pausa
ni viose adormecida
la para ella dolorosa causa.
No del garzón de Ida,
¡linaje aquel maldito!
el tan desfavorable juicio olvida
en que fue despreciado su palmito.[9]
Ni ha echado en saco roto las mercedes,
los honores que alcanza Ganimedes,
que a figurar salido
como mil de la noche a la mañana

---

[8] Juno, de Saturno hija.

[9] La manzana de la discordia arrojada entre las tres Diosas, Juno, Minerva y Venus con este lema: «A la más hermosa» fue adjudicada por Paris, pastor del monte Ida e hijo de Príamo rey de Troya, a Venus, quien le entregó en pago a la griega Helena esposa de Menelao. De este modo la guerra llevada a Troya por los griegos tuvo un origen *privado*, el rapto de Helena, o remontándose más atrás, el juicio de Paris.

el favorito es hoy que a tu marido
escancia la ambrosía, en detrimento
de su Hebe lozana.
Que por tierra la echó desde el momento
en que de Olimpo el Dios,
lascivo, hermafrodita en sus antojos,
llegó a poner los ojos
en el diáfano vástago de Tros.
No el medio de saciarlos le embaraza,
que el que fue con Danae lluvia de oro,
cisne con Leda y con Europa toro,
halla en esta ocasión la eficaz traza,
usando traje nuevo
de águila se disfraza,
y a un descuido del cándido mancebo
con frenesí lo abraza,
lo alza al cielo y de besos lo cubría
mientras duró la etérea travesía.[10]

Quemada pues con los recuerdos estos,
perdido en la mitad del oceano
bogar dejaba al pelotón troyano,
los exponiendo a contratiempos miles
a ellos ¡únicos restos
salvados de los ímpetus funestos
de los Danaos y del duro Aquiles!

[10] La pintura de este episodio me fue sugerida por algunos bajos relieves de mármol antiguos que se ven en los Museos de Italia. Virgilio se limita a mencionarlo incidentalmente, diciendo: *et rapti Ganymedis honores*.

Y con encono que ni un punto cede
del Lacio los aparta cuanto puede,
y de este modo los desventurados
rodaron largos años aperreados
del ancho mar lamiendo los contornos:
vieron el cabo Matapán, el de Hornos;
sufrieron lluvias, tempestades, soles...
¡Prueba evidente de que no era broma,
de que tenía más de diez bemoles
la operación de fabricar a Roma!

No bien las velas a Favonio dando
se iban regocijando apartando
de la Sícula orilla,
y con el rubio cobre
de la afilada quilla
la espuma hendiendo de la mar salobre,
cuando Juno, que piensa
eternamente en la pasada ofensa,
«¡bravo! ¡al principio desistir vencida!»
Dijo exabrupto y añadió en seguida:
«¡Qué! ¿no estará en mi mano
de Italia desviar a este troyano?
¿Y dejaré que salva
del teucro la caterva
aborde a Italia al fin? ¡voto a la calva,
del buen viejo mi padre!
Por menores motivos.
concedióse a Minerva
la flotilla abrasar de los Argivos;

víctimas todos de su saña acerba,
todos pagando el pato
no habiendo más que un reo,
y por todo delito el arrebato,
el estupro de Áyax hijo de Oileo.

»Y como si todo esto no bastara,
porque completa su venganza quede,
elemento mayor se le concede;
raudo el fuego de Júpiter dispara,
rayo impetuoso vibra
desde las nubes y el incendio libra
la miserable escuadra.
Y el corazón taladra,
el pecho te atraviesa
¡oh pecador Áyax! y hecho pavesa
pudo arrojarte, pudo,
sobre la punta de un peñasco agudo.

»Y yo, de los dioses soberana,
yo de Júpiter cónyuge y hermana,
no obstante sus promesas,
con una tribu sola
ha tantos años me las tengo tiesas.
Y si ahora por mal de mis pecados
favorables los hados
salva la dejan superar los mares,
¿cómo ya entonces encontrar ninguno
que creer quiera en la deidad de Juno,
ni que queme el incienso en sus altares?»

Rumiando ideas de tan mala laya en su
inflamado corazón la Diosa, manda al
punto ensillar su yegua baya, por lo
lista y briosa
la reina de las yeguas pues
se sorbe las leguas como
quien sorbe huevos;
menos cuando anda con zapatos nuevos,
esto es, con recién puestas herraduras,
que son en mi concepto
calzado de bestiales criaturas.
Hoy por hallarse en semejante caso
no podrá andar con el sólido paso;
pero la reina, jinetasa ducha,
ni hace caso de acentos,
ni razones escucha;
y a la región oscura se encamina
donde Eolo domina,
do furentes los vientos
braman y viven en perenne lucha.

Tal es el negro punto donde Eolo
en profunda caverna
presos tiene y gobierna
a vientos y a sonoras tempestades
que contiene y reprime por sí solo.
Ellos dándose al diablo
sin libertad al verse ni horizonte
gruñen con gran run run en torno al monte
do tienen su retablo;
y en el cuyo cacumen

sentado el alto Numen
las iras de los ánimos acalla:
teniendo en cuenta diplomacia suma,
pues si los desespera y los abruma
y el escuadrón cómo escaparse halla,
¡ay Dios, y qué batalla
la que al mundo darían!
A pique lo echarían
y el mar, la tierra, el cielo, alborotados,
rodarían en denso torbellino.

Pero el padre inmortal esto previno,
y tras hundirlos en horrenda sima,
de montes mil la ponderosa mole
arrojóles encima,
secuestrados dejándolos del mundo.
Y árbitro lo nombrando
en sus muchas contiendas
un rey les dio, político profundo,
que con certero mando
sabe aflojar y reprimir las riendas.

No bien divisa Juno al personaje
que a ser venía como
su ilustre mayordomo,
hechura suya, adicto a su persona,
cuando veloz se arremangando el traje
las riendas abandona,
y sin dejar que el paje
la sujete el estribo,
se tira del caballo,

ni sin mengua del callo,
y empieza con acento persuasivo:

«Pues que el Dios de inmortales y de humanos
tal influjo y poder puso en tus manos
Eolo audaz, que a tus palabras solas,
que a tus solos acentos,
se sublevan las olas,
se apaciguan los vientos,
fuerza en que usando de la tuya acoses,
porque en su tentativa no prosiga,
a una gente extranjera mi enemiga
que audaz surcando nuestro mar, a Italia
importa Ilión con sus vencidos dioses.
Los vientos alborota,
arma una baraúnda,
tus recursos agota
porque horadada su flotilla y rota
en el abismo se hunda.
O cauto los aleja
de todo amigo puerto
y que recorran deja
el ancho mar sin derrotero cierto.

Tengo dos veces siete,
catorce tengo en mi poder doncellas,
y mi regia palabra te promete
que Deyopea la mejor de entre ellas
tuya será, y en lazo sempiterno
unida a ti por mi cuidado tierno,
te dará larga vida de alegría
padre te haciendo de una hermosa cría».

Eolo a tales nuevas
más dulces que las brevas
un si es no es confuso
repúsose cual pudo y le repuso
con zalamero acento cortesano:

«Manda, reina, que mandes lo que mandes,
ya tus mandatos en cumplir me afano
aunque me cueste sacrificios grandes.
Sí, que con rostro el mismo
perforaré de Nicaragua el Istmo,
pondré una pica en Flandes.
No por las ramas te andes,
ora imposibles pidas,
ora absurdos demandes.
Ni lo dicho a bravatas atribuyas
y digas ¡cosas tuyas!
Y me tomes por un perdonavidas,
o por un parlanchín o mata siete
que no cumple jamás lo que promete.

Manda, que soy tu esclavo,
porque al cabo y al fin y al fin y al cabo,
y en cuentas resumidas
y en resumidas cuentas
este reino, estas rentas,
(dulce a cuyo recuerdo me conmuevo,
transposición se llama esta figura)
¿a quién ¡oh reina! sino a ti lo debo?

De Jove la amistad me proporcionas,

diste a mis manos cetro:
solo por ti penetro
de Olimpo en las soberbias comilonas:
cumplido verás pues lo que ambicionas,
y cuando el signo del ataque zumbe
encabezando mi veloz falange,
Alpes ni Andes no habrá que no derrumbe,
ni habrá dificultades que no zanje».

Y esto diciendo su lanzón voltea,
y con de suponer muy fácil eco
el vasto flanco hueco del
monte aquel golpea que
por la abierta herida
presta a los vientos en tropel salida.
Luego a acostarse van sobre el mar hondo
y activos lo remueven desde el fondo,
y abriendo bocas de ávidas tarascas
Euro a la par y Noto,
y el Ábrego, puntual en las borrascas,
en rabioso alboroto
se encuentran, se rechazan y se estrujan
y gruesas olas a la orilla empujan.
Y a su son estridente
pronto los lamentables
clamores ¡ay! de la marina gente
se unieron, y al crujir de las antenas
con violencia azotadas por los cables.
Las nubes arrebatan cielo y día
de la vista del Teucro, y formidable
se extiende sobre el mar noche sombría.

Rásgase el cielo, el polo se estremece
y el éter inflamado
con relámpagos muchos resplandece.
Todo inminente muerte les presenta;
hielo mortal a Eneas atormenta;
y el semblante infelice
alzando al cielo entre gemidos dice:

«¡Oh tres y cuatro veces venturosos
los que de Ilión bajo los altos muros,
a las orillas de la patria nuestra
encontraron la muerte!
¡Oh tú, de los Danaos el más fuerte,
Tídides esforzado,
no haber, con mejor suerte,
rendido esta alma en los troyanos campos
bajo los crudos golpes de tu diestra!
¡No haber, no haber caído
allí, donde Héctor fiero
duerme, de Aquiles por el dardo herido!
¡En donde Sarpedón cerró los ojos!
¡En donde el Simoente
voltea en su corriente
yelmos, escudos, bélicos despojos,
y tanto cuerpo de varón ingente!»

París, 1861.

DEL LIBRO SEGUNDO, versos 801-804

Ya, precursor del día,
del Ida altivo tras la grave cumbre
el matinal lucero aparecía.
La griega muchedumbre
con centinelas puestas
ocupaba las puertas ¡duro caso!
sin remedio era ya nuestro fracaso,
y a mi progenitor cargando a cuestas
cedí y el monte encaminó mi paso.

DEL LIBRO CUARTO, versos 386-387

IMPRECACIONES DE DIDO A ENEAS

Pérfido, aleve, ruin, traidor, villano:
del ultraje inferido al honor mío
castigado serás. Tarde o temprano,
tarde o temprano al fin
le llega a cada cual su San Martín.
También el tuyo llegará; sabrélo,
y en las regiones ínferas tardío
mis manes obtendrás este consuelo.

APÉNDICE

QUE CONTIENE OTRAS MUESTRAS DE POESÍA ANTIGUA

DE LA *ILÍADA* DE HOMERO

LIBRO PRIMERO

Agamenón manda despojar a Aquiles de su querida. Este, volviéndose a su fiel amigo y compañero inseparable,

> El semblante en la capa se arreboza
> y dice con la voz ahogada en llanto:
> «¡Dulce Patroclo! Lleva tú a la moza
> que yo valor no tengo para tanto».

DE *LA BATRACOMIOMAQUIA*[1]

LIBRO SEGUNDO

Trochartes, rey de los ratones, al saber que su hijo Psicharpax (literalmente *pesca-migajas*) ha sido echado a pique en una laguna por una rana a cuyas espaldas se había confiado el incauto joven, deseoso de dar un paseo por el lago, convoca a su gente a la guerra y hace las siguientes reflexiones:

> Tres hijos van que mi cariño pierde
> ¡todos de su existencia en lo más verde!
> Víctima fue el primero
> de una acertada impía comadreja
> que a un paso lo atrapó del agujero.
> Prenderse el otro en una trampa deja,
> y este en fin, el postrero,
> delicias de su padre
> y de su casta madre,
> de su chocha vejez el embeleso,
> ¡este yace en un charco patitieso!

---

[1] Palabra griega que quiere decir «Batalla de las ranas y los ratones», y es el título de un antiguo poema atribuido a Homero.

Las únicas versiones modernas que de la *Batrocomiomaquia* conozco son, la del poeta italiano Leopardi en sextinas endecasílabas; y la de Parnell, en pareados ingleses.

Ambas son muy elegantes y están divididas, en tres cantos o libros la inglesa, y en cuatro la italiana.

SENTENCIAS DE PUBLIO SYRO (Siglo I a. C.)[1]

I

Aunque a cabo el intento no se lleve
basta para pecar con la intención:
el que intenta robar aunque no robe
antes de haber robado ya es ladrón.

II

Ser siempre bienhechor con el ingrato
es enseñarle a ser reconocido.

III

Si hay gloria en el vencer, hay doble gloria
en vencerse a sí mismo en la victoria.

FIN DE LAS MUESTRAS DE POESÍA ANTIGUA

[1] Han sido traducidas al francés con advertencia, prólogo y notas por Francisco Levasseur, París, Panckoucke, 1825.

DETONACIONES DESTEMPLADAS[1]

Ridículos estallidos, pujos dolorosos de la *Impotencia pretenciosa*, manifestados en cuatro sonetos incoherentes y dispersos, forjados a sangre fría y en yunque, con el exclusivo objeto de exhibir cuatro versos finales de rebuscado y vulgar efecto, que podrían reducirse a uno solo, vulgar y tonto; cuatro sonetos empezados a componer por la cola, que dan 52 versos fabricados nada más que para presentar a cuatro, que como ya he dicho pueden reducirse a cero puesto que son los siguientes:

«Y tradujo a Virgilio Juan de Arona»
«Y publicó las notas Juan de Arona»
«Y aparece en la puerta Juan de Arona»
«Y recibió la pluma Juan de Arona».

I

LA EXPIACIÓN DE VIRGILIO

Cuando bajó al infierno Jesucristo
a redimir las almas de los justos,
voló a postrarse ante sus pies augustos
Virgilio que de todos fue el más listo.

«¡Padre!», exclamó el cuitado, «ya tú has visto
que padecí bastante! ¡No más sustos!

---

[1] Véase la nota de la página 31.

¡Mira que abjuro los paganos gustos
y a tu divina ley no me resisto!»

Volvió Cristo los ojos paternales
y con dulce y severa voz le dijo:
«La piedad de mi padre te perdona,

y el Cielo debe abrirte sus umbrales;
pero antes de eso has de ser mártir, hijo».[2]
Y tradujo a Virgilio *Juan de Arona*.

II

LA APELACIÓN DE VIRGILIO

Al oír la terrífica sentencia
sintió el pobre tan hondo desconsuelo,
que con voz esforzada dijo: «¡Apelo!
¡No me acusa de tanto la conciencia!»

Dicho y hecho. Con ávida impaciencia
llamó a la puerta del sagrado cielo
y rogó a un ángel que apurando el vuelo
fuese a anunciar al padre su presencia.

«Di», respondió el Señor[3]. «¡Líbrame ¡oh Padre!
de ese verdugo! Dame otro castigo
que no manche el laurel de mi corona,

y, hazme sufrir cuanto dolor te cuadre!»
«¡Sentencia y costas sufrirás te digo!»
Y publicó las notas *Juan de Arona*.

[2] Este verso y prosa,
son la misma cosa.

[3] ¿Cómo es que el Señor *respondía* si nada se le había *preguntado*?

III

LA EJECUCIÓN DE VIRGILIO

No hubo remedio. Del pagano reo
volvió a la tierra el ánima llorosa,
y a cumplir la sentencia pavorosa
ya preparados los suplicios veo.

Del buitre que roía a Prometeo
saca una pluma sin perfil la Prosa
y la empapa en el agua cenagosa
que se arrastra en el fondo del Leteo.

Cascabeles y gorro alista Momo,
Midas, su caña de medir la rima,[4]
para hacer del poeta un *Ecce Homo.*

La escena pasa entre Cañete y Lima...
el coro un réquiem a Virgilio entona,
y… aparece en la puerta *Juan de Arona.*

IV

AL LLEGAR AL PATÍBULO DE VIRGILIO[5]

Al verlo entrar preséntale la pluma
la Prosa zurda y desgreñada y tonta,
y exclama «¡Oh tú, mi predilecto! ¡Apronta
la diestra y sirve a la justicia suma!

---

[4] ¿Porqué mejor no dijo Asnaldo
«Rima, su caña de medir la Midas»?

[5] Virgilio no tuvo nunca más propiedad que su heredad paterna y fue un hombre muy filantrópico, muy amigo de su prójimo para que en sus propie-

¡La poesía!, mi rival, me abruma
con su desprecio y mi venganza afronta,
y huye de mí y al cielo se remonta
sin que la alcance de mi hiel la espuma.

¡Mas hoy la tengo entre mis manos! ¡Mira!
¡Dios te la entrega! ¡Lánzate al bufete,
estruja ese laurel, raja esa lira,

y haz que hable prosa el hijo de Helicona,
prosa... de los galpones de Cañete!»
Y recibió la pluma *Juan de Arona*.[6]

JOSÉ ASNALDO MARCADO

---

dades, buenas o malas, pudieran entrar patíbulos; así es que no entiendo esto del *El patíbulo de Virgilio,* salvo que sea uno de aquellos *brutismos* tan frecuentes en la erudición de *newspapers* o meramente periódica de nuestro Asnaldo. Asnaldo empezó a estudiar ya grandecito. Abrió los ojos en su primer viaje a Estados Unidos; y devorando cuanto le vino a las manos, aunque sin remontarse nunca más allá del año en que vivía, y mucho menos hasta la edad y lengua de Virgilio, y recorriendo, de consulado en consulado, todos los puertos del Pacífico, desde Chile hasta California, adquirió ese fárrago de nociones que unas veces saben a copla y otras a póliza; por lo que, a la *prosa de los galpones de Cañete* que él me refriega.

> Yo su ramplona en afrontarle inculco
> prosa de Talcahuano y de Acapulco.

[6] Estos sonetos vieron la luz pública en *El Cosmorama*, periódico que falleció en la temprana edad de cuatro números y sobre cuya carátula se leía: *Escrito por ellas y nosotros*; por lo que al anunciar su defunción nos permitimos referir el siguiente chascarrillo:

> Sobre una repisa
> vi un papel entre otros
> con esta divisa
> que causaba risa:
> *Ellas y Nosotros.*

I

CLAMORES DE VIRGILIO CONTRA LOS LADRIDOS DE ASNALDO

«Yo que fecundo en mis mortales días
concebí de dolor tantas ideas,
que pinté a Scyla y a Caribdi feas
y monstruos, *semihómines*[1] y harpías;

que describí penosas travesías,
que imaginé mortíferas peleas,
y a Dido abandonada por Eneas,
y a Dido en las infernas galerías;

¡ay! nunca concebí que un José Asnaldo,
que a duras penas el inglés machuca,
que comer debe alfalfa y toma caldo,

hubiera de cogerme por la nuca
y entre sus patas revolcarme ¡oh mengua!
¡cuando ni saludar sabe en mi lengua!»

Y dije a los otros
de mi compañía:
«¿Qué pensáis vosotros?»
«Que *Ellas y Nosotros*
ya no darán cría».

Este epigrama lo mismo que otros muchos y que el soneto número I de la página siguiente, fueron publicados en *El Comercio* de Lima. No se quejará pues nuestro Asnaldo: al publicarlos en ese diario, lo enterrábamos en la fosa de los pobres; y al repetirlos hoy aquí, asignamos nicho perpetuo a nuestro Asnaldo y le erigimos mausoleo.

[1] *Hic spelunca fuit, casto submota recessu,* Semihominis Caci *facies quam dira tenebat.* Eneida VIII, 194.

II

RESUMEN

DE TODAS LAS RAZONES LITERARIAS QUE HA TENIDO JOSÉ ASNALDO MARCADO PARA FABRICAR LOS CUATRO SONETOS PRECEDENTES:

Juan de Arona habla inglés, yo lo machuco,
Juan de Arona es muy alto, yo soy chico,
Juan de Arona está ocioso, yo trafico,
él despunta en la vida, yo caduco.

Él se llama *Soldán*, yo *Mameluco,*
yo soy un pobre, Juan de Arona es rico,
yo fui para el latín siempre un borrico
y cada autor latino fue mi *cuco*.

Él tradujo a Virgilio... ¡oh suerte impía!
yo *compilé* una historia, que en resumen
no es más que los periódicos del día

reducidos a forma de volumen;[4]
puedo pues afirmar con voz chillona
que no entiende de letras Juan de Arona.

---

[4] *El Perú y la España moderna* por José Asnaldo Marcado no es otra cosa que una compilación de cuanto los diarios *Comercio*, *Mercurio* y *Nacional* habían dicho sobre la cuestión española desde el 14 de Abril de 64, hasta los *emocionados* días en que nuestro Asnaldo iba de imprenta en imprenta buscando el mejor papelito, el más bonito tipo, los más variados arabescos y las más elegantes muestras de encuadernación para dar una edición lujosa de lo que él creía candorosamente su obra personal, propia y original, y en cuyo lucimiento incubaba con tanto amor como si se hubiera tratado de un libro de poesías originales o de impresiones de viaje.

Un joven que había sido redactor de algunos de los diarios *reducidos a prisión* en el volumen de Asnaldo, decía con mucha gracia y precisión señalando la pretendida obra de Marcado:

—En ese libro... en ese libro hay más de un *editorial mío*.

III

PARODIA

En un solo soneto condensado
de los cuatro sonetos de Marcado.

«La caña de... pescar del viejo Midas,
el padre de sus hijos Zebedeo,
con sus trescientos célebres Leonidas
y Aretusa hostigada por Alfeo;

del rey Alfonso el sabio las partidas,
el buitre que roía a Prometeo,
Nueva York con sus parques y avenidas,
el Dios Momo y las aguas del Leteo;

la escena pasa entre Cañete y Lima,
si no me engaño en un Domingo siete,
ecco! ya siento a mi jinete encima,

ya huelo las alfalfas de Cañete»...
Asnaldo entonces un rebuzno entona
y... *ecco*! encima de Asnaldo a *Juan de Arona*.

EL DE ARONA JUAN.

Hemos dicho en el prólogo de esta edición que «la crítica, que en lo privado nos fue enteramente lisonjera, no hizo en lo público manifestación ninguna, porque no podíamos considerar en tan distinguida categoría a alguno que otro ladrido de la impotencia pretenciosa»; y a pesar de estos buenos propósitos nos hemos *dignado* reproducir aquí las explosiones de Asnaldo, las cuatro destempladas detonaciones del gran *Torpedo literario*. Es pues un acto de justicia repetir ahora lo que esa misma crítica dijo de favorable, porque de todo hubo a pesar de nuestra ase-

veración, aunque nos creamos tan poco acreedores a los elogios que vamos a reproducir como a sátiras del jaez de la de Asnaldo.

El Comercio del 16 de Octubre de 1866, en su número 9121, registró el siguiente artículo:

LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO;
VERSIÓN AL CASTELLANO POR JUAN DE ARONA

«El poeta nacional cuya reputación literaria se ha formado bajo el pseudónimo de Juan de Arona, acaba de revelarse al público mostrándole una faz por la que nadie sospechaba pudiese darse a conocer.

«Ingenuamente hablando, nunca le creímos capaz de los alientos necesarios suficientes que le pusieran en aptitud para llevar a cabo el ímprobo y concienzudo trabajo de que hacemos mención, habiéndole juzgado sintéticamente por las composiciones de literatura ligera en cuyo género ha estado fulgurando con unánime aplauso por el aticismo y espiritualidad con que ha sabido engalanar sus concepciones.

«Esta vez, como atediado por ese género algo fútil y ávido de rehabilitarse ante su propia conciencia, el joven poeta, ha concentrado la energía de su espíritu y pensando tal vez que *querer es poder*, pudo porque quiso y ya lo hemos visto remontarse a las regiones superiores del humano ingenio.

«Y así como el festivo don Modesto de la Fuente (Fray Gerundio), quien después de haberse conquistado una celebridad en la literatura crítica, habiendo brillado ineclipsable en el género satírico burlesco; de improviso se encuentra y sorprende cerniéndose con brío en las regiones graves de Heródoto, el Padre Mariana y otros historiadores, escribiendo una completa historia de España, tal así, Juan de Arona, aunque en distinto ramo, abandonando su estilo de agudeza, templa su cítara por el austero diapasón del grave y se lanza impávido a interpretar nada menos que al Dios de la antigua poesía latina, reflejando como en

un espejo el inmortal poema campestre del inmortal Virgilio, y sosteniéndose indecadente en tan grande altura. Nuestro compatriota el de Arona salvando de un vuelo audaz la enorme distancia de más de diez y ocho siglos, como un César de las letras concibió y ejecutó su valiente proyecto y como a César le está concedido el derecho de exclamar: *Pensé; púseme a ello y lo llevé a término, quiere decir ¡VENCÍ!*

Efectivamente, los «númerosos» suscritores del ilustrado diario *El Nacional* habrían podido observar en los número de esa publicación literaria, en los que a modo de folleto, han consignado la obra aludida, que esa feliz traducción es un título sobrado para constituir un crédito literario en primera línea. En esa traducción del latín el animoso vate haciendo tesis de una erudición poco común y de severos conocimientos de la lengua de Cicerón, nos exhuma, por decirlo así, no solo la ciencia de ese poema célebre, sino que en cuadros perfectamente coloridos y contorneados nos estereotipa los lugares, las costumbres y la época bienandante en que el diviso poeta floreció. No contento nuestro joven traductor con habernos importado al castellano ese tesoro de didáctica, reproduciendo con fidelidad el espíritu de Virgilio, convirtiéndose en eco suyo, y proporcionándole la oportunidad de que en sus espléndidas alas, ese género se cierna sobre la literaria atmósfera de nuestros días, el traductor nos da por complemento de su rica lucubración una especie de corolario en los números de *El Nacional* 278 y 279 seguramente con el designio de convencer a sus lectores, que al vaciar la mente de Virgilio, nada hay que el traductor haya alterado ni omitido.

«Si la versión de las *Geórgicas* es a todas luces una obra concienzuda que satisface los preceptos de la Estética y halaga la mente de los lectores; si obliga a poner el Vº Bº a los inteligentes, en mérito de la fidelidad con que ha sido duplicado el espíritu del gran Virgilio, el opúsculo que contiene las notas explicativas no deja nada que desear, por la forma ingeniosa con que *Arona* nos presenta los puntos de similitud entre el sistema agrícola de aquellas épocas remotas y el de nuestros días. Así

mismo llena la imaginación dulcificando la aridez del asunto por la viveza de ingenio, con que en esa parte demostrativa, previendo tal vez los aventurados fallos de la ignorancia ligera, tan larga en depresión cual corta en juicio, se burla antelativamente de sus Zoilos, patentizándoles la exactitud de la versión, y a lo *pan pan vino vino*; empleando esa expresión popular y como embutiéndoles con cuchara una lección práctica de literatura antico-moderna, nuestro amigo salva su responsabilidad. En resumen; la obra de Juan de Arona, al sentir de los hombres más entendidos en Letras, especialmente de los más versados en la lengua latina, es un cuadro acabado, en el que asociado lo recreativo y lo útil, el lector encontrará un pequeño manantial donde beber agradables impresiones, amén que un estímulo encaminado a los nacientes literatos del país.

MORÁN

LA MATRONA DE EFESO

LA MATRONA

DE EFESO.

POR

Juan de Arona.



LIMA.
IMPRENTA DEL UNIVERSO DE CARLOS PRINCE,
Calle de Belaochaga N° 136.
1872.

¡Qué! ¿no bastaba a la ciudad galana
la fama de su templo de Dïana,
que los Dioses le enviaron ex profeso
una matrona, casta en tal exceso,
que por antonomasia se le aclama
la *Matrona de Efeso*?

Era tanta la fama
de la casta, virtuosa y pura dama,
que, reputada de su sexo adorno,
venían las mujeres del contorno
a inspirarse en su ejemplo,
y a venerar su casa como templo.

El glorioso Caístro,
río de la ciudad, en su registro, en
sus viejos anales no consigna virtud
más alta ni Beldad más digna. Ni
sabe de algún hombre
que más dichoso con razón se nombre,
que el que con ella dividiendo el lecho
posa sus sienes en tan casto pecho.

Mas la muerte que siega
las más preciadas flores,
al tálamo nupcial un día llega,
y el esposo feliz la vida entrega
en sus años mejores.

Viuda ya la matrona
con nuevos hechos de su amor blasona:
no solo hasta la última morada
fue del féretro en pos desmelenada,
y el rostro maltrató de cristal pulcro;
sino que descendiendo hasta el sepulcro
donde colocan al marido extinto,
¡resolución extraña!
no hay quien la arranque del fatal recinto.

Una sola criada la acompaña,
y fiel como ella, el rostro en llanto baña;
y de solicitud haciendo alarde,
a ratos reänima
la moribunda lámpara que encima
del monumento arde.

En balde vienen repetidas veces
los amigos, los deudos, y aun los jueces
a disuadir a la matrona apuesta
de su intención funesta,
que ella erre que erre,
junto al cadáver horrido se acuesta
y no hay quien de su lado la destierre.

No se habla en el pueblo de otra cosa
que de la santa y ejemplar esposa,
que tantas horas del esposo al lado
velando estaba sin probar bocado.

«No hizo más Artemisa por Mausolo
—decían— que ella limitóse solo
a darle sepultura extraordinaria,
y a beberse en ceniza al Rey de Caria».

Aquella noche misma,
no lejos de la bóveda en que llora
la singular señora
que en su dolor abisma,
una cruz que patíbulo denota
(como que lo era en esa edad remota)
se alzó, y un reo fue crucificado
por no sé qué pecado.

No tardó el centinela
que del ajusticiado el cuerpo vela,
por si un alma de Dios venir procura
a darle sepultura,
en distinguir la tenue luz que oscila,
y los entrecortados ululatos
que interrumpen a ratos
de aquel santo lugar la paz tranquila.

El rústico Efesiano,
de la genial curiosidad movido
que es propia a todo humano,
llevó el pie sin ruido
hacia el sepulcro arcano;
y una vez que a la cámara se asoma,
de lo que ve se pasma,
que a la matrona toma

o por aparición o por fantasma;
y turbado y confuso
en devaneos mil la mente puso.

Pero el cadáver yerto
que a su vista se ofrece, y el difuso
cabello de la dama lacrimosa
que rueda por sus hombros sin concierto,
la hacen del caso comprender lo cierto;
y ve que es una inconsolable esposa
que hasta límites nada naturales
prolonga los deberes conyugales.

Movido a caridad, fue por su cena,
y a dividir con él la ración corta
a ama y criada exhorta;
y disuadiendo a aquella de su pena,
«Buena señora —le decía— advierte
que por más que con llanto lastimoso
reclames al esposo,
no has de hacer que despierte; porque
es su sueño demasiado fuerte para
que despertarlo esté en tu mano.
Piensa en tu duelo insano
que a ti, y a mí, y a todo ser humano
ineludible término es la muerte.
Nadie de este fracaso se precave,
tu experiencia lo sabe;
deja vanos extremos
que todos, todos a morir nacemos».

Agotaba el buen hombre las razones
que se estilan en tales ocasiones,
y las vulgaridades; sin que a ella
le hagan ninguna mella;
antes con nuevo enfado
se arrancó de cabellos un puñado
que por ofrenda tributó al esposo.

El soldado mañoso
no desmaya por esto
y sigue firme en lo que se ha propuesto.
Hasta que la criada
al fin como plebeya más menguada,
vencida del ayuno
tan largo e importuno
y del aroma embriagador del vino,
cedió a la grata tentación del plato
y comió a poco rato.

Ya con este esfuerzo,
que a ser a un tiempo vino
cena, comida, almuerzo,
más alentada ella también se encarga
de persuadir a su ama a que desista
de más lamentos y a la cena embista.
Y esta oración le larga:

«Cuando hay en la ciudad tantos pelmazos
que muriéndose están por tus pedazos,
y beldad tanta y juventud reúnes,
¿justo será que hasta morirte ayunes?

Aún no llegó la hora
de morir, mi dulcísima señora.

Tu estéril sacrificio, ten por cierto,
no resucita al muerto,
ni él en tu caso tan leal, tan fino,
imitara tu loco desatino».
La dulce voz de la elocuente sierva,
el persuasivo gesto del soldado,
el hambre que la enerva,
el olor del guisado,
y el sabroso mascar acompasado,
la sacaron por fin de su reserva.
Comió y bebió con brío,
pero con entereza y señorío:
y ¡oh mujer tan instable como el hombre!
ya sin que del soldado
la asiduidad le asombre,
mírale con agrado,
y que es muy buen conversador repara,
y de no mala cara.

Y así como su estómago, ¡oh vergüenza!,
así a ceder su corazón comienza,
que el soldado bellaco
le buscaba también este otro flanco.

La gratitud de la oportuna cena,
la hora, el lugar, la sombra, y la amarilla
vislumbre de la opaca lamparilla;
del soldado la mágica palabra

que a manera de música le suena
y el tierno corazón le mina y labra,
todo el casto edificio va aflojando
con un desmayo blando.
Y de la viuda triste,
que casi no resiste,
el militar ¡oh triunfo no pequeño!
por todas partes se va haciendo dueño.

Al fin vencida, delirante, ciega,
ebria tal vez al mílite se entrega,
y ¡en ese dormitorio!
celebran clandestino desposorio.
Que así la castidad, pudor, recato,
y todo el aparato
que una existencia dura,
cede en un cuarto de hora de locura.

La triple llave de oro
que guardaba tan célico tesoro,
el tesoro tan puro y codiciado
fue pasto fácil de un vulgar soldado.

La que en el mundo cuando en él anduvo
jamás tentada de pecar estuvo;
la que no se extravía ni se pierde
ni en el muelle retrete o blando estrado,
ni en el tálamo rico y perfumado,
ni del jardín en la glorieta verde,
ni en tanto sitio, en fin, cuya molicie
hace que el alma su pureza vicie,

¡la viene a persuadir a que sucumba
una desierta y repugnante tumba!
La que el lecho nupcial guardó tan fuerte,
guardar no pudo el lecho de la muerte.

¡Oh tú, soez custodio
de un vil ajusticiado,
que tan dulce episodio
en tu burda existencia has encontrado!
Al ver cuán bien te sale
todo, todo en suceso tan extraño,
verás, ¡cuánto más vale
llegar a tiempo que rondar un año!
Quedaos con un palmo de narices
efesios infelices.

¡Oh, que el Pecado hasta en el aire zumba!
y en el propio sepulcro se agazapa;
y la virtud que incólume se escapa,
no llega al cielo, no, que él la derrumba
en esa lid postrera de ultratumba.

¡Cuál sería el orgullo, el alborozo
del aguerrido mozo,
triunfante al verse con victoria doble
de matrona tan noble;
sí, que logró obligarla, todo junto,
a comer y a olvidarse del difunto!

El nuevo día llega,
y aunque penetra con su luz dorada

la fúnebre morada,
no da fin a la lúbrica refriega.
Un día y otro día
pasó, y también la subsiguiente noche,
sin que ella que en sus brazos lo ceñía,
los brazos un instante desabroche.

Pasaban pues las horas de este modo
con la puerta cerrada a piedra y lodo,
para que si un amigo o deudo acude,
al verla así, no dude
que la viuda al dolor ha sucumbido
y yace muerta sobre su marido.

Aunque bajo el imperio
de tanta dicha y tan feliz misterio,
el soldado salía de contino
en pos de provisiones y de vino.

Mas tanto descuidó su ministerio,
que en encontrar no tarda
la cruz que tan mal guarda,
sin el crucificado
a su firme custodia encomendado,
que aquel reo infeliz viuda dejaba;
si no matrona que la fama alaba,
mujer al menos pía,
y constante y segura,
que el patíbulo ronda noche y día
buscando coyuntura
de dar a su marido sepultura.

Y un día en que la guarda
más en salir del aposento tarda,
a la cruz del suplicio una escalera
allegada, y el ansiado
«Descendimiento» opera;
que si no es de Ribera
se captará a lo menos
la simpatía de los hombres buenos.

El soldado que sabe
que le va la cabeza
por descuido tan grave,
quedóse de una pieza
al ver la cruz, y a enloquecer empieza.

¡Oh amarga tornaboda!
¡Oh lago puro cuya faz se enloda!
¡Oh soldado infeliz! ¡La cruz te espera
para hacerte pedazos!
Por la matrona y por sus dulces brazos
ella te abre los suyos... ¡de madera!

Adiós, amor, placer, breves delirios;
instrumento de afrenta y de martirios,
la cruz te espera allí, fija en el suelo:
capilla ardiente que tendrá por cirios
los blandones del cielo.

En vez de besos puros
te aguardan lazos duros;
la glacial intemperie,

y tras tan larga serie
de males, una viuda
que ciertamente no vendrá en tu ayuda;
y que al pie de la cruz la hora aguarda
de suplantarte con el otro guarda.

Pero a mis reflexiones me replica
que él a Catón imitará, el de Utica,
y que se matará no cabe duda,
pues la crucifixión es cosa ruda.
Y saca (que en efecto mi soldado
era muy arrojado)
la espada y contra el seno se la aplica.

Mas la casta matrona
que vivo lo ve aún, no lo abandona.
«No permitan los cielos
—dice— que a un tiempo arrastre yo dos duelos,
ni que llore enterrados
dos seres de mi pecho tan amados.
Si en solo un muerto tu vivir estriba,
muera el que ha muerto ya, y el vivo, viva...»

La sierva, completando de su ama
el pensamiento, exclama:
«¡A vivir y acabemos!
¿Qué falta? ¿Un muerto? A mi señor colguemos».
«Sí; —repite la viuda—; en el instante
vaya él a ocupar la cruz vacante,
que es más equitativo
colgar al muerto que perder al vivo.

Él ha muerto; es un hecho;
y cuando con la muerte se apechuga…
—una hipócrita lágrima aquí enjuga—
¡es fuerza resignarse! ¡a lo hecho… pecho!»
¡A lo hecho, pecho! repitióse en coro;
¡a lo hecho pecho! y enjugóse el lloro,
¡a lo hecho, pecho! y todos tres se huelgan;
y ajusticiando al punto
al infeliz difunto,
reo sin culpa de la cruz lo cuelgan.

———

Fue otra vez vuelto a la luz
el ya muerto y enterrado,
y ahorcado y ajusticiado,
y afrentado en una cruz.

Y cuando el hecho tan ruin
se supo por la ciudad,
confirmóse esta verdad:
nadie es dichoso hasta el fin.

Lima, mayo de 1872.

Petronio, escritor latino del tiempo de Nerón, me ha sugerido el asunto de la composición que precede. Es todo lo que de él he tomado; pensamientos, imágenes, reflexiones, locuciones familiares, la introducción y la conclusión, todas las *bordaduras*, en fin, me pertenecen. Y para que el lector se convenza, he aquí el texto de Petronio:

Matrona quædam Ephesi tam notæ erat pudicitiæ, ut vicinarum quoque gentium feminas ad sui spectaculum evocaret. Hæc ergo, quum virum extulisset, non contenta, vulgari more, funus sparsis prosequi crinibus, aut nudatum pectus in conspectu frequentiæ plangere, in conditorium etiam prosecuta est defunctum, positumque in hypogeo, græco more, corpus custodire, ac flere totis noctibus diebusque cœpit. Sic afflictantem se, ac mortem inedia persequentem, non parentes potuerunt abducere, non propinqui: magistratus ultimo repulsi abierunt: compluratque ab omnibus singularis exempli femina, quintum jam diem sine alimento trahebat. Assidebat ægræ fidisima ancilla, simulque et lacrymas commodabat lugenti, et, quoties defecerat positum in monumento lumen, renovabat. Una igitur in tota civitate fabula erat; et, solum illud affulsisse verum pudicitiæ amorisque exemplum, omnis ordinis homines confitebantur; quum interim imperator provinciæ latrones jussit crucibus affigi, secundum illam casulam in qua recens cadaver matrona deflebat. Proxima ergo nocte, quum miles, qui cruces servabat, ne quis ad sepulturam corpora detraheret, notasset sibi et lumen, inter monumenta clarius fulgens, et gemitum lugentis audisset, vitio gentis humanæ, concupiit scire quis, aut quid faceret? Descendit igitur in conditorium; visaque pulcherrima muliere, primo, quasi quodam monstro, infernisque imaginibus turbatus, substitit. Deinde ut et corpus jacentis conspexit, et lacymas consideravit, faciemque unguibus sectam, ratus scilicet id, quod erat, desiderium exstincti non posse feminan pati, attulit in monumentum cœnulam suam, cœpitque hortari lugentem, ne perseveraret in dolore supervacuo, et nihil profuturo gemitu pectus diduceret; omnium eumdem exitum esse, sed et idem domicilium; et cetera, quibus exulceratæ mentes

ad sanitatem revocantur. At illa, ignota consolatione percussa, laceravit vehementius pectus, ruptosque crines super pectus jacentis imposuit. Nec recessit tamen miles, sed eadem exhortatione tentavit dare mulierculæ cibum, donec ancilla, vini certe ab eo odore corrupta, primum ipsa porrexit ad humanitatem invitantis victam manum: deinde refecta potione et cibo, expugnare dominæ pertinaciam cœpit. Et:—Quid proderit, inquit, hoc tibi, si soluta inedia fueris? si te vivam sepelieris? si, antequam fata poscant, indemnatum spiritum effuderis?

Id cinerem aut manes credis curare sepultos?

Vis tu reviviscere? vis tu, discusso muliebri errore, quamdio licuerit, lucis commodis frui? ipsum te jacentis corpus admonere debet ut vivas.—Nemo invitus audit quum cogitur aut cibum sumere, aut vivere. Itaque mulier, aliquot dierum abstinentia sicca, passa est frangi pertinaciam suam: nec minus avide se replevit cibo, quam ancilla, quæ prior victa est.

Ceterum scitis, quid tentare plerumque soleat humanam satietatem? Quibus blanditiis impetraverat miles, ut matrona vivere vellet, iisdem etiam pudicitiam ejus aggressus est. Nec deformis aut infacundis juvenis castæ videbatur, conciliante gratíam ancilla, ac subinde dicente:

.....Placitone etiam pugnabis amori?
Nec venit in mentem, quorum consederis arvis?

Quid diutius moror? ne hanc quidem partem corporis mulier abstinuit, victorque miles utrumque persuasit. Jacuerunt ergo una non tantum illa nocte, qua nuptias fecerunt, sed postero etiam ac tertio die, praeclusis videlicet conditorii foribus, ut, si quis ex notis cognatisque ad monumentum venisset, putasset exspirasse super corpus viri pudicissiman uxorem. Ceterum delectatus miles et forma mulieris et secreto, quidquid boni per facultates poterat, coemebat, et prima statim nocte, in monumentum ferebat. Itaque cruciarii unius parentes, ut viderunt laxatam custodiam, detraxerunt nocte pendentem, supremoque mandaverunt officio. At miles, circumscriptus dum residet, ut postero die vidit unam sine cadavere crucem, veritus supplicium, mulieri, quid accidisset, exponit: nec se exspectaturum judicis sententiam, sed gladio jus dicturum ignaviæ suæ: commodaret modo illa perituro locum, et fatale conditorium familiari ac viro faceret. Mulier non minus misericors, quam pudica:—Nec

istud, inquit, dii sinant, ut eodem tempore duorum mihi carissimorum hominum duo funera spectem: malo mortuum impendere, quam vivum occidere.—Secundum hanc orationem jubet corpus mariti sui tolli ex arca, atque illi, quæ vacabat, cruci affigi. Usus est miles ingenio prudentissimæ feminæ; posteroque die populus miratus est, qua ratione mortuus isset in crucem.

("El Satiricon" Capítulos CXI y CXII.)

POESÍA LATINA

POESIA LATINA

TRADUCCIONES EN VERSO CASTELLANO

POR

Juan de Arona.

LUCRECIO, VIRGILIO, PLAUTO,

OVIDIO, FEDRO, DECIMO LABERIO, &.ª

DEDICADAS

Al Sr. D. M. Menéndez Pelayo.

LIMA
IMPRENTA DE J. FRANCISCO SOLIS.
PLAZUELA DE SANTO TOMAS N. 255
1883.

AL JOVEN Y ERUDITO POETA ESPAÑOL DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Muy Señor Mío:

En la carta de Santander con que ha querido usted honrarme he hallado un párrafo que dice: «Sé que usted ha publicado en periódicos de Lima traducciones varias de poetas latinos, ¿cómo podría yo conocerlas?»

He aquí el motivo de esta edición y el porqué de la dedicatoria. Las poesías cuya existencia escudriñaba usted en alas de un espíritu notablemente investigador, salvando la barrera de cuatro mil leguas de distancia, y la otra más glacial todavía, de la indiferencia peninsular por la literatura de estos países, fueron realmente publicadas en periódicos de Lima muchos años ha, entre 1869 y 1875.

Siéndome imposible reunir los periódicos en que salieron, opté por hacer una edición especial de ellas para deferir de una manera digna a la obligante curiosidad de usted. Además, al favor que me concedía la mencionada carta, se juntaba el muy agradable obsequio de sus *Estudios poéticos*, que usted acompañaba, y cuyo tomito es un monumento a la antigua poesía clásica.

Después de veinte años de familiaridad con la antigüedad griega y latina, siempre al través de las lenguas extranjeras, me faltaba una novedad: la de discurrir por ella con mi lengua patria y un español por guía, fruición que casi no conocía y que anhelaba desde muchacho como un complemento a mis estudios clásicos requerido por el corazón.

Don Juan Valera con la traducción del *Perviligium Veneris* y alguna otra del *rumaïco*, y don Norberto Pérez de Camino, eran los poetas españoles contemporáneos que algo me habían ser-

vido para aquel propósito, en el que asimismo entraba un interés prosódico, porque ni alemanes ni franceses ni ingleses ni italianos me podían enseñar los equivalentes castellanos o la prosodia castellana de ciertos nombres propios griegos o latinos: yo los traducía o acomodaba por instinto o ajustándome a las reglas de acentuación de las lenguas sabias; mas esto no bastaba a mi curiosidad ni me satisfacía. Nuestros clásicos, llámense Balbuena, Villegas, Ercilla, Calderón o *Romancero general*, escriben esos nombres de una manera arbitraria, o trasladándolos, para rehuir el compromiso, con su ruda y exótica ortografía[1].

En aquellos tiempos despreciaban, a lo que parece, tales nimiedades, y en los presentes se *calca* del francés por ser más fácil tomar de allí una prosodia ya hecha, que averiguar cual es la que corresponde a la índole de nuestra lengua. Por eso se dice o escribe *Ayáx, Baucís*, que es como se ha oído en la *Belle Hélène* o leído en alguna fábula de Lafontaine, y no *Áyax, Báucis* como pide la ortología castellana.

---

[1] Aun Burgos, que es moderno, en su traducción de Horacio suele trascribir con toda su rudeza la palabra *Styx*, que como esfinge o enigma propone a la pronunciación. ¿Cómo pronunciará un español genuino? ¿Le agregará una *E* como el mismo Burgos lo hace otras veces, y como es lo natural para nosotros y dirá *Estyx*, que no es sino *Estigia*? Pero entonces el verso ese que es heptasílabo, se volverá octosílabo. ¿Pronunciará la *s liquida* que solo convencionalmente existe en castellano? Tampoco sería fácil después de la consonante *l* en que acaba la palabra anterior.

El verso es este (oda A Virgilio)

Del *Styx* con cetro horrible

Sólo un inglés acostumbrado a pronunciar *candlestick*, podría salir airoso de la prueba, porque aun eso es más fácil que leer *Del Styx*. Para que el verso constara habría que decir:

Del *Tix* con cetro horrible

lo que desfiguraría por completo la palabra.

Y esta ortología, ¿cómo y adónde se aprende? Los tratados de Sicilia y Bello no abrazan todo lo que un literato puede necesitar. Sería menester un diccionario prosódico práctico, todo apoyado en Autoridades. Yo mismo he tenido y tengo una gran dificultad para salir de dudas. Por mucho tiempo traduje *Simoïs* por *Símoïs*, y como yo, no pocos hablistas españoles, hasta que hallé en Iriarte *Simoënte*, con cuya eufónica desinencia la palabra gana un ciento por ciento, y se podría desafiar a las otras lenguas europeas a aclimatarlas tan bien[2]. El *Dánaos* de Hermosilla y de Villegas me crispaba tanto los nervios, como si oyera decir *sárao*, y por mi cuenta seguía diciendo y rimando *Danáos* (y también *Danáe*) hasta que hallé en Burgos, traductor de Horacio y autoridad competente, la misma acentuación.

Siempre dije *Eféso* porque me sonaba mejor, aunque con mis grandes dudas de que fuera esdrújula la palabra, porque con tamaño acento en la *E* inicial la había visto en la célebre traducción de Azara de la vida de Cicerón por Midleton, en el *Romancero*, en Calderón, etc. Pero aún sigo en mis trece y digo *Eféso*, contando en último caso con la anarquía que siempre ha favorecido a las letras españolas en materias de ortografía, y con el citado Burgos, que lo mismo dice *Penelópe* que *Penélope*, *Itáca* que *Ítaca*, *Sisífo* que *Sísifo*, según le conviene.

A la princesa que en la Odisea desempeña para con el barbudo Ulises el mismo misterio que la hija de Faraön para con el inocente Moisés, ¿cómo la llamaremos? ¿*Náusica* o *Nausíca*? Véase la traducción española, se me dirá: ¿Y dónde está? No dudo que las atrevidas casas editoras de Barcelona, cuyo mercantilismo no se para en nada, habrán acometido más de una vez la empresa, lo mismo que otras tanto o más arduas. Pero allí estarán trascritos los nombres propios como se habrán encontrado en la traducción francesa.

---

[2] *Simoënte* no es más que el genitivo griego de *Simóeis*, como Anacreonte lo es de Anacréon, Tarento de Táras, etc. En la poesía italiana se ha aclimatado también el genitivo y se dice *Simoënta*.

Por otra parte, la presencia o ausencia del acento suele depender hasta de la irreflexión del cajista, cuya errata no enmendamos, ya por inadvertencia, ya por incuria, ya por el temor de que al corregir una falta relativamente leve, incurra aquel en otra más trascendental como ya ha sucedido. Usted mismo en la traducción de Chenier «El Ciego», ha escrito, página 130, *nephéndes*, colocando el acento en la segunda *e*, que es como yo también lo hice en esta estrofa:

> Tú de Amazonas la flora egregia
> recordar puedes y toda flor,
> y tanto el cielo te privilegia,
> que eres nenúfar, victoria regia,
> y hasta *nepéntes* consolador.

Conservé lo mismo que usted la forma plural del original griego, que es singularmente grata, sobre todo en verso, aun cuando la forma castellanizada sea singular, *nepente*. Por la misma razón etimológica y eufónica he usado *tétanos* en vez de *tétano*. No pensaba como nosotros el académico Bretón cuando decía («La Desverguenza»).

> ¿A quién no amaga el alevoso *tétano*?

Pero es el caso que ese acento del *nephéndes* de usted me parece que ha sido trasladado por el cajista de la primera *é*, en que usted debió ponerlo, ya porque juzgara esdrújula la palabra, ya por licencia poética, porque no siendo así, sería este el único verso sin medida en todo el precioso volumen de usted.

> Vertió después el *nephéndes* potente,

no es verso mientras no se lea *néphendes*

En prosa no se puede saber la verdad acerca del acento; en verso hay la rectificación de la medida, que viene a ser como el análisis químico, que descubre lo que no aparece en la mera autopsia, salvo en algunos poetas españoles antiguos, verbigracia los traductores clásicos Juan de Guzmán y Hernández Velas-

co, los cuales, como no siempre respetan la medida o acento rítmico, escapan aun al análisis químico, y nunca sabremos positivamente si quisieron decir *Eurídice* o *Euridíce*.

Éufrates dice en Lima todo el mundo, sin sospechar que es *Eufrátes*, y que así se ha dicho desde Ercilla hasta Ventura de la Vega; lo que no obsta para que a lo mejor el mismo Ercilla nos salga diciendo *Éufrates*.

> Y la corriente de *Éufrates* famoso,

es un verso, (*Araucana*, canto 27, octava 6) que no puede salir tal, a menos que no leamos *Éufrates*. Si se tratara de aquellos poetas que se resisten al análisis químico de la rectificación de la medida, podríamos vacilar; pero el poeta Ercilla no era capaz de hacer un verso como este, bueno para Guzmán o Velasco:

> Y la corriente de *Eufrátes* famoso.

En este mismo poeta y también en Balbuena, hallamos *Prosérpina* (que es quizá la acentuación griega) por *Proserpína; Semiramís, Tidídes, Ambrósia* (que es también la acentuación griega) *Anacréon, Pritoó, Estenélo, Dióscores* (yo había traducido siempre literalmente y acentuando *Dioscúres),* etc.

Por regla general tengo una flaqueza por el sonido grave cuando no he oído antes pronunciar la palabra, y de aquí mis *Efésos*, mis *Danáos* y *Danáes*. Aun hubo vez que dije *Senéca. Éufrates* me sonaba bien por la costumbre provincial[3]. Veo con gusto que también usted aunque excepcionalmente, propende a aquella acentuación grave en la poesía titulada: «Una fiesta en Chipre», en la que se lee *Driádas, nayáde, egída* (y en las páginas anteriores *éjida), arcáde*, etc.

Dejando ya estas nimiedades prosódicas que podrían llevarme demasiado lejos, pasemos a algo más elevado sin salir del

---

[3] Igualmente se halla *Éufrates,* una vez, en las últimas octavas de *La Circe* de Lope.

mismo tema clásico. No extrañe usted que abuse de su paciencia; hace veinte años que deseo departir en español con un español sobre estos tópicos, y lo tomo a usted a deseo. El año 62, hallándome como viajero estudiante en la ciudad de Atenas, conocí a un importante compatriota de usted el señor don Jacobo Bermúdez de Castro que acababa de llegar como cónsul de España. Su versación en la literatura griega y en la alemana me cautivaron, y hasta hoy recuerdo lo primero como una singularidad. Era un erudito, un clásico.

Mas de lo que quiero discurrir con usted ahora, como de cosa menos común, es de lo que modernamente se llama el *sentimiento* de la antigüedad. Si el conocimiento material de ella y la inteligencia de la letra y el texto de los autores no dejan nada que desear en nuestros clásicos españoles, que eran mucho más eruditos que nosotros, aún no sabían, como no saben hoy mismo sus sucesores, *sentir* la antigüedad. Solo por excepción se encuentran en las comedias mitológicas de Calderón que parecen cuentos de muchachos, trozos como éste.

> Júpiter soberano
> que este golfo en espumas dejas cano,
> yo voto a tu deidad aras y altares
> si la cólera templas de estos mares.
> [*El mayor encanto amor.*]

Aquí el *sentimiento* de la antigüedad está latente en esta prosopopeya clásica, en esta sencilla y magnífica promesa tan propia de un navegante pagano en sus desastres. El *sentimiento de la antigüedad*, tan corriente en las modernas literaturas de Europa, sin excluir ciertas óperas bufas como la *Belle Hélène* y *Orfeo*, era lo que no hallaba yo (con perdón) en los literatos españoles. Este *sentimiento* se prefiere en el día a la exactitud material tanto porque es la parte más interesante, cuanto porque se supone que es imposible su adquisición sin haber poseído previamente todas las nociones materiales. He aquí porqué saboreo las dos óperas bufas que usted se habrá admirado de hallar citadas al tratar del *sentimiento de la antigüedad*, y

porqué admiro la parodia en general. Descomponer una obra maestra griega o latina presupone un superior conocimiento de ella, un haberla escudriñado por todas sus faces, un haberla sentido íntimamente, un haberla *vivido*. Un retrato idéntico se obtiene de cualquier fotógrafo; para sacar una caricatura idéntica se necesita ser artista.

No extrañe usted que me explaye sobre la parodia al frente de un libro que no contiene una sola: son cuentas atrasadas. En el Prólogo que don Miguel Antonio Caro puso a su traducción de Virgilio dice al hablar de mi *Paráfrasis jocosa* de unos versos de la *Eneida*: «género desgraciado y mal nacido» (la parodia) y en el consecutivo que puso usted mismo leo: «Juan de Arona, elegante traductor de las *Geórgicas* ha hecho una especie de parodia de la *Eneida*, Libro I. versos 1-100, en la que Dido dice a Eneas que le *llegará su San Martín,* y otras cosas de la laya».

Yo tampoco estoy por las parodias cuando se toman a empeño como la de Scarron, de la que jamás he podido leer una sola página completa. Las mías no pasan de cien versos de la *Eneida*, y no llegan hasta el fin de la *Egloga V* de la que igualmente di una traducción *libre y jocosa*. En ambas mi sensibilidad sabe despertarse ante lo exquisitamente bello o poético: no por hallarse en una parodia dejan de ser graves y serios estos versos:

¡Oh tres y cuatro veces venturosos
los que de Ilión bajo los altos muros,
a las orilla de la patria nuestra
encontraron la muerte!
¡Oh tú de los Danáos el más fuerte
Tídides esforzado!
¡No haber con mejor suerte
rendido esta alma en los troyanos campos
bajo los crudos golpes de tu diestra!
¡No haber, no haber caído
allí, donde Héctor fiero
duerme, de Aquiles por el dardo herido!
¡En donde Sarpedon cerró los ojos!
En donde el Simoënte

voltea en su corriente
yelmos, escudos, bélicos despojos,
y tanto cuerpo de varón injente!
(*Eneida*.)

Ni estos otros:

Como la vida del árbol es decoro,
como el racimo es gala de las viñas.
y del ganado el toro,
y el trigo de las fértiles campiñas,
tal fuiste Dafne gloria de los tuyos.
(*Egloga V*.)

¿Cómo dice en estos mismos pasajes el señor Caro, cuya traducción no es jocosa, ni libre, ni parafrástica? Veamos si se expresa con más seriedad y sentimiento que yo:

Como al campo la mies, Dafni a los suyos
fue gloria, fue decoro,
cual racimo a la vid, la vid al árbol,
a la vacada el toro.

¡Oh tú, entre aquivos héroes el primero,
Diomédes esforzado, ¿qué impía suerte
me negó bajo el filo de tu acero
en los campos de Troya hallar la muerte?
Do al ímpetu de Aquiles Héctor fiero
cayó; do el grande Sarpedón; de inerte
tanto noble adalid, rota armadura,
el Símois vuelva en su corriente oscura!
(M. A. Caro.)

Ignoro si otros parodistas habrán procedido como yo; lo dudo, desde que lo que ellos hacían era una parodia formal; mientras tanto someto a la consideración de usted y a la del señor Caro los pasajes precedentes y otros que pueden verse en mis *Paráfrasis* y traducciones *libres* y *jocosas*.

Personas tan competentes como usted y el Bogotano traductor de Virgilio deben conocer lo mucho que se ha escrito en pro de la parodia: recordarán ustedes que Victor Fournel se expresa así: «C'est une mascarade sans doute, mais il y a des mascarades ingénieuses et divertissantes dont les esprits les plus sérieux et les plus sèveres ne peuvent s'empecher de rire. Quant aux critiques qui s'évertuent à demontrer doctement que cette mascarade est contraire au bon gout, ils ressemblent à ces gens moroses qui voyant passer un homme en carnaval sous un déguisement grotesque, l'arreteraient pour lui dire que son habit n'est pas conforme aux idées reçues et au décorum».

Y Marmontel: «Mais ne serait on pas ridicule de représenter un homme qui se deguise grotesquement pour aller au bal, que cet habit n'est pas à la mode? Mieux on connait Virgile et mieux on en sent les beautés, plus on s'amuse à le voir travesti. Au reste, quoi que l'on pense de ce genre, c'est peut être celui de tous qui demande le plus de verve, de saillie, et d'originalité».

¡Y este es el género desgraciado y mal nacido!

El mismo Fournel hablando de un parodiador de la *Eneida* dice: «Jamais il n'a amoindri Virgile à mes yeux. En relisant le poëte latin après cette mascarade inoffensive mon admiration, quand elle ne s'est pas accrue par le contraste, n'a pas baissé d'un degre. On peut même dire, après les critiques les plus graves, que mieux on connait et ont sont Virgile, plus on s'amuse de ce travestissement».

Otro escritor, Sorviere, compara estas parodias a las pinturas grotescas de Rembrandt, «que no pueden ser admiradas sino por los entendidos en el arte, y no por el vulgo». Y Guizot dice en alguna parte que «ciertas parodias no escandalizan sino a los débiles».

¿Qué mucho que Virgilio tenga parodiadores cuando su lengua ha pasado a ser muerta, si desde los días en que era viva había chusco que al precepto de las *Geórgicas* «*Nudus ara, sere nudus*» (ara desnudo, siembra desnudo, esto es, en la fuerza del calor) contestaba: *frigus habebis*, que es como si dijéramos: ara desnudo, siembra desnudo... «*¿y te resfriarás*?»

Tan poca ha sido mi afición a la parodia propiamente dicha, que en toda mi biblioteca solo hay un libro de éste género: el de Scarron. Y si se va a abrir, solo se hallarán cortadas, porque está a la rústica, las pocas páginas del comienzo de la *Eneida*, que fui curioso a comparar con mi propio trabajo tan pronto como tuve noticia del *Virgile travesti*; porque cuando yo hice mi *Paráfrasis jocosa*, que fue en París en 1861, estaba todavía cursando humanidades y derecho, y no conocía la obra aludida.

Como el principal objeto de esta agradable plática con usted, no es la parodia ni aun los acentos prosódicos, sino el *sentimiento de la antigüedad*, continuemos departiendo sobre tan interesante tópico. Intérpretes de él han sido en Francia los Chenier, los Gautier, pudiera decirse la nación entera, porque sin tal requisito, ni los autores de la *Belle Hélène* y *Orfeo* habrían podido componerlas, ni los actores interpretarlas, ni el público aplaudirlas.

Representantes de este sentimiento en España no conocía yo... Hermosilla y Burgos son simplemente filólogos, hablistas, humanistas. En lo antiguo, los Cascales con sus *Cartas filológicas*, los Guevaras con sus *Epístolas familiares* y otros eruditos materiales, áridos y sin gusto, eran como los *Dacier* de España. Esto no quita que en sus cualidades naturales muchos de los escritores contemporáneos y poetas no recuerden a lo vivo tipos insignes de la latinidad o de Grecia clásica. ¿Cómo leer los períodos siempre cortos y antitéticos, siempre chispeantes de ingeniosidad y sutileza del llorado Selgas, sin pensar en Séneca? ¿Cómo con Campoamor no recordar a Horacio y a Anacreonte? Besos y epístolas amatorias engalanan todavía la ya senil corona de Campoamor, como revolaban palomas, rosas y copas báquicas sobre las envidiables canas de los otros dos líricos. Bretón es Plauto y Moratín es Terencio.

En cuanto al sentimiento de antigüedad, que ya despedía vívidas llamaradas en algunas páginas de Valera y en muchas de las novelas de don Antonio de San Martín, ha venido a encontrar su encarnación en usted. Ya en fáciles, agradables y bien rimados tercetos y cuartetos, en los que no se siente la vio-

lencia de la traducción, ni se paga esta demasiado caro con el abuso de licencias poéticas que pasan de artificiales; ya en sáficos y versos libres de inalterable cadencia y buen gusto, usted interpreta bien siempre, no solo el cuerpo sino el espíritu. Allí está la lánguida ternura, la belleza muerta, fría y marmórea como el bajo relieve, de la lira pagana erótico-elegíaca, de la que dan idea no pocos clásicos españoles, como Luis Barahona de Soto en su *Égloga* cuando dice:

> Solemnes pompas, versos funerales
> honren cada año la dichosa tierra
> *que oculta y guarda los amados huesos.*

Todo el sentimiento desconsolado del paganismo parece sollozar en este último verso de un poeta cristiano. La palabra huesos acompañada siempre de calificativos más o menos tiernos, llena la *Égloga*. ¿Sobre qué otra cosa podrá llorar y preocuparse el doliente que no espera más allá?

No así Garcilaso: este llora sobre lo que los amantes de hoy llaman *una prenda* de su amada: unos *cabellos*, un *blanco pañuelo*, y todo esto en el mismo trozo en que parafrasea el celebre pasaje de Virgilio:

Qualis populea mœrens philomela sub umbra

La diferencia de belleza entre aquella *Égloga* y esta, es la de la estatua de Pigmalión antes y después de ser animada. En manos de Garcilaso la vida que revive es un soplo cristiano.

Esa bella estatua del arte puro sin la vida del espíritu, es la que usted reproduce y nos presenta. ¿A quién pues, mejor que a usted podía yo dedicar mis lucubraciones clásicas en las que he descuidado, quizás puniblemente, ciertas exactitudes materiales, ciertas exigencias de arte, ciertos aliños y atildaduras, por atender al espíritu, al colorido, al sentimiento, tan caros para mí, de los Lucrecio y Virgilio, y de la antigüedad en general?

Desde esa insigne monarquía y desde la altura de su naciente y creciente reputación se ha dignado usted evocar mis

ya muertos trabajos de otros días, y ha querido *conocerlos*. Nada más lisonjero para mí. Cuando Hartzenbusch me decía hace más de diez años en una de sus amables cartas: «Leí las traducciones hechas por usted con gran propiedad, soltura y gracia, de la *Eneida* y de varias piezas de Plauto: me agradaron mucho como creo agradarán a cualquiera». Cuando don Eugenio de Ochoa por la misma época me escribía en estos términos: «He leído con sumo placer su elegante traducción de las *Geórgicas*, habiendo encontrado en *la Introducción y notas*, acertadísimas observaciones que aprovecharé gustoso si llego a hacer una segunda edición de mi libro, tributando a usted de paso los elogios que merece». Cuando el *Athenæum* de Londres del 30 de Setiembre de 1871, después de juzgar favorablemente otras obras mías agregaba: «Ha traducido en verso español las *Geórgicas* de Virgilio a las que ha puesto algunas notas excelentes», empeñaban todos fuertemente mi gratitud al corresponder al envío que les había hecho yo de las obras indicadas.

Usted celebraba mis *Geórgicas* públicamente, habiéndolas conocido no sé cómo, sin que yo pudiera remitirle un ejemplar desde que ignoraba la reciente emersión luminosa de *Menéndez Pelayo* en el firmamento literario de España. Hoy desea usted *conocer* mis trabajos posteriores del mismo género...

Ahí, o más bien, aquí los tiene usted, pues, bajo sus auspicios. Hacía siete u ocho años que me había despedido de la Antigüedad. Esa que yo creía mis primeros y últimos amores, debía quedarse solo en la categoría de aquellos. Las exigencias materiales, inmediatas, apremiantes del centro social en que me ha cabido nacer y vivir, no me permiten volver los ojos atrás y mucho menos tan atrás, so pena que me suceda lo que al pobre astrólogo de Lafontaine. Embarcado fatalmente al nacer en un barco que hacía agua por todas partes y cuyas tablas se desunen hoy rápidamente, no soy más que un angustiado pasajero, no puedo tener más pensamiento que la salvación de mi nave.

Pero aun al reiterar mis definitivos adioses al mundo que fue mi encanto, tendré que decirle como en los días de mi mayor entusiasmo:

¡Antigüedad, Antigüedad que adoro!
¡Modelo eterno, universal dechado,
que de tus grandes hombres con el coro,
brillas en lo alto como un clavo de oro
de que el mundo moderno está colgado!

B.L.M. de usted su colega y admirador.

JUAN DE ARONA

Lima, noviembre de 1882.

TITO MACCIO PLAUTO (c. 254-184 a.C.)

EL PARÁSITO
[Menecmos][1]

ARGUMENTO[2]

Tuvo dos hijos gemelos
un mercader siciliano,
y murió de pesadumbre
porque al uno le robaron.
El abuelo al que quedaba
puso el nombre del robado
que fue Menecmo Sosicles,
y cuando creció el muchacho,
salió a recorrer el mundo
por ver si hallaba a su hermano.
Anduvo de puerto en puerto
hasta que llegó a Epidamno,
[Ciudad de Epiro, que el nombre
mudó después en *Dirráquio,*
cuando el romano entrevió

---

[1] Traducido en agradable prosa castellana por uno de los antiguos dramáticos españoles del siglo XVI. La lindísima comedia de Moreto *El Parecido*, y las *Memorias de Juan García*, de Bretón, versan sobre equivocaciones semejantes.

[2] Estos argumentos, muchos de ellos en verso acróstico, preceden las piezas latinas y se atribuyen a gramáticos y retóricos posteriores a Plauto y Terencio. Plauto floreció doscientos años antes de Jesucristo.

mal agüero en Epidaño.][3]
Allí en el auge vivía
el que fue objeto del rapto;
todos por el verdadero
toman al Menecmo falso;
ni esposa, suegra y querida
se libraron del engaño,
hasta que los dos gemelos
se reconocen al cabo.

ACTO I[4]

ESCENA I

PENÍCULO

La juventud me llama barredera
y plumero los más, y no me irrito,
pues de los dos apodos con cualquiera
pruebo la rapidez de mi apetito.
Mesa no hay que a mi gazuza fiera
resista victoriosa, y nunca ahíto,
la barro, la cepillo, la despejo,
y a mi mal nombre fiel, limpia la dejo.

---

[3] Los cuatro versos comprendidos entre dos corchetes, los he agregado, como una historia curiosa del nombre de Dirráquio.

[4] «Tipos del teatro latino. De las traducciones de clásicos latinos que ha emprendido Don Pedro Paz-Soldán y Unanue publicamos hoy en la sección correspondiente algunas escenas de las comedias de Plauto, en que se pinta un tipo muy común entonces: el de los parásitos. Creemos que el lector recorrerá con agrado este nuevo trabajo del traductor de Virgilio y Lucrecio.

Tonto es quien al cautivo echa cadenas
y grillos al esclavo fugitivo,
porque ambos viendo redoblar sus penas,
sienten afán de libertad más vivo.
Al fin con piedras o con limas buenas
rompe o mella sus grillos el cautivo;
es pues gran necedad y mucho yerro
querer a un hombre sujetar con hierro.

Para salir airoso de la empresa
de que nunca el cautivo se te escape
átalo por el pico a una amplia mesa
y haz que de día y noche beba y pape,
¡vino y pan! no hay cadena como esa,
mientras tu preso su bocado atrape,
no temas que se evada ni se escurra,
aunque en la pena capital incurra.

¡De bebida y de pan cadenas gratas
que el siervo nunca ve como enemigas!
Son de tal suerte, que si las dilatas,
mientras tú más aflojas, más lo ligas.
¡Por eso a ti, Menecmo, tú me atas

Es muy digno de aplaudirse que el Señor Paz-Soldán se dedique a estudios tan serios de la literatura latina, cuando son tan pocos y en ciertas ocasiones tan nulos o tan ingratos los frutos que se recogen en este terreno. El señor Paz-Soldán es, si no estamos engañados, el primer literato americano que ha emprendido seriamente la tarea de traducir en verso castellano las obras de los poetas latinos; y este trabajo, si se lleva a efecto, será indudablemente uno de los pocos que en este orden honrarán la literatura española. Los estudios del señor Paz-Soldán pueden por lo mismo, formarle una buena reputación y honrar al suelo en que nació».

(*El Comercio* de Lima, agosto 5 de 1871.)

con vínculos tan fuertes! Tú que obligas,
cebando, no nutriendo, a las personas
que asisten a tus grandes comilonas.

Su mesa en cada cena es tan opima,
que si alguno se antoja del bocado
que ve ansioso del cúmulo en la cima,
tiene que incorporarse en el estrado.
Y aun puesto así de pie del lecho encima,
no distingue al que come al otro lado;
¡tanta es la multitud, la mole tanta,
que de platos y fuentes se levanta!

Ved cuáles habrán sido mis aprietos
privado por larguísimo intervalo,
entre los muros de mi casa escuetos,
de tan dulce y opíparo regalo.
Rodeado de *carísimos* objetos...
a cuya *carestía* nada igualo
que un ojo de la cara el comer vale.
Vuelvo al fin a Menecmo. Pero él sale.

ESCENA II

MENECMO — PLUMERO, parásito. MENECMO

(a su mujer desde la puerta.)
¿Se ha de renovar la lucha
siempre que tu esposo sale?
¿Habrá mujer que te iguale?

Habrá mu... mujer escucha.
No seas mala ni tonta,
ni indómita ni porfiada;
lo que a tu esposo no agrada,
tú a odiarlo también te apronta.
Haz de complacerme estudio;
a preguntas no me acoses;
sé cuerda o juro a los dioses
que por quien soy te repudio.
Tu fiscalía enfadosa
me topa, pues considero
que hallé un empleado aduanero
donde imaginaba esposa.
Que en averiguar te afanas
mis entradas y salidas,
y mis idas y venidas
como se usa en las aduanas.
No pongo a tus gastos tasa;
servidumbre, joyas, bienes,
cuanto quieres, tanto tienes,
nada te falta en tu casa.
Pero si hasta aquí el boato
solo sirvió para hacerte
suspicaz, de genio fuerte,
desde hoy tendrás nuevo trato.
Por lo pronto; porque hoy
te sea de más provecho
que en otros días tu acecho,
yo mismo a saber te doy
que hoy tu esposo come fuera,

esto no es más que una parte,
y su comida comparte
con una moza hechicera.

PLUMERO *(aparte.)*
¡Ay! eso reza conmigo
mas que con ella; ¡sí tal!
siendo yo su comensal,
para mí será el castigo.

MENECMO
Logré echarla de la puerta,
soy un valiente marido;
¡cuánto el gruñir me ha valido!
la he dejado como muerta.
No ha echado de ver el robo
de esta manteleta bella:
¡qué airosa estará con ella
la que me tiene hecho un bobo!

ACTO II

ESCENA I

MENECMO SOSICLES — MESENIO.

MENECMO
Si algún regocijo encierra
la navegación, de fijo
que su mayor regocijo
es cuando se avista tierra.

MESENIO

Aún tiene un mayor placer.

MENECMO

No sé cuál.

MESENIO

El que conquistas
cuando la tierra que avistas
es la que te vio nacer.
Y este estado vagabundo
di ¿hasta cuándo ha de durar?
¿o quieres que como el mar
le demos la vuelta al mundo?

ACTO III

ESCENA I

PENÍCULO

En treinta años de vida que me oprimen
nunca anduve como hoy tan mentecato,
ni me hice reo de más alto crimen;

pues mientras en la plaza hecho un beato
boquiabierto me estaba, entre la gente
Menecmo se escurrió faltando al trato.

¡Quién sabe si volvía ya en su mente
el plan funesto de dejarme ayuno,
y acá se vino en pos de su aliciente!

Reniego como soy del importuno
que el gentío inventó; yo lo detesto,
porque tras no tener objeto alguno,

al cabo solo sirve para esto:
para que un pobre pierda los bocados
que ya por suyos iba a echarse al cesto.

¡De mí se fueron a antojar los hados!
¡a mí, malditos, me escogieron entre
tantos que no estarían convidados!

Mas puede que algo todavía encuentre,
reliquias de la regia comilona
con que regale mi apurado vientre.

Pero Menecmo aquí viene en persona;
mas ¿qué miro ¡por Pólux! no es un juego?
¡Trae puesta en la frente una corona!
Esto es hecho…. comió… ¡qué a tiempo llegó!

(*Con sarcasmo.*)

ESCENA II

PENÍCULO — MENECMO

Hombre vil, miserable, indigno y perro,
que sin respeto por la ausencia mía
celebraste sacrílego el entierro
en que también mi parte yo tenía.

Pero tu esposa en su apartado encierro
va a enterarse por mí de tu falsía:
¡solo llenaste el pancho, haces que ayune!
¡No ha de quedar este delito impune!

ACTO V

ESCENA III

MENECMO SOSICLES

¿No hay ya en fin quien me constrinja?
¿Ni quien pretenda por fuerza
que estando en mi juicio, tuerza
mi juicio y loco me finja?
Y si al fin me deja solo
ese populacho insano
¿por qué mi barco no gano
y me entrego al Dios Eolo?
Huyo. Guárdenme el secreto, (*al público*)
y si vuelve el viejo indino,
no le digan el camino
que he tomado en este aprieto.

ESCENA V

EL MENECMO ROBADO — EL VIEJO — EL MÉDICO.

MENECMO

Días se ven ¡voto a sanes!
enemigos y perversos,
que atravesándose adversos

frustran todos nuestros planes.
El parásito se impone
de lo que oculté tan bien;
¡y es él! ¡y es mi hechura, quien
en tales sustos me pone!
¡Ah! mas cuando esto concluya,
si los cielos me dan vida,
haré que ese parricida
me la pague con la suya.
¿Qué digo? Su vida es mía; no
le es propia; me la debe, pues
que por mí come y bebe, y sin
mí no viviría.
Y esta otra... ¡cómo ha de ser!
Con ademán desenvuelto
sostiene que me ha devuelto
la manta de mi mujer.
¡No hay hombre más desgraciado!

VIEJO

¿Oyes? ¿Qué es lo que se dice?

MÉDICO

Que no hay ser más infelice.

VIEJO

Vete a poner a su lado.

MÉDICO

¡Salud! Menecmo: ¿a estas horas
descubriéndote así el brazo?

MENECMO

¡Eh! déjame en paz, pelmazo.

MÉDICO

Con eso tu mal empeoras.

MENECMO

Vete a la horca.

MÉDICO

¿Qué sientes?

MENECMO

¡Eh! siento... lo que no ignoro.

MÉDICO

(Todo un plantel de eléboro,
no hará que el juicio tú asientes)
di, Menecmo.

MENECMO

¿Qué me quieres?

MÉDICO

¿Cuál es el vino que usas
en...?

MENECMO

De mi paciencia abusas.

MÉDICO

¿En general? ¿Cuál prefieres?
¿El blanco o el tinto? ¿Cuál
es el que más te regala?

MENECMO

¿Quieres irte noramala?
¡Ente más original!
Pregúntame según eso
si el pan que como es morado,
verde, azul o azafranado...

MÉDICO

(¡Ay! ya le vuelve el acceso.)

MENECMO

Si engullo peces con pluma
y pájaros con escama,
o bien peces de la rama
y pájaros de la espuma.

VIEJO

¿Oyes? ¿qué tales sandeces?
¿Qué haces que no le propinas
de una vez tus medicinas?
¡Aves con escama, y peces
con pluma! ¡Vaya un dislate!

MÉDICO

Quiero sonsacarlo más.

VIEJO

¡Qué flema! ¿viendo no estás
que está loco de remate?
Despacha; te lo aconsejo.

MÉDICO

¿No sientes duros los ojos?

MENECMO

¡Qué preguntas y qué antojos!
¡Ojos duros! ¿soy cangrejo?

MÉDICO

¿Te suenan las tripas, di?

MENECMO

¡Zoquete! nunca me suena
la panza cuando está llena;
cuando está vacía, sí.

MÉDICO

(A llamarlo no me atrevo
loco, con tales respuestas)
¿duermes bien cuando te acuestas?

MENECMO

Duermo bien… si a nadie debo.
Y ¡oh tú, que hablas y no escupes,
que hablas hasta por los codos,
llévente los diablos todos
y más de mí no te ocupes!

MÉDICO

Ya se vuelve a mostrar loco;
guarda que te llegue el turno.

VIEJO

Manso está ahora y taciturno:
¡lo hubieras visto hace poco!
figúrate que llegó
hasta decir que su esposa
era una perra rabiosa.

MENECMO

¿Quién dijo eso? ¿Yo?

VIEJO

Tú.

MENECMO

¿Yo?

VIEJO

Y aun prometió en el desbarro
de un hombre que se extravía,
que a mí, su suegro, me haría
atropellar por un carro.
De todo esto fui testigo,
y por todo esto te increpo.

MENECMO

Ya de rabia en mí no quepo;
pero escucha lo que digo:

sé que, sacrílego anciano,
con temeridad extrema,
te robaste una diadema
de Júpiter Soberano.
Que cual los reos más malos,
por ello a la cárcel fuiste,
y cuando de ella saliste,
fue a llevar argolla y palos.
Sé por fin que, viejo insano,
asesinaste a tu padre,
y que vendiste a tu madre,
con que así… estamos a mano.
Vuelvo injuria por injuria.

VIEJO

Médico, cumple tu oficio,
este hombre no está en su juicio.
¿No ves que le entra la furia?

MÉDICO

Me lo llevaré a mi casa.

VIEJO

Bueno; que se haga la prueba.

MÉDICO

Y haré que eléboro beba
por veinte días sin tasa.
A ver si con eso amaina
la rabia del frenesí…

MENECMO

Yo haré que por treinta a ti
te apliquen una azotaina.

MÉDICO

¡Ea, al avío! — A la obra.
Busca mozos de cordel
para que carguen con él.

VIEJO

¿Con cuántos habrá de sobra?
¿Bastará tres?

MÉDICO

No es bastante
según lo veo de loco.
Manda cuatro, tres es poco.

VIEJO

Cuídalo, vuelvo al instante. y
de mis siervos mejores
mandaré unos cuatro o cinco.

MÉDICO

Yo voy a casa en un brinco
a preparar.

VIEJO

No demores.

(*Vanse el viejo y el médico.*)

MENECMO, (*solo*.)

Se va el médico gaznápiro
y se va también mi suegro;
me dejan solo; me alegro;
ya era tiempo ¡voto al chápiro!
¿Por qué me acusan de loco?
¿Yo que nunca estuve enfermo?
¿No como bien? ¿bien no duermo?
¿En qué yerro? ¿Con quién choco?

ESCENA SUELTA DE *LOS MENECMOS*

PARÁFRASIS.

MENECMO

Traigo aquí una rica presa.

PARÁSITO

¿Presa? ¡Ya está en mi alma impresa!
¿Qué es lo que tu labio expresa?
Sácala pronto ¡oh sorpresa!
mi alma será (de amor presa)
empresario de esa empresa,
médico de esa compresa,
y río, si en tal represa
ha de lograr verse opresa.
Sácala sin dilación
y al punto decirte espero
el nombre del cocinero,
y si acertó en la sazón.

MENECMO

Si el aderezo de que hablo
es un aderezo de esos
que no son ralos ni espesos.

PARÁSITO

Tanto mejor ¡voto al diablo!

MENECMO

Aderezo de brillantes.

PARÁSITO

¡Ah!

MENECMO

Que a mi mujer sustraigo,
y que para Eudocia traigo,
fiel a mis planes galantes.

DEL *ANFITRIÓN*[1]

ARGUMENTO

Con su esclavo Anfitrión salió a campaña;
Jove, tomando de Anfritrión la forma,
a Alcmena esposa de Anfitrión engaña;
Mercurio en el esclavo se transforma.
Vuelve el marido: el qui pro quo le extraña;
menos lo entiende mientras más se informa,
hasta que Jove al fin rompe el misterio
anunciando en un trueno su adulterio.

[1] También traducido en prosa como el anterior, por otro escritor del siglo XVI, Villalobos.

ACTO II

ESCENA VI

ESTRATÓFANO (*al público.*)

De mis hazañas no esperéis que os hable,
hablan poco los hombres de mi temple,
y más que con la lengua con el sable.
Que otro en bravatas su valor retemple:
no seré yo quien una lucha entable
sin que alguno de cerca la contemple,
pues vale más en cosas nunca oídas
un testigo ocular que diez de oídas.

EL MILITAR FANFARRÓN
[MILES GLORIOSUS]

ACTO I

ESCENA I

ROMPEMUROS — ROEPÁN[1]

ROMPEMUROS *(a su séquito.)*
Bruñid mi escudo, y que cual sol relumbre
en un día sereno, porque ciegue
el rostro a la enemiga muchedumbre
cuando la hora de embrazarlo llegue. Y
tú, mi espada fiel, que pesadumbre
tomas de que al reposo se te entregue;
pronto podrás, mi vieja compañera,
hacer gigote una legión eterna.
¿Roepán?

ROEPÁN
Aquí está. Siempre al costado
del hermoso adalid. El mismo Marte
envidia tiene a tan cabal soldado.

ROMPEMUROS
Y le salvé la vida en cierta parte.

---

[1] En la comedia latina, *Pyrgopolinice* y *Artotrogus*, nombres griegos caprichosos que literalmente significan *el vencedor de ciudades y muros* y *Roepán*. Del primero diríamos hoy *Tragabalas, Tragacureñas*.

ROEPÁN

¿Y aquel que estaba todo de oro armado,
y a un soplo tuyo, pese a tal baluarte,
con toda su legión voló deshecho,
cual con el huracán pajizo techo?

ROMPEMUROS

Eso no es nada, Roepán.

ROEPÁN

Concedo,
a las otras hazañas comparado
que conquistó tu militar denuedo.

(aparte)

¡Oh mentiroso y fanfarrón soldado!
¡Oh jactancioso a quien sufrir no puedo
y a quien me tiene el hambre boqui-atado!
Si hay quien me traiga un fanfarrón más grande,
su esclavo soy y como a tal me mande.

ROMPEMUROS

¿Qué murmuras?

ROEPÁN

Me acuerdo de tu arrojo
cuando rompiste a un elefante un brazo.

ROMPEMUROS

¿No fue una pierna?

ROEPÁN

Cierto; quedó cojo,
¡quién creyera! de un solo puñetazo;
y eso que no lo hiciste con enojo.

ROMPEMUROS

¡Por Pólux! ¡pobre dél si me amostazo!
Que si allí me arremango y me resuelvo
le meto el brazo y del revés lo vuelvo.
Mas, no prosigas.

ROEPÁN

No hay para qué cuente
una por una las gloriosas lides
que ha consumado el capitán valiente
terror de los mayores adalides.

(aparte)

¡Ay! el justo temor de verme a diente
me arrastra a cada paso a estos ardides,
a mentir sin pudor.

ROMPEMUROS

¿Oyes mi aserto?

ROEPÁN

¿Qué? ¿dijiste algo?

ROMPEMUROS

Sí.

ROEPÁN

Pues es muy cierto.
Treinta sardos, sesenta macedones,
y unos doscientos hombres de Cilicia,
y como un centenar de otras naciones,
probaron en un día tu sevicia.

ROMPEMUROS

¿Suman en todo?

ROEPÁN

Siete mil.

ROMPEMUROS

No pones
de más, y a tu memoria hago justicia.

ROEPÁN

Como hasta hoy, no ceses de nutrirme,
y cada día la verás más firme.

ROMPEMUROS

De esos temores tu ánimo prescinda.

ROEPÁN

En Capadocia a poco más tu espada
quinientos hombres de un revés se guinda,[1]
pero estaba ¡qué lástima! embotada.

---

[1] *Guindarse* a alguno, *comérselo, mamárselo,* provincialismos corrientes en el Perú y Chile. Significan *matar, despachar* a alguno.

No hay plaza que a tu empuje no se rinda,
ni mujer que de ti no esté prendada:
tú padecer las dejas entre tanto:
varias ayer tiráronme del manto.

ROMPEMUROS

¿Para decirte qué?

ROEPÁN

Si eras Aquiles.
«Es su hermano», repuse: y «serlo debe».
Gritan ellas: «¡Qué rasgos tan gentiles!
¡Feliz la moza que su aliento bebe!»
Quieren que con tu faz las refociles;
que por el barrio en procesión te lleve…

ROMPEMUROS

¿Eso quieren? ¡por Pólux! que es petardo
esto de ser tan por demás gallardo.

ACTO IV

ESCENA II

HEGIÓN — ERGASTO (Parásito).

HEGIÓN

¡Dioses! ¡voy a ver a mi hijo!
Repite ¿ha llegado? ¿es cierto?

ERGASTO

Si aún no me crees, ve al puerto.

HEGIÓN

¡Ah! sí; voy; ¡qué regocijo!
Todo para ti está abierto;
despensa, repostería,
todo es tuyo en este día;
te nombro mi mayordomo
si es cierto.

ERGASTO

¡Rara porfía!
Pague, si miento, mi lomo.

HEGIÓN

Segura ya de por vida

vas a tener la comida
en mi casa.

ERGASTO

¡Oh sumo bien!

HEGIÓN

Y si es cierta su venida,
en la de mi hijo también.

ERGASTO

Lo que te he dicho sostengo;
corre al puerto.

HEGIÓN

Iré en volandas.

ERGASTO

No demores.

HEGIÓN

Luego vengo.
Ve tú a preparar las viandas.

ERGASTO

A tu palabra me atengo.

ESCENA III

ERGASTO

¡Jefe de la despensa y la cocina
y superintendente de vituallas!
Cerdo, marrana, jabalí, gallina,
a un gran degüello os aprestad ¡canallas!
ya el diezmador cuchillo os extermina;
¡qué asaltos voy a dar y qué batallas!
todo es carnicería y tajos fieros…
¡cuánto tendrán que hacer los salchicheros!

Jamones beneméritos, perniles,
que enmohecisteis largo tiempo al humo:
venid a mí por cientos y por miles
y acatad mal que os pese el poder sumo.
Mas voy, sin digresiones más sutiles,
ya que el poder dictatorial asumo,
a descolgar tanto jamón, que ha estado
colgado en lo alto sin haber pecado.

ESCENA IV

UN CRIADO DE HEGIÓN

¡Parásito infernal, Dios te confunda
y contigo a tu grey y a quien te hospede!
¡Qué atroz revolución, que baraúnda!
nada hay que a salvo con este hombre quede.
Plaga, azote, borrasca furibunda,
a la mayor calamidad excede:

hosco, fiero, y de dientes con rechino
cual lobo hambriento sobre mí se vino.

Armarios y despensas hunde o fuerza;
cuatro lechones degolló de un tajo;
no hay espetera que no rompa o tuerza;
ollas, vasijas, todo viene abajo.
¡Esclavos! Sujetadle por la fuerza,
mientras yo voy a ver si al amo atajo
para que venga a ver lo que aquí pasa,
que a tardar mucho se hallará sin casa.

EL CABLE[1]
[RUDENS]

COMEDIA DE PLAUTO TRADUCIDA EN PROSA

PERSONAJES

LA ESTRELLA DE ARCTURO, personaje del Prólogo.
SCEPARNIO, siervo.
PLEUSIDIPO, amante de Palestra.
DEMONES, viejo ateniense padre de Palestra.
PALESTRA, actual esclava de *Labrax*.
AMPELISCA, compañera de esclavitud de Palestra.
SACERDOTISA DE VENUS.
PESCADORES.
TRACALIO, esclavo de Pleusidipo.
LABRAX, traficante de mujeres.
CARMIDES, parásito de Labrax.
LORARIOS (Correeros, esclavos que azotaban a los demás esclavos.)
GRIPO, pescador; esclavo de Demones.

El teatro representa, al fondo un mar borrascoso; delante en primer término, rocas; a un lado un templo de Venus, al otro una casa, y a lo lejos la población de Cirene.

Res agitur Cyrenis.
(*La acción pasa en Cirene.*)

---

[1] En francés *Le Cordage*; aunque también ha sido traducido bajo el título de *El naufragio feliz*.

PRÓLOGO

La Estrella de Arcturo

Soy conciudadano en la ciudad de los cielos del que alborota las tierras y los mares y a las gentes todas. Soy, cual veis, una esplendente y cándida estrella, un signo que se levanta siempre a su debido tiempo, tanto aquí como el cielo: mi nombre es Arcturo. De noche brillo claro en el cielo y entre los dioses; de día vago por entre los hombres.

Ni soy la única estrella que desciende del cielo a la tierra; porque Júpiter, soberano de los dioses y de los hombres, nos dispara por entre una y otra gente y diversos pueblos para que conozcamos los actos de los hombres, sus costumbres, su piedad y su buena fe; y cómo ha llegado cada cual a la opulencia.

Los que siguen falsos litigios validos de falsos testimonios, y niegan sus deudas perjurando, tienen sus nombres escritos por nosotros en poder de Jove, que cotidianamente va sabiendo quiénes incurren en falta. Los que obtienen de los jueces por malos medios, una falsa sentencia, son castigados por Júpiter, que juzga la cosa juzgada, con una pena mayor que la ventaja que hayan podido reportar.

En otras tablas tiene escritos los nombres de los buenos; y así los malvados que estiman que pueden aplacarlo con donativos y con víctimas, pierden el tiempo y el gasto: porque él nada acepta del perjuro suplicante.

En cambio el piadoso puede obtener gracia mucho más fácilmente que el malvado. Así pues os amonesto, a vosotros los que sois buenos, que perseveréis en el bien. Vivid vuestra vida en la piedad y en la buena fe, y más tarde os regocijaréis.

Sabed ahora la causa de mi venida y el argumento. Ante todo, Difilo ha querido que esta ciudad se llame Cirene: allí habita Demones, en un campo y granja casi inmediatos al mar. Este es un viejo que se expatrió de Atenas no por malo, viéndose privado de patria sin haber cometido culpa; pero para salvar a otros llegó a verse enredado él mismo, perdiendo por su comedimiento una fortuna bien adquirida.

Una hijita suya le fue robada en años tempranos por un pirata, el cual la vendió a un hombre muy malo, el mismo que ahora conduce a la doncella aquí, a Cirene. Un mancebo ateniense compatriota suyo, la vio un día en que ella volvía a su casa de la academia de música, y comenzó a amarla: dirigióse donde el traficante de mujeres que la poseía, y se la compró en treinta minas, dándole arras, y comprometiéndolo con juramento.

Pero el traficante, como era de esperarse, procedió de mala fe y no hizo caso de lo que había jurado al mancebo. Un huésped suyo, viejo siciliano de Agrigento, malo y traidor a su patria y que corría parejas con el traficante, comenzó a alabarle la hermosura de la muchacha así como la de otras muchas que con él estaban, y trató de persuadirlo a que se fuera con él a Sicilia. «Allí», le dijo, «hay hombres voluptuosos, gran demanda de cortesanas y puedes hacerte rico». Persua-

diólo, y clandestinamente llevóselo a bordo. El traficante aprovechó de la noche para embarcar todo cuanto consigo tenía. En cuanto al mancebo que le había comprado la muchacha, díjole que quería cumplir una promesa que tenía hecha a Venus, yéndose a bordo en seguida con sus mujeres.

Cuentan otros al mancebo cómo han pasado las cosas y que el traficante se ha partido. Viene el mancebo al puerto, y ve la nave que se pierde de vista en alta mar.

Yo que he visto lo que pasa con esta joven, vengo en su auxilio y juntamente a perder al traficante. He desatado la tempestad y removido las olas del mar; porque soy Arcturo, la peor de todas las constelaciones; terrible al levantarme y mucho más al ponerme.

En este momento, el traficante y su huésped arrojados por las olas, se hallan sentados en un peñasco: su nave se ha hecho pedazos. En cuanto a la doncella, ella y otra compañera suya de esclavitud saltaron tímidamente del barco al esquife; y actualmente las olas las apartan de las peñas y empújanlas a tierra, precisamente hacia la granja donde habita el desterrado viejo, cuyo techo ha sido despojado de sus tejas por el vendaval. Aquí tenéis a su siervo que sale de la casa. El mancebo que como habéis visto compró la doncella al mercader, no tarda.

Que os vaya bien, y mal a vuestros enemigos.

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

ESCENA I

SCEPARNIO, *solo*

¡Por los dioses inmortales! ¿qué tempestad es esta con la que Neptuno nos ha afligido anoche?

El viento ha destechado la granja; en una palabra, no ha sido el viento, sino la Alcumena de Eurípides, de tal modo ha hecho saltar las tejas de los tejados: algunas claraboyas y ventanas le debemos.

ESCENA II

PLEUSIDIPO, SCEPARNIO, DEMONES. PLEUSIDIPO

(a amigos que le acompañan.)

Os he distraído de vuestros negocios ¡para nada! pues no hemos podido aprehender al traficante en el puerto. Pero no quiero por desidia renunciar a toda esperanza, y por esto, amigos, os he detenido más tiempo. Quiero ahora visitar este templo de Venus donde él me dijo que quería practicar un acto divino.

SCEPARNIO *(sin verlos.)*

Pero acabemos de aderezar este barro que ya me trae reventando.

PLEUSIDIPO

No sé quién habla cerca de mí.

DEMONES *(saliendo de la granja.)*

¡Hola, Sceparnio!

SCEPARNIO

¿Quién me llama?

DEMONES

Quien dio dinero por ti.

SCEPARNIO

Eso es, Demones, como llamarme tu cuasi-siervo.

DEMONES

Mucho barro necesitamos; saca bastante tierra, que me propongo retejar toda mi granja, pues ha quedado en transparencia y más acribillada que una criba.

PLEUSIDIPO *(acercándose a Demones.)*

Padre mío[1], Dios os guarde a entrambos.

DEMONES

Salud a vosotros.

SCEPARNIO

Pero tú que lo llamas padre, ¿qué eres? ¿macho o hembra?

---

[1] Tratamiento de respeto usual en la antigüedad.

PLEUSIDIPO

Hombre soy.

DEMONES

Pues hombre busca padre en otra parte. Yo, solo tuve una hija y esa la perdí. Hijo varón nunca tuve.

PLEUSIDIPO

Que los dioses te den uno.

SCEPARNIO

Y que a ti, por Hércules, te venga el mayor mal, pues estamos ocupados y nos distraes con tu charla.

PLEUSIDIPO

¿Habitáis aquí?

SCEPARNIO

¿Para qué lo averiguas? ¿o quieres conocer el lugar para venir en seguida a robarnos?

PLEUSIDIPO

Acaudalado y probo debe ser el siervo que toma la palabra estando presente su amo, y que trata mal a un hombre libre.

SCEPARNIO

E impúdico e imprudente debe ser el hombre que viene a molestar a casa ajena en la que nada se le debe.

DEMONES

Calla, Sceparnio. ¿Qué deseas mancebo?

PLEUSIDIPO

Un castigo para este, que se anticipa a hablar, estando presente su amo. — Pero si no soy molesto, quiero hacerte unas pocas preguntas.

DEMONES

Me tienes a tus órdenes, por ocupado que esté.

SCEPARNIO (*a Pleusidipo.*)

Anda más bien a cortar cañas a la laguna para que podamos cubrir la granja mientras dura el buen tiempo.

DEMONES

Calla. En cuanto a ti, cuando quieras habla.

PLEUSIDIPO

Dime, te ruego, ¿has visto por aquí a un hombre de cabello crespo, cano, muy malo él, y perjuro y socarrón?

DEMONES

Muchos he visto de esas señas, como que por hombres de esa especie me veo reducido a la miseria.

PLEUSIDIPO

Yo hablo de uno que debía traer consigo dos mujeres al templo de Venus y adornarse como para un sacrificio hoy o ayer.

DEMONES

No, ciertamente, joven. Hace ya muchos días que no veo sacrificar aquí, y nadie puede hacer sacrificios sin que yo los vea, pues de mi casa toman siempre el agua, o el fuego, o las vasijas, o el cuchillo, o el asador, o la olla, o cualquier otro utensilio. ¿Qué más? Si tengo vajilla y pozo, no es para mí, sino para Venus. Pero ha corrido un largo intervalo desde que nadie viene.

PLEUSIDIPO

A medida que hablas me das la muerte.

DEMONES

Por mi parte no te deseo sino salud.

SCEPARNIO

Oye tú, que estás merodeando por el templo sin duda en busca de los desperdicios, más te valiera mandar disponer una comida en tu casa. Quizá te han invitado aquí para un convite. Si así es, te prevengo que el que te invitó no ha venido.

PLEUSIDIPO

Dices bien.

SCEPARNIO

No hay ningún riesgo en que te vuelvas a tu casa ayuno. Más te conviene el culto de Ceres que el de Venus, pues ésta procura amores y aquella pan.

PLEUSIDIPO (*aparte*.)

Se ha jugado conmigo de un modo indigno.

DEMONES

¡Por los dioses inmortales, Sceparnio! ¿qué es lo que pasa allá? Unos hombres cerca de la orilla.

SCEPARNIO

Si no me engaño, son convidados a comer a un convite de despedida.

DEMONES

¿Cómo?

SCEPARNIO

Porque después de la cena, a lo que parece, se han bañado ayer. Su nave se ha ido a pique.

DEMONES

Así es realmente.

SCEPARNIO

Como aquí en tierra, por Hércules, nuestra granja con tejas y todo.

DEMONES

¡Ay! ¡pobres hombres! ¡Qué va ser de ellos! ¡Cómo nadan!

PLEUSIDIPO

¿Por dónde están esos hombres, os suplico?

DEMONES

Por aquí, a la derecha. ¿No los ves, cerca de la orilla?

PLEUSIDIPO

Los veo, seguidme. Ojalá sea el perverso que busco. Que os vaya bien.

SCEPARNIO

¿Qué veo?

DEMONES

¿Qué ves?

SCEPARNIO

Veo dos mujeres solas sentadas en un esquife. ¡Cómo luchan las infelices! ¡Así, así! ¡Bien, muy bien! Las olas apartan el esquife de las peñas y lo conducen a la orilla. Ni un timonel lo habría hecho mejor. Creo que nunca he visto olas mayores. Como se libren de esas que allí vienen, están salvas. Ahora, ahora es lo bueno; una de ellas salta, pero le toca parte en que hay fondo, y saldrá sin dificultad. ¡Muy bien! La otra también salta del esquife a tierra. ¡Cómo atemorizada todavía, se arrodilla en el agua! Ya está en salvo; ya se libró del agua; ya llegó a la orilla; pero si toma a la derecha se pierde.

DEMONES

¿Qué te importa?

SCEPARNIO

Si rueda de ese peñasco, acaba para siempre su peregrinación.

DEMONES

Si esperaras de ella tu cena, me explicaría tu preocupación, Sceparnio; pero si has de cenar a costa mía, atiéndeme.

SCEPARNIO

Es justo.

DEMONES

Sígueme, pues, por aquí.

SCEPARNIO

Ya te sigo.

ESCENA III

PALESTRA

Nada de cuanto los hombres dicen de la mala suerte es comparable a la realidad. ¿Un dios se ha complacido en esto? ¡Pobre de mí, arrojada a regiones que no conozco! ¿Para esto nací? ¿Este es el premio de mi piedad excelente? Porque el trabajo este me sería llevadero, si hubiera delinquido con los dioses o con mis padres. Pero si siempre cumplí bien con mis deberes, ¿por qué ¡oh dioses! tratarme así? Si los buenos reciben de vos este trato, ¿qué es lo que se les espera

a los impíos? Si me constase que yo o mi padre hemos faltado, no me condolería tanto. Es la maldad de mi señor lo que me persigue; su impiedad me acaba; su nave y todos mis bienes han perecido en el mar. Yo soy la única reliquia que de estos últimos queda: porque aun mi compañera de esquife ha perecido, y me encuentro sola. ¡Ah! si ella también se hubiera salvado, su presencia me serviría de lenitivo. Al paso que ahora, ¿qué esperanza podré abrigar, qué auxilio esperar, qué consejo seguir? Me veo abandonada en estos desiertos lugares; aquí las peñas, allá el mar que retumba, y por ningún lado ser humano que se ofrezca a mi vista. Este vestido es mi único bien; ni sé dónde halle alimento, o lugar que me dé abrigo. ¿Por qué conservo todavía esperanza, para qué deseo vivir? Ni soy práctica en el lugar, ni he vivido en él mucho tiempo. ¡Si por lo menos alguien viniera a sacarme de aquí, mostrándome una vía, un sendero! No fluctuaría indecisa sin saber a qué lado he de tomar. Ni cerca de aquí diviso ningún campo cultivado. El frío, la desesperación, el pavor, hielan mis miembros. ¡Ay, desgraciados padres míos, nunca sepáis lo que paso! Libre nací y de nada me ha servido, pues no soy menos esclava que si hubiera nacido sierva. Ni jamás fui de algún provecho a los que me dieron el ser.

ESCENA IV

AMPELISCA, PALESTRA (*separadas por las rocas, no se ven.*)

AMPELISCA

¿Qué mejor cosa podré hacer, qué me queda sino separar la vida de mi cuerpo? Hasta tal punto vivo desgraciada y exacerban los cuidados mi pecho. No prolongaré pues mi vida; perdí ya la esperanza que me sostenía. Ha dado vueltas por todas partes; he penetrado en todas las grietas buscando con la voz, con los ojos, con los oídos las huellas de mi consierva. Ni la encuentro, ni sé por dónde vaya, ni por dónde la busque. Ni encuentro a nadie que responda a mi ruego; ni creo que haya tierras más solas que estas regiones y lugares. Pero si vive, no desistiré hasta dar con ella.

PALESTRA

¿Qué voz suena cerca de mí?

AMPELISCA

¡Qué miedo tengo! ¿Quién habla por aquí?

PALESTRA

Buena esperanza, ven a mí, te lo suplico.

AMPELISCA

Es una mujer, es femenina la voz que ha llegado a mis oídos. ¡Ah! ¡saca de sus temores a una infeliz!

PALESTRA

No hay duda, es voz de mujer la que ha herido mis oídos. Por piedad, ¿es Ampelisca?

AMPELISCA

¿Es Palestra a quien oigo?

PALESTRA

Voy a llamarla por su nombre para que me oiga. ¡Ampelisca!

AMPELISCA

¡Ah! ¿quién es?

PALESTRA

Soy Palestra.

AMPELISCA

¿Adónde estás, di?

PALESTRA

Adónde he de estar, por Pólux; en un abismo de males.

AMPELISCA

Soy tu compañera, no menos desgraciada que tú; pero ardo por verte.

PALESTRA

No menos yo.

AMPELISCA

Andemos hablándonos: ¿dónde estás?

PALESTRA

Aquí estoy, acércate.

AMPELISCA

Ya lo hago.

PALESTRA

Dame la mano.

AMPELISCA

Toma.

PALESTRA

¿Conque vives, di?

AMPELISCA

Tú haces que viva, pues me dejas estrecharte. Qué trabajo me cuesta creer en tanta felicidad. ¡Abrázame, te lo ruego, esperanza mía! ¡Cómo alivias todos mis males!

AMPELISCA

¿Y adónde iremos, te lo ruego?

PALESTRA

Sigamos por el litoral.

AMPELISCA

Por donde quieras.

PALESTRA

Pero, ¿cómo andaremos así con estas ropas mojadas?

AMPELISCA

Es necesario sufrir las cosas como se presentan; (*mirando el templo*) mas, ¿qué es esto?

PALESTRA

¿Qué?

AMPELISCA

Mira, te ruego, este templo, ¿no lo ves?

PALESTRA

¿Dónde?

AMPELISCA

A la derecha.

PALESTRA

Veo un lugar que en efecto me parece casa de los dioses.

AMPELISCA

Por fuerza que debe haber gente no lejos de aquí. ¡Qué bonito lugar! Ahora tú, Dios, quien quiera que seas, te venero, para que saques de trabajos a dos desgraciadas, y las socorras con cualquier auxilio en su diligencia y desgracia.

ESCENA V

La Sacerdotisa, Palestra, Ampelisca.

Sacerdotisa

¿Quiénes son los que con preces se dirigen a mi patrona? Porque es como de suplicante la voz que me ha hecho salir fuera. A una diosa se dirigen que es buena y obsequiosa, a una patrona que no es interesada, sino benigna con exceso.

Palestra

Madre, hacemos votos por tu salud.

Sacerdotisa

Salud, muchachas; pero decidme os ruego, ¿a dónde vais con esas ropas mojadas, y tan tristemente vestidas?

Palestra

No venimos en este instante de muy lejos de aquí; pero dista, sí, mucho el lugar de donde se nos condujo.

Sacerdotisa

Luego ¿habéis sido traídas por las cerúleas vías en el caballo de palo?

Palestra

Exactamente.

Sacerdotisa

¿Y no era más natural venir vestidas de blanco y

con las respectivas víctimas para el sacrificio? No es costumbre venir a este templo de tal modo.

PALESTRA

Y si ambas acabamos de ser arrojadas por las olas, ¿de adónde, decidnos, queríais que sacásemos víctimas? Ahora, privadas de todo, abrazamos tus rodillas, para que, desconocidas en lugares desconocidos, nos recibas bajo tu techo y nos ampares, compadecida de la miseria de entrambas, que no tenemos ni lugar que nos asile, ni esperanza que nos sostenga, ni más bien que el que va con nosotras.

SACERDOTISA

Dadme la mano, alzaos ambas, que no hay mujer más misericordiosa que yo. Pero, hijas mías, solo pobreza y estrictez os esperan aquí. Yo apenas vivo, y sirvo a Venus con lo mío propio.

AMPELISCA

Decidnos, ¿este templo es de Venus?

SACERDOTISA

Sí, y yo soy Sacerdotisa de él; pero, suceda lo que suceda, venid conmigo, mi pobreza bastará.

PALESTRA

Cuenta, madre, con nuestra amigable y benévola gratitud.

SACERDOTISA

Cumplo con mi deber. (*Se entran al templo.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

PESCADORES

Ello es que los pobres viven mal de todos modos, particularmente los que no lucran ni aprendieron oficio. Por poco que sea lo que tengan en su casa, tiene que bastarles. En cuanto a nosotros, ya por nuestro traje habréis comprendido que no nadamos en la abundancia. Estos anzuelos, estas cañas, he aquí todo nuestro lucro y todo nuestro culto. Venimos de la ciudad a buscarnos forraje en el mar. Nuestro ejercicio gimnástico y paléstrico es pescar erizos, lapas, ostras, bellotas de mar, conchas, ortiga marina, músculos, y plagusias rayadas. En seguida acometemos la pesca con el anzuelo y por las rocas. Del mar extraemos nuestra comida, y si el buen lucero no nos favorece, y no pescamos un solo pescado, volvámonos a casa a hurtadillas, salados y lavados e inmaculados, y nos acostamos a diente. Cuando como ahora el mar está agitado y pujante, no nos queda ninguna esperanza; y a no recoger algunas conchuelas, no habría cena para nosotros: pero veneremos a esta buena Venus, para que nos ayude hoy graciosamente.

ESCENA II

TRACALIO — PESCADORES

TRACALIO

Mucha atención he puesto para no pasarme de largo sin ver a mi amo, pues cuando ha poco salió de casa, decía que iba al puerto y me ordenó que viniera a su encuentro aquí junto al templo de Venus. Mas allí veo a quienes preguntar cómodamente; me acercaré. ¡Hola! rateros de mar, concheros y anzueleros, tropa famélica de hombres, ¡salud! ¿qué hacéis? ¿y cómo qué perecéis?

PESCADORES

Como conviene a pescadores; de hambre, de sed y de esperar.

TRACALIO

Y decidme, mientras habéis estado aquí, ¿no habéis visto pasar a un mancebo de gallarda presencia, rubicundo, fuerte, con tres personas vestidas de clámide y con cuchillas?

PESCADORES

No hemos sabido que nadie de las señas que das haya venido por aquí.

TRACALIO

Y a un viejo medio calvo, chato, de alta estatura, panzón, de torcidas cejas, de frente arrugada, fraudu-

lento, horror de los dioses y de los hombres, malo y lleno de maldades, vicios y oprobio, y conduciendo a dos chicas bastantes donosas, ¿tampoco le habéis visto pasar?

PESCADORES

Si hay hombre nacido de tales cualidades y hechos, más que donde Venus, debía encaminarse donde el verdugo.

TRACALIO

Pero si le habéis visto, decídmelo.

PESCADORES

De seguro que nadie ha venido. — Que te vaya bien.

(*Vanse.*)

TRACALIO

Y a vosotros. — No hay duda; ha sucedido lo que yo sospechaba. Se han burlado de mi amo. El bribón del traficante se ha ido a país extranjero. Se ha embarcado con mujeres y todo: lo adivino. ¡Y aun convidó a mi amo a comer aquí, el malvado! Lo mejor que puedo hacer es esperar aquí a mi amo hasta que venga. Y si veo a esta sacerdotisa de Venus, y ella sabe algo más, le rogaré que me cerciore.

ESCENA III

AMPELISCA — TRACALIO.

AMPELISCA (*hablando con la sacerdotisa en el interior del templo.*)

Comprendo, queréis que toque en la granja que está próxima al templo de Venus, y que pida agua.

TRACALIO

¿Qué voz ha volado hasta mis oídos?

AMPELISCA

Por favor, ¿quién habla allá? ¿qué veo?

TRACALIO

¿No es Ampelisca esta que sale del templo?

AMPELISCA

¿No es, Tracalio, el criado de Pleusidipo, este a quien miro?

TRACALIO

Ella es.

AMPELISCA

Él es. Tracalio, buenos días.

TRACALIO

Buenos días, Ampelisca. ¿Cómo te va?

AMPELISCA

Mal sin ser mala.

TRACALIO

Trata de ser menos fatídica.

AMPELISCA

Toda persona cuerda debe hablar siempre la verdad. Pero tu amo, Pleusidipo, ¿no me harás el favor de decirme adónde está?

TRACALIO

¡Eh! No te hagas, (*señalando al templo*) como si no estuviera ahí dentro.

AMPELISCA

Te aseguro, por Pólux, que ni está allí, ni ha pensado en venir siquiera.

TRACALIO

¿Cómo? ¿no ha venido?

AMPELISCA

La verdad hablas.

TRACALIO

No es mi costumbre, Ampelisca; mas, la comida, ¿está ya?

AMPELISCA

¿Qué comida?

TRACALIO

¿Pues no hacéis hoy aquí un sacrificio?

AMPELISCA

¿Sueñas?

TRACALIO

Me consta que Labrax tu amo convidó a comer aquí a mi amo Pleusidipo.

AMPELISCA

Por Pólux, no me maravilla lo que dices; si engañó a los dioses y a los hombres, se ha portado como acostumbran los rufianes.

TRACALIO

¿Luego no celebráis aquí un sacrificio ni tú ni tu amo?

AMPELISCA

Adivinaste.

TRACALIO

Pues entonces, ¿qué haces aquí?

AMPELISCA

Después de muchos males, miedo sumo y riesgo de la vida, privadas de auxilio y de recursos hemos sido recibidas, Palestra y yo, por esta sacerdotisa de Venus.

TRACALIO

¿Qué? ¿Está aquí Palestra, la amiga de mi amo? Dímelo, te lo ruego.

AMPELISCA

Cierto.

TRACALIO

Cuánto contento hay en lo que me anuncias, Ampelisca mía. Pero desearía saber qué peligro es este que habéis corrido.

AMPELISCA

Nuestra nave fue destrozada anoche, Tracalio mío.

TRACALIO

¿Cómo, nave? ¿Qué comedia es esta?

AMPELISCA

¿Pues qué? ¿no viste que el rufián hizo pacto de llevarnos de aquí a Sicilia, con cuyo motivo embarcó cuanto tenía en casa? Pues bien, todo lo ha perdido.

TRACALIO

¡Oh magnífico Neptuno, salud! No hay jugador más sabio que tú. Lindamente tiraste los dados, e hiciste perder a un perjuro. ¿Y qué suerte corre ahora ese rufián de Labrax?

AMPELISCA

Ha perecido bebiendo, a lo que pienso. Neptuno lo invitó anoche a beber en grandes copas.

TRACALIO

No dudo que le haya dado a beber en el vaso magno. ¡Cuánto te amo, Ampelisca mía! ¡Qué dulce eres y blandas son tus palabras! — ¿Pero cómo salvaron tú y Palestra?

AMPELISCA

Vas a saberlo. Llenas de miedo saltamos de la nave al esquife, porque vimos que la embarcación iba a estrellarse en las rocas; y acercándome a la amarra, desatéla, mientras los otros estaban poseídos del temor. La tempestad nos apartó de ellos y condujo nuestro esquife por la derecha; y, juguete del viento y de las olas por toda la noche que nos pareció eterna, apenas hoy el viento nos condujo exánimes al litoral.

TRACALIO

Reconozco la costumbre de Neptuno; es un edil trabajoso, que en encontrando mercaderías fraudulentas, las arroja.

AMPELISCA

Anda ahí; ¡mal pecado!

DÉCIMO LABERIO (106-43 a.C.)

Prólogo

Necesidad cuyo rigor tirano
quisieron tantos eludir en vano,
¡qué trance reservado me tenías
en mis últimos días!
Yo que de joven pude con denuedo
resistir al poder, al oro, al miedo,
yo a quien fuerza ninguna mi largueza
pudo arrastrar jamás a una bajeza,
heme que, anciano, cedo
al ruego; a la elocuencia
de un varón de tantísima excelencia.
¿Fuera mi negativa tolerable
cuando en los mismos Dioses aun no es dable?
Treinta años y otros treinta
incólume he vivido y sin afrenta,
y hoy caballero de mi casa salgo;
y cuando vuelvo a ella menos valgo.
Este día no cuenta en mi existencia.
¡Oh fortuna insensata! Si querías
manchar las glorias mías,
¿por qué objeto no fui de tu exigencia
en la dúctil flexible adolescencia?
Tierno entonces y grácil,
al pueblo y al gran César
tal vez satisfacer me fuera fácil.

Más hoy ¿qué dotes ya traigo a la escena?
¿Presencia, animación, voz que enajena?
¡Todo me falta ahora!
como acaba la yedra trepadora
con el árbol que enlaza,
tal la edad que me abraza
con el múltiple anillo de los años,
me agobia con sus daños:
semejante al sepulcro, solo el nombre
conservo ya del hombre.

TITO LUCRECIO CARO (c. 98-55 a.C.)

INVOCACIÓN A VENUS

Lucrecio. *De rerum natura*, I, vv. 1-43.

¡Oh tú, grata a los hombres y a los cielos,
madre de los romanos mis abuelos,
Venus, germen fecundo
y alma sustentadora de este mundo!
Tú pueblas el navígero elemento
y también el que al hombre da el sustento;
todo por ti concibe
y del sol a la luz dichosa vive.
Cuando tú te adelantas,
cede el viento y las nubes se retiran,
flores nacer se miran
donde imprimes tus plantas;
por ti el ponto sosiega
su cólera, y el cielo
todos los rayos de su luz despliega.

No bien la primavera se restaura
y a soplar vuelve fecundante el aura
cuando ya el ave en la enramada, herida
de tus flechas, anuncia tu venida;
el ganado en el pasto
salta o se arroja al río

lleno de tu invencible poderío,
sin hallar nada que a su ardor dé abasto.
Animales y gentes
a tu ley obedientes,
te siguen donde quiere tu albedrío.
No hay ser, ora se esconde
en el monte, en la selva o en la onda,
ya en el prado florido,
ya en hojosa mansión columpie el nido,
que a tu voz subyugado no responda.
Todos de blando amor el pecho herido
en tu fuero se inflaman,
y la feliz asociación reclaman.

Pues si sola gobiernas la Natura
y nada sin ti nace a la luz pura,
si nada grato o bello se concilia
si tu numen amable no lo auxilia;
permite pues, ¡oh diosa entre las diosas!
que con unción extrema
te asocie a mi poema
de la Naturaleza de las cosas,
que escribo para Memio, amigo caro,
que hacer quisiste en todo tan preclaro;
da pues a mis cantares
tus gracias y atractivos singulares.

Calma ante todo la iracunda guerra
y la concordia pon en mar y tierra,
ya que a ti sola es dado
propinar de la paz el don preciado;

pues Marte armipotente que dispensa
de las batallas la feral ofensa,
más de una vez, tu esclavo fiel, descansa
en brazos tuyos y su furia amansa.
Reclinado en tu seno,
de su antigua pasión y embriaguez lleno,
fijos en ti los avarientos ojos,
bebe el aliento de tus labios rojos,
y un punto no se sacia
de aspirar los perfumes de tu gracia.

Cuando el Dios descuidado
en tu sacro regazo esté acostado,
y parezca más preso
en las redes sin fin de tu embeleso,
con persuasivo rostro y voz melosa
inclinada sobre él, pídele ¡oh diosa!
la paz para el romano,
porque el estado insano
del mundo actual, roba la paz a mi alma;
ni Memio ilustre puede estar en calma
cuando la patria exige
su sangre en el conflicto que la aflige.
Con él pues tu desvelo se interponga
para que en paz el universo ponga.

FELICIDAD DEL SABIO

Libro II, vv. 1-13.

Turbado el mar, y con peligro grave
de los que en él navegan, ¡cuánto es suave
mirar desde la orilla
el riesgo de otro al zozobrar su quilla!
pues si es ajeno mal placer no cabe,
siempre es grato y suave
mirar los males de que libre te hallas.
¡Cuánto es suave el fragor de las batallas,
si de peligro exento,
las miras tú desde elevado asiento!
Pero nada es tan grato, nada iguala
a contemplar desde la etérea sala
de la sabiduría,
la muchedumbre que en el llano yerra,
de la vida buscándose el camino,
y en ímprobo trabajo, noche y día,
lidiando de contino
ora por la aptitud y la nobleza,
ora por el poder y la riqueza.

ELOGIO DE EPICURO

Libro III, vv. 1-24.

Tú, que de espesa noche claro día
sacaste, honor de Grecia,
dando con tu inmortal filosofía

luz a los hombres, claridad y guía:[1]
lleno de admiración tus huellas sigo;
mas no con fe tan necia
que un punto sueñe en competir contigo.
No, que nunca imagina
al cisne superar la golondrina,
ni el cabrito al corcel. Tú de la ciencia
fuiste inventor, oh Padre, y superiores
preceptos nos dejaste por herencia.
Yo tus ínclitas páginas devoro,
y como las abejas en las flores,
tal yo me embebo en tus palabras de oro.
De oro, sí, dignas de vida eterna,
que no bien al asombro de la gente
mostraste los secretos de tu mente,
no más temor los ánimos gobierna
y el mundo avasallado se prosterna.
Tras el etéreo manto
vi de los Dioses el palacio santo,
la alta morada quieta
que ni la lluvia inunda,
ni agita la tormenta furibunda,
ya quien la nieve frígida respeta.
De luz risueña lleno
cubre su habitación cielo sereno
inalterable y puro en su sonrisa.
Su alta esencia les basta, e importuno
disgusto en tiempo alguno

[1] Epicuro.

va a perturbar la calma
de que disfrutan su alma.

vv. 28-30.

Un éxtasis divino
mezclado aquí de horror me sobrevino
al ver cómo al imperio de tu mano,
naturaleza, descorrido el velo,
manifiesta y patente a nuestro celo
se ofrece, libre ya de todo arcano.

SUPRESIÓN DEL MIEDO A LA MUERTE

vv. 37-40.

Hundamos ante todo ese Aqueronte
que anubla de la vida el horizonte,
ese miedo que todo lo pervierte,
ese negror siniestro
con que la oscura imagen de la Muerte
enluta todo regocijo nuestro.

LA AMBICIÓN Y LA AVARICIA

vv. 59-61.

La ambición finalmente y la avaricia
cuando a los hombres débiles oprimen

los hacen olvidar toda justicia,
y arrástranlos al crimen.

BÚSQUEDA DE LA SABIDURÍA

vv. 87-93.

Como tiemblan los niños en lo oscuro,
así nosotros que en la luz estamos
medrosos, vacilantes caminamos;
sin que nuestros temores, de seguro,
tengan más importancia
que los que finge la ignorante infancia.
Pero para ahuyentar esta tiniebla
que nuestro ánimo ofusca,
y nuestra mente de terrores puebla,
echémonos en busca,
no de la luz del sol ni la del día,
sino de la inmortal filosofía.

IMPERFECCIÓN DEL MUNDO

Libro V, vv. 195-234.

Pero aunque yo ignorara
el origen primero de las cosas,
al ver cuál se presentan defectuosas,
más y más en mi idea me afirmara:
no, la Divinidad nunca intervino
en un orden de cosas tan mezquino.

No es obra, no, de divinal hechura
el universo; desde luego, cuanto
cobija la alta bóveda, otro tanto
presa es de los robos de Natura.
Las ávidas montañas,
los bosques habitados de alimañas,
y el oceäno inmenso,
grandes partes ocupan, y no pocas
el férvido calor y el hielo intenso
roban dos zonas. Lo que queda al hombre
en esta cruel usurpación sin nombre,
pronto lo ocuparía con sus haces
de plantas montaraces
Naturaleza, si la industria humana
no se opusiera a su invasión tirana.
Ve porqué el hombre gime,
precisado a vivir, siempre encorvado
sobre la azada o sobre el duro arado
con que la tierra sin cesar oprime.

Si un solo instante deja
de remover la tierra con la reja,
si no da auxilio a la naciente planta,
ella sola por sí no se levanta.
Y aún así, ¡cuántas veces hojosa
ya la tierra y florecida merced a
su trabajo sin medida, el hielo
sobrevino
o el recio torbellino,
o la lluvia que arrasa,
o el sol ardiente que la planta abrasa!

Naturaleza fiera
en crear y nutrir ¿por qué se esmera
tanta raza de bichos enemiga
que en la tierra y el mar al hombre hostiga?
El año en sus mudanzas y estaciones
¿por qué, por qué nos trae defunciones?
¿Y por qué, Muerte dura,
vaga por nuestras filas prematura?

El niño como náufrago arrojado
por las iras del piélago salado,
desnudo e indigente en tierra yace
cuando Natura afloja
los lazos que a la nada lo sujetan
y a las orillas de la luz lo arroja.
De todo auxilio desprovisto nace
dando al aire su lúgubre gemido
muy propio del viajero a quien espera
tanto que padecer en su carrera.

Y en tantos los ganados
mayores y menores,
y del bosque los crueles pobladores,
¡cómo nacen y crecen sin cuidados!
¡No han menester juguetes, ni tampoco
nodriza que les hable poco a poco
frases cortadas de especial lenguaje!
¡Ni según la estación requieren traje,
ni han menester en fin armas ni muros
para vivir seguros,
que de la Tierra al par Naturaleza,

de proveer se encarga
a sus necesidades con largueza![1]

INFANCIA DEL MUNDO

vv. 925-1027.

No hay para qué demuestre
que aquel género humano más campestre,
y al fin nacido de la misma tierra,
era de complexión mucho más dura
y más recia también musculatura;
más apto en fin para sufrir la guerra
de la cruel intemperie,
y para resistir el alimento
y de los males a la larga serie.

---

[1] Ni Pellicer en su *Biblioteca de traductores españoles*, ni Brunet en su *Manual du libraire* mencionan una sola traducción española de este poeta tan sublime como Virgilio y acaso más. No en balde dijo Ovidio:

Carmina sublimes tuno sunt perítura Lucretii,
Exilio terris cum dabit una dies.

Morirá de Lucrecio el alto verso,
el día en que perezca el universo.

El poema *De Rerum Natura*, aunque escrito hace mas de diez y ocho siglos, contiene muchas ideas, reflexiones e imágenes que parecen modernas; y entre estas últimas algunas que harían honor a los Goethe y a los Byron (1871).

En los *Estudios poéticos*, de don Marcelino Menéndez Pelayo, que su propio autor acaba de mandarnos, hemos tenido al fin el gusto de encontrar una breve traducción del sublime Lucrecio. Son los 102 primeros versos del Libro I traducidos en versos libres y con toda la austera elegancia que el asunto requiere (1882).

El sol, del cielo luminar y adorno,
dio muchas vueltas de su esfera en torno
viendo así por los bosques y praderas
discurrir a los hombres como fieras.
No despuntaba aún por el collado
el fuerte conductor del corvo arado;
ni útil ni conocido el hierro era,
ni se plantaban árboles ni arbustos,
ni subía a turbar la podadera
la alta paz de los árboles vetustos. Lo
que el suelo les daba placentero, lo
que el sol y la lluvia, el don ligero
era bastante a sus humildes gustos.
Ya los cuerpos robustos
regalaban al pie de las encinas;
y el rústico madroño,
que se viste de bayas purpurinas
en los últimos días del otoño,
más numeroso y de mayor tamaño
se les brindaba antaño.
Novel el mundo y en su edad florida
ministraba el sustento sin medida,
grosero a la verdad pero no escaso,
a las míseras gentes primitivas.
Ríos y fuentes vivas
brindaban a la sed colmado vaso;
y a ellos llevaban por instinto el paso,
cual hoy abandonando sus guaridas
acuden desde puntos diferentes
las fieras, atraídas
por el magno rumor de los torrentes.

En sus vueltas nocturnas
descubrían las grutas taciturnas
de las silvestres ninfas;
y penetrando en ellas, de las urnas
brotar veían las vivaces linfas,
que lavando las peñas,
y de musgo vistiéndolas y breñas,
iban del valle en pos en ágil curso.

Aún no prestaba el fuego su concurso,
no cocían al fuego,
ni sabían vestirse los mortales
con pieles y despojos de animales:
habitantes del monte y bosque ciego,
no había más recurso
para su desnudez que los zarzales,
cuando juntos el viento y aguacero
los azotaban con impulso fiero.

Sin leyes, sin costumbres, sin nociones
del bien procomunal, y amaestrados
de la naturaleza en las lecciones,
del botín eran dueños
ganado por su industria, acostumbrados
a valerse por sí desde pequeños.

Venus la reunión favorecía
de los amantes en la selva umbría,
cuando los arrastraba a tal efecto,
o recíproco afecto,
o del ciego varón la fuerza bruta,

o sus regalos de bellota y fruta.
Confiados los humanos
en sus ágiles pies y fuertes manos,
armándose de piedras y de clavas
en pos salían de las fieras bravas,
triunfando de las más, y de unas pocas
librándose al amparo de las rocas.

En la hora del reposo,
cual jabalí cerdoso
ocupaba el viviente el duro suelo,
cubierto de hoja y rama,
y la desnuda tierra era su cama.
Ni en son de desconsuelo
vagaban errabundos por la selva
pidiendo con pavor que la luz vuelva;
mas callados y llenos de respeto
o sumidos en sueño blando y quieto,
esperaban la hora
en que la luz el horizonte dora,
pues desde su edad tierna
a ver acostumbrados
que el día siempre con la noche alterna,
no temieron jamás verse privados
del sol y hundidos en tiniebla eterna.

Miserables, en cambio, de otro modo,
eran las fieras su cuidado todo,
que solían su sueño hacer funesto.
¡Cuántas veces la súbita presencia
de un jabalí espumoso y torvo gesto,

los arrancó a la dulce somnolencia
con salto descompuesto!
Y huyendo al león o jabalí enemigo
a una roca a pedir iban abrigo,
dejando en alta noche al duro huésped
el pobre lecho de hojarasca y césped.

No entonces más que ahora,
crüel, devastadora,
muerte fiera el tributo
exigía de lágrimas y luto:
cierto es que a cada hora
solía alguno que otro por sorpresa
ser de un monstruo voraz viviente presa;
y en sus dientes cautivo
llenaba el triste la extensión vacía
con sus gritos de horror, pues se veía
hundirse vivo en un sepulcro vivo;
que si alguno de riesgo semejante
escapaba con vida, en adelante
mutilado quedaba y de tal suerte,
que, las trémulas palmas de las manos
sobre las negras úlceras,
llamaba a grandes gritos a la muerte,
hasta que devorado de gusanos
rendía entre alaridos la existencia
por falta de remedios y de ciencia.

Es cierto; pero al pie de las enseñas
no caían los hombres a millares
en solo un día, ni los turbios mares

con sus embarcaciones los echaban
a las desnudas peñas.
Si alguna vez el ponto
rugía airado, se calmaba pronto,
y con zalamería
en la playa otra vez se deshacía,
quedando su furor en el amago.
Ni era temible su doloso halago,
ni el aspecto falaz con que risueño
suele ocultar su verdadero ceño;
miedo aún no daban sus falacias crueles
que aún no habían nacido los bajeles.

Tal vez por falta del sustento diario,
de esa edad en la infancia,
perecía algún cuerpo; hoy al contrario;
más de un cuerpo perece en la abundancia
tal vez aún de lo menos necesario.
A la anterior inopia
sucedió de las cosas larga copia.
Los hombres de esa edad en su ignorancia
más de una vez llevaron el veneno
¡ay! a su propio seno;
hoy la ciencia y el dolo
saben cómo se lleva al pecho ajeno.

Al fin saliendo de esos días crueles
labraron chozas y curtieron pieles;
el fuego en sus quehaceres los auxilia;
casada la mujer fue de uno solo,
y el nupcial casto lecho instituido,

por doméstica Venus protegido,
vieron nacer de sí larga familia.
Ya aquí a ceder de su anterior dureza
la humanidad empieza;
habitando al rescoldo
del amoroso hogar, ya se indispone
el cuerpo, si se expone
del frío cielo al inclemente toldo.
Venus va consiguiendo que se inicie
en las nuevas costumbres la molicie;
con su caricia tierna
el niño vence la rudez paterna;
los vecinos se amistan
y a respectos recíprocos se alistan;
con gesto y gritos se ordenó cariño
a la mujer y al niño;
y tartamudeändo todavía
significar se hizo,
cuánta equidad había,
cuánta misericordia,
en ver con alma pía
al inválido, al débil o enfermizo.
Aún no reinaba en todos
ni era posible, la feliz concordia;
pero entre ellos los más con buenos modos
cumplidores exactos
eran de sus deberes y sus pactos;
por estos medios y otros
pudo el hombre llegar hasta nosotros.

ORIGEN DEL LENGUAJE

vv. 1027-1039.

Naturaleza ahora
del lenguaje erigióse en inventora,
a hablar enseña al hombre,
a quien la misma utilidad sugiere
de cada cosa el nombre,
tal como el niño infante cuando quiere
significar lo que su vista hiere,
falto aún de palabra, con la diestra
y con la vista lo que quiere muestra.

No hay ser que no pretenda con empeño
la fuerza usar de que se siente dueño:
el toro joven con denuedo embiste
cuando aún la cornamenta no le asiste
antes de que posean los colmillos
y garras crueles con que causan daño,
los cachorros del tigre y los leoncillos
pugnan por el mordisco y el araño;
y vemos a los pájaros en suma
lanzarse al aire sin temor pidiendo
trémulo auxilio a la temprana pluma.

NO HUBO UN INVENTOR DEL LENGUAJE

vv. 1056-1077.

Mas no hay porqué me abisme ni me asombre
si bien dotado el hombre

de voz y lengua vigorosa, pudo
según sus sensaciones diferentes
dar a las cosas conveniente nombre.
Pues ¿qué? ¿no vemos el ganado mudo
y a la turba de fieras infinita
variar de voz, conforme
a la pasión diversa que lo agita?

El moloso sañudo
cuando destapa su colmillo enorme
y enséñalo desnudo,
gruñe con voz más ronca y más huraña
que cuando está ladrando en su cabaña.
Ni es la misma su voz cuando acaricia
a sus tiernos cachorros con delicia, y
los muerde y relame embelesado, que
cuando aúlla en triste despoblado; o
arrastrándose a gatas huye esquivo los
golpes de su dueño vengativo.

Otro el relincho es, otro,
que en su fogosa edad despide el potro,
cuando, la yegua cerca,
de las flechas de amor herido brama,
y otro cuando se acerca
tumulto de armas que a la lid lo llama.

(Junio de 1871.)

PUBLIO VIRGILIO MARÓN (71 o 70-19 a.C.)

LAS GEÓRGICAS

Libro II, vv. 1-44.

Hasta aquí de los campos el cultivo
y el curso de los astros por el cielo
sirvieron a mi verso de motivo.
Ahora tú, Baco, y el tardío olivo,
y los arbustos y árboles silvestres
inflamarán mi anhelo.
No sordo, pues, a mi clamor te muestres
¡oh padre de la viña!
llena está de tus dones la campiña;
por ti el campo florido en el Octubre,
de pámpanos se cubre;
por ti el lagar, angosto
y estrecho viene al espumante mosto;
ven, y conmigo en el lagar te interna,
ven, y el coturno suelto,
en el mosto revuelto
tiñamos ambos la desnuda pierna.

Varia es natura al producir sus árboles;
uno, espontáneo las riberas ama,
y por propio albedrío
cubre los campos y da sombra al río,

como el álamo, el mimbre, la retama,
y el sauce, verde y blanco en su atavío.
Otro la humana previsión reclama,
como el árbol de Júpiter, el roble,
que en las florestas sobresale noble,
y el castaño de altísima corona,
y la parlera encina de Dodona.
Cuál, en tupida muchedumbre estrecha,
de su propia raíz vástagos echa:
así el cerezo nace,
y así al olmo también nacer le place;
y así el laurel enano del Parnaso
a la materna sombra se abre paso;
selvas, bosques sagrados y frutales,
vienen pues de estos modos desiguales.

De otros el uso nos mostró la vía:
quien al surco le fía
los desgajados vástagos del tierno
tronco del pie materno
otro en el suelo todo un tronco entierra,
o de cuatro porciones una raja,
o un grueso palo en fin que en punta taja.
Quien los vástagos próximos al suelo
doblega en arco y deposita en tierra,
y ellos vivos, aguardan
raíces propias que en venir no tardan.
Otros no han menester ni este desvelo;
y el mismo podador las ramas clava
que de cortar acaba.
Vemos también, de admiración motivo,

cortado y seco el tronco de un olivo
extender raíz nueva.
Si el injerto lo exhorta,
un árbol a otro vemos que soporta;
injertado al manzano peras lleva,
y la ciruela obtiene que se pinte
el áspero cornejo con su tinte.

Atentos labradores, pues, y serios
estudiad del cultivo los misterios,
como él su auxilio preste,
en dulce tornaréis el fruto agreste:
no dejéis a la tierra un punto ociosa,
y produciendo todas por su turno,
demos a Ismara viñas, y olivares
al enhiesto Taburno.

Y tú, que en mis campestres
estudios me acompañas, gloria mía,
Mecenas, tu favor no me secuestres
y venga tu benévolo socorro
a henchir mi vela por el mar que corro.
No pretendo en mi verso
abrazar cuanto llena el universo,
ni lenguas cien ni férrea voz, bastante
serían para empresa semejante.

(Lima, octubre 1870.)

El generoso olivo
no ha menester cultivo,
ningún auxilio espera
del rastro o de la corva podadera,
porque prende, y resuelto
sube frondoso por el aire suelto.
La misma tierra removida en torno,
con humor abundante lo socorre,
y si el arado luego la recorre,
da grávidas cosechas en retorno.
No ha menester de más el árbol raro
tal provechoso y a la paz tan caro.

De igual modo la copia
de los otros frutales, cuando siente
su tronco ya valiente,
y que empieza a asistirle fuerza propia,
sube sin requerir nuestro desvelo
a la región del cielo.
Ni menos peso abruma
de todos los frutales a la suma;
el bosque inculto, asilo de las aves,
rinde sus ramas graves
bajo las bayas cuya roja tinta
todo el contorno pinta.
El ganado el citiso ramonea,
la selva brinda la nocturna tea,
que guarda rico pábulo a la llama,
¡y aún duda el hombre ingrato

en dar al campo todo su conato!
Pero ¿a qué más? el sauce, la retama,
y otros mil que mi labio aquí no nombra,
hoja al ganado dan o al pastor sombra,
pasto a la abeja y cercas al sembrado.

Mi vista con agrado,
con plácida delicia
por el monte Citoro se derrama
que el boj adorna de su errátil rama.
Plácenme los pinares de Naricia,
y el bosque, selva y llano,
que nada deben al cultivo humano.
Y aun las selvas del Cáucaso tupidas,
del Euro eterno sacudidas,
rinden fruto precioso en su madera.
De ellas se arranca el pino
que auxiliará al marino,
como el ciprés y el cedro familiares
que sirven para alzar nuestros hogares.
De ellas el labrador saca las ruedas
para el carro rural; de allí las quillas
que corren por las líquidas veredas.
Da el olmo su hoja, el sauce sus varillas,
da el mirto sus astiles,
creciendo al par del bélico cornejo,
y doblegando el tejo
se hacen los arcos de Iturea hostiles.

Ve allí por el contorno
el boj y el tilo a que da forma el torno,

en su madera dura
ministrando socorro a la escultura.
Mira al aliso descender ligero
del río por el rápido sendero,
y esparcidas en roncos
enjambres las abejas,
labrar panales en los huecos troncos
de las encinas viejas.
¿Cuándo de Baco los funestos dones
trajeron semejantes bendiciones?
Baco es funesto: su vapor tan solo
doblegó a los centauros Reto y Folo,
y al mismo Hileo cuando el vaso grande
sobre el Lapita amenazante blande.

¡Oh afortunado el labrador, si siempre
conociese su bien! Justa la tierra,
lejos de la discordia y de la guerra,
vuelve con creces y largueza pía
el fruto que él a su bondad confía.
Si en tumulto a su puerta
un enjambre servil no lo despierta
desde antes de la aurora;
si en alcázar no mora,
ni lisonja le asiste,
ni ropas de oro guarnecidas viste,
ni puertas abre de enconchadas hojas;[1]

---

[1] Variante*: Ni puertas abre de carey precioso*. En Lima llaman enconchados a unos muebles antiguos totalmente embutidos o taraceados de *concha de perla* (nácar), que gozan de gran aprecio. Estos embutidos son sin embargo

si el veneno de Tiro
no mancha el alba lana en su retiro,
ni bebe en vaso de oro con deleite,
ni la casia corrompe
de su nocturna lámpara el aceite;
quédenle al menos, de esos goces falto,
una vida feliz sin sobresalto;
manjares abundantes y diversos,
campos abiertos, grutas, lagos tersos,
aguas de manantial, frígidos valles
donde el buey muge, y misteriosas calles
de árboles mil, que con susurro manso
a la siesta convidan y al descanso.
Allí están las dehesas escondidas,
allí tienen las fieras sus guaridas,
y frugal y paciente
se educa allí la juventud valiente,
allí a los Dioses con piedad austera
y a los ancianos padres se venera,
y allí por fin la Justiciera diosa
cuando dejó, porque le fue enojosa,
la tierra para alzarse a las estrellas,
allí estampó sus postrimeras huellas.

---

tan comunes en la Siria (Damasco) que los hemos visto usados no solamente en veladores, arquillas, etc., sino hasta en los chanclos de las mujeres del bajo pueblo.

El verso latino dice: *Neo varios inhiant pulchra testudine poatea.*

Libro II, vv. 1-159.

Callaron todos con oído atento,
y el padre Eneas desde su alto asiento
así dijo con voz conmovedora.
«¡Mándasme ¡oh reina! renovar ahora
dolor infando! ¡Quieres que repita
de la opulenta Troya el fin sangriento!
desastre que yo vi, no sin espanto,
y en que envuelto me hallé. ¿Cómo sin llanto
traer a la memoria
de aquella noche la doliente historia?
Ya la noche sus pasos acelera,
los astros precipitan su carrera,
todo convida al sueño…
Pero si tanto empeño
por conocer demuestras
el fin de Troya y aventuras nuestras,
aunque el recuerdo me desgarra el alma
y de evocarlo la ocasión rehuyo,
voy a cumplir con el mandato tuyo.

Hartos los griegos de tentar la suerte
sin obtener la palma,
y de sufrir diversos desengaños

en el trascurso fuerte
de un sitio que duraba tantos años,
a apelar al ardid se decidieron
y un enorme caballo construyeron.
Que es ofrenda a Minerva se declara
porque a la patria cara
los favorezca con feliz retorno,
y el suceso cundió por el contorno.
La artificiosa idea
les fue inspirada por aquella Dea;
el monstruo construido con gran maña
parecía montaña;
sus flancos eran huecos,
y unos cuantos soldados
por suerte designados
pudieron con sus armas esconderse
en los negros y oscuros recovecos,
y rellenar sin infundir sospecha
la colosa armazón de tablas hecha.

Ténedos se alza de la costa en frente,
isla próspera ayer y floreciente,
hoy desierta bahía
de la que el marino no se fía.
Allí a ocultarse llega
la muchedumbre griega,
los ausentes fingidos.
Y creyendo en tan vil superchería
nosotros ¡ay! los reputamos idos
y dando velas ya para Micenas.
Rompiéronse del luto las cadenas,

se abren las puertas, renació el contento;
y el pueblo, ajeno enteramente al dolo,
con muestras de alegrías singulares
recorre el enemigo campamento,
los desiertos lugares
y el litoral ya solo.
«Aquí estaban los Dólopes hostiles,
aquí la tienda se elevó de Aquiles,
la escuadra estuvo aquí, y aquí solían
ensayarse en el bélico ejercicio».
Quién la funesta magnitud observa,
aunque sin comprender el artificio,
del don hecho a Minerva.
Timetes el primero
urge que se introduzca
en la ciudad al aparato fiero
y que luego al alcázar se conduzca:
no sé si fue traición de este menguado,
o irremisible voluntad del hado.
Algunos con acuerdo más perfecto,
(Capis entre ellos) que se arroje piden
a las llamas o al mar el don suspecto,
o que se explore con afán prolijo
de su cóncavo vientre el escondrijo,
todos en pareceres se dividen.

En esto a Laoconte se divisa
que seguido de innúmeros troyanos
del alcázar bajaba a toda prisa,
gritando desde lejos: «¿Qué locura
embarga vuestros ánimos insanos

míseros ciudadanos?
¿Creéis del enemigo en la impostura?
¿Dais a su falsa ida asentimiento?
¿Pensáis que haya regalo
de los Danáos que no sea malo?
¿Este es de Ulises el conocimiento?
La tablazón funesta
o a los Argivos dentro sí contiene,
o a derruir nuestras murallas viene;
o a inspeccionar nuestra ciudad se apresta
con su elevada testa;
o algún ardid envuelve, y si mi fallo
vale algo, desconfiemos del caballo.
Temí a los griegos antes
y ahora los temo mucho más, donantes».
Dice y con brazo franco
su lanza arroja, que va a hallar cabida
en las junturas del convexo flanco.
Fíjase y vibra el asta estremecida,
y en prolongado eco
retumbó el vientre del caballo hueco.
Y a no sernos el hado tan contrario,
a no estar nuestro espíritu tan ciego,
allí pagara el griego
su intento temerario;
y el ardid descubierto luego luego…
¡Oh alcázar que de Ilión orgullo eras!
¡Oh Troya, en pie estuvieras!

Aquí, dando clamores,
a presencia del rey, unos pastores

llegan, trayendo preso
a un joven de los griegos que ex profeso
se entregara en sus manos,
para favorecer la tentativa
de la falange argiva,
y el triunfo asegurar de sus hermanos.
Acto a que se lanzó con pecho fuerte
atenido a su audacia;
dispuesto de antemano a toda suerte,
así a triunfar mediante la falacia,
como a sufrir la muerte.

Llega la juventud con tal motivo
y hacer ludibrio intenta del cautivo.
Vas ahora a ver hasta qué punto llega,
reina, la astucia de la gente griega;
conoce su doblez y arteros modos,
por el griego presente juzga a todos:
solo, inerme, y en medio de la turba,
empieza por fingir que se conturba,
y una mirada de honda pesadumbre
paseó por la compacta muchedumbre:
«¿Qué tierra ni qué mar —dijo intranquilo—,
querrán ya darme asilo?
¿Qué esperanza le queda al miserable
a quien el Griego expulsa y abandona
y el Troyano ofendido no perdona?»
Este clamor nuestra piedad le labra;
lo exhortamos a que hable;
cuál su familia sea
le pedimos que diga, cual su idea,

y cuanto remiende su palabra.
Con esto se disipa su pavura
y continúa así con más sosiego:
«Voy a decirte, oh rey, la verdad pura
sin recelo ninguno: desde luego
declaro que soy griego,
pues por mucho que el Hado
se afane en perseguir a un desdichado,
afanaráse en vano, así lo espero,
en hacer de *Sinón* un embustero.
Tal vez mi narrativa no te asombre,
si es que pudo llegar hasta tu oído
de Palamedes el ilustre nombre,
de Belo descendiente esclarecido.
Quien por un falso testimonio odioso,
y por mera apariencia,
en la armada se hizo sospechoso.
La calumnia se apoya
en que no aprueba el sitio contra Troya,
y sin que le valiera su inocencia
recayó en él de muerte la sentencia.
Ahora que muerto ya le conmemoran
el error reconocen y le lloran.
Yo, su pariente y por mi padre enviado,
desde muy joven milité a su lado,
cuando él brillaba en situación ilustre,
y gocé de su gloria y de su lustre.
Mas desde el punto en que el falaz Ulises
(el suceso es de todos conocido)
lo hundió en el reino del eterno olvido
satisfaciendo su rencor profundo,

yo vestí luto y me alejé del mundo,
para a mis solas deplorar conmigo
el fin injusto del infausto amigo.
Hice más: prometí que si algún día
me tornaba a mi patria la victoria,
de Palamedes vengador sería.
Esta declaratoria
odios me suscitó: he aquí el origen
de las calamidades que me afligen;
he aquí de Ulises el tenaz prurito
de afrontarme delito tras delito,
de esparcir voces en mi contra inerme,
de ver cómo perderme.
Y no estuvo tranquilo hasta que Calcas
el sacerdote… Pero ¿a qué prosigo
con estos pormenores importunos?
¿A qué insistir? ¿No son para vosotros
todos los griegos unos?
Lo oído os baste; dadme ya el castigo,
y al Itacense y a uno y otro Atrida
colmaréis del deseo la medida».

Nosotros ¡ay! extraños
de un griego a los amaños,
y la curiosidad enardecida
le rogamos que siga, y el aleve
temblando el falso labio otra vez mueve:
«En más de una ocasión nuestros soldados
de tan larga campaña fatigados
desistir intentaron de la guerra
y dar la vuelta a la nativa guerra.

¡Ay me pluguiera al cielo
que pusieran en práctica su anhelo!
La inclemencia del tiempo el mar les cierra,
y cuanta vez van a dejar la playa
los pone el Austro a raya.
Sobre todo, después que concluido
se hubo el caballo erguido,
tronó el cielo del uno al otro polo.
Nuestra razón entonces advertida
a Eurípilo mandamos a que pida
solución al oráculo de Apolo,
y volvió del santuario
con esta triste nueva el emisario:
«Cuando vinisteis por la vez primera
de Ilión a la ribera,
griegos, recordaréis que un sacrificio
os dio el viento propicio:
la sangre de una virgen regó el ara:
hoy que a la patria cara
queréis asegurar retorno fausto,
ofreced a un Argivo en holocausto».
Apenas la noticia se difunde,
el estupor y de la muerte el frío
hasta los huesos de la plebe cunde, que
a todos amenaza el fallo impío. Cuando
abriéndose paso entre el gentío acorre
Ulises arrastrando a Calcas,
y que anuncie le exige a la Asamblea
cuál la víctima es que el Dios desea.
Ya del artificioso

se empieza a vislumbrar el plan odioso;
todos mi presto fin tienen por cierto,
todos me dan por muerto.

«Cinco días y cinco noches
Calcas guardó silencio con ahínco,
y en su falsa piedad mal encubierto,
el nombre ansiado calla
y sobre nadie la sentencia falla.
Vencido al fin por el tenaz apuro
del Itacense duro,
y protegiendo su intención maligna,
rompe el silencio ¡oh Dios! y me designa.
Aprobó la elección la gente toda,
que a todos acomoda
librarse a costa mía
del golpe que pendientes los tenía.

«Llegó por fin el horroroso instante;
del sacrificio vi el altar delante, y
ya los condimentos y listones
propios en semejantes ocasiones
listos se hallaban, cuando, lo confieso,
rompí los lazos en que estaba preso,
y a favor del amigo
silencio nocturnal, fui a dar conmigo
en un pantano espeso;
y oculto entre las algas con cautela
esperé que se diesen a la vela.
Ya escondido en la juncia,
a ver la patria el corazón renuncia;

de ver la prole la esperanza pierdo
y al dulce padre de inmortal recuerdo.
Más negro aún otro dolor me asalta,
y es que esos miserables,
¡con su sangre tal vez purguen mi falta!

«Ruego ahora por los dioses inmortales
y ese cielo testigo
de que la verdad digo,
que os queráis condoler de tantos males,
que miréis con piedad al que padece
¡ay! lo que no merece».

Compró la vida con clamores tales,
y Príamo, el primero
manda que se desate al prisionero
y con tono amigable así le dijo:
«Seas quien fueres, para siempre olvida
tu patria ya perdida;
nuestro serás desde hoy; pero prolijo
a mi ruego responde:
¿qué objeto dime este caballo esconde?
¿Quién fue el autor de tan horrenda máquina?
¿Voto es de religión o ardid de guerra?»
Dice, y el labio cierra,
y el otro ya avezado
de los suyos al dolo y artificio,
alzando al cielo las ya libres manos
dijo: «Astros soberanos,
aras, vendas y horribles instrumentos
que debisteis servir a mi suplicio

y que logré burlar: séame dado
con los griegos romper mis juramentos
y aborrecerlos. Consentid que diga
cuanto de ellos sé. Ya con mi patria
lazo ninguno desde hoy me liga».

vv. 195-215.

Así las arterías, los amaños,
las lágrimas y engaños
pudieron más que Aquiles Lariseo,
que el hijo de Tideo,
que una escuadra y un sitio de diez años.
Mayor mal sobrevino todavía:
Laocoonte a quien la suerte había
nombrado sacerdote de Neptuno,
un grande y pingüe toro
sacrificaba en las solemnes aras.
Cuando he aquí que por el mar tranquilo
(aún hoy al recordarlo me horripilo)
dos serpientes de Ténedos extienden
sus mil anillos y a la playa tienden.
Altas vienen por cima de las olas
las gargantas enhiestas
y sanguinosas crestas,
y postergadas más allá las colas.
Hierve el mar espumoso. Ya se acercan;
manchas de sangre sus pupilas cercan,
y la lengua movible
lame los labios con silbido horrible,

poseídos de espanto
huimos todos. Ellas entre tanto
a Laocón dirígense resueltas
y el cuerpo envuelven de sus hijos tiernos
con mortíferas vueltas.

vv. 250-255.

Da vuelta el cielo, y la tiniebla ciega
surge envolviendo con su oscuro manto
mar, cielo y tierra y la falacia griega.
Toda en silencio la ciudad en tanto;
callan los centinelas, y alto sueño
de los cansados miembros se hace dueño.
Ya de Ténedos iba
saliendo en orden la falange argiva.

vv. 268-292.

Era la hora del primer reposo,
cuando el don de los Dioses soberanos
infunde en los humanos
su blando encogimiento perezoso;
cuando he aquí que en la mitad del sueño,
lacrimosa la faz, y triste el ceño,
y vertiendo de llanto un mar copioso,
Héctor se me aparece, todavía
envuelto en polvo y sangre, como el día
en que de Aquiles a la biga atado,

en torno de los muros arrastrado
fue por tres veces de la patria nuestra.
Aun con manchas oscuras
de sus hinchados pies en torno, muestra
señales de las crueles ligaduras.
¡Cuál estaba, ay de mí, cuán diferente
de aquel Héctor valiente
cuando volvió trayendo los despojos
ganados con sus bélicos arrojos,
o los restos del fuego
con que la escuadra destruyó del griego!
De sangre en los espesos
cuajarones, cabello y barba presos,
y abiertas las innúmeras heridas
en torno de los muros recibidas.
Yo mismo, lacrimoso,
así creí decirle con voz triste:
«¡Oh luz Dardania y el más firme amparo
de Troya! En tanto tiempo ¿qué te hiciste?
¿De qué lugares vienes, Héctor caro,
tanto tiempo esperado? ¡Cuántos males,
y duelos, y crüentos funerales
deploró la ciudad desde que faltas!
Di, ¿por qué estas heridas, y estas feas
manchas alteran tu sereno rostro?»
Guarda silencio; pero a corto trecho
arrancando un suspiro de su pecho,
así por fin me dijo:
«Huye, de Diosa hijo,
y a ti y los tuyos del incendio guarda
antes que todo arda.

Ya el enemigo nuestros muros toma
y Troya de su altura se desploma:
por la patria y por Príamo, bastante
se ha hecho; y a bastar esfuerzo humano,
habríanse salvado por mi mano».

SEXTO PROPERCIO (c. 48-c. 15 a.C.)

ELEGÍA I DEL LIBRO IV

ROMA

Cuánto tu vista, Pasajero, observa,
cuánto te ofrece en su grandeza Roma,
antes de Eneas fue collado y yerba.
Do de Apolo naval el templo asoma,
recostóse cansado
del rey Evandro el prófugo ganado.
Estos templos, del orbe maravilla,
fueron al comenzar dioses de arcilla.

Entonces nuestra villa
era menor que su arrabal Bovilla.

PUBLIO OVIDIO NASÓN (43 a.C.-17)

FILEMÓN Y BAUCIS

(*Metamorfosis,* 8-11)

I

En la región de Frigia hay un collado
donde una encina entrelazada a un tilo
surge en mitad de un rústico vallado
dando a las aves lisonjero asilo.
En el llano inferior que fue poblado,
hoy un estanque mírase tranquilo
cubriendo a los antiguos pobladores
con sus aguas y patos nadadores.

II

Vestido un día de mortal ropaje
y seguido del Dios del caduceo,
Júpiter visitaba ese paraje;
dieron por todo el pueblo un gran rodeo;
de puerta en puerta piden hospedaje;
casa ninguna accede a su deseo,
hasta que una pequeña los apaña
hecha de paja y de palustre caña.

III

Baucis vivía allí, piadosa vieja,
con Filemón su esposo; y a despecho
de la pobreza cruel que los aqueja,
viven conformes bajo el mismo techo.
Nunca exhalan sus labios una queja,
y en el albergue por sus manos hecho,
viven solos, sin amo ni criado,
que uno a otro se sirven con agrado.

IV

No bien los fatigados Celestiales
impuesto hubieron su divina planta
de la pequeña puerta en los umbrales,
cuando a servicios presto se adelanta
el buen anciano, y allegó sitiales,
que Baucis cubre de raída manta,
y al tibio hogar poco después se arrima
y el fuego amortiguado reanima.

PÍRAMO Y TISBE

(*Metamorfosis*, IV-4)

I

Fue Píramo sin par, Tisbe fue bella,
y entrambos fueron de su sexo ornato;
y en donde de Semíramis descuella
la gran ciudad, tuvieron inmediato

el hogar de sus padres él y ella.
Nació el amor con el frecuente trato,
y a no oponerse el parecer paterno,
uniéranse ambos con el lazo eterno.

II

Mas nadie ataja del amor la hoguera
que al verse comprimida más devora;
y así buscando entrambos la manera
para poderse hablar a toda hora,
en la pared descubren medianera
una rendija que hasta allí se ignora,
por la que pudo hablarse su deseo
en diario y misterioso cuchicheo.

III

¡Ah! ¡cuántas veces cada cual sentado,
pasándose la voz por el postigo,
de la pared en el opuesto lado,
solió exclamar así: «¡Muro enemigo,
que nuestros cuerpos con el tuyo helado
apartas sin piedad! ¡Yo lo bendigo,
y te bendeciré mientras te abras
siquiera a nuestras férvidas palabras!

IV

Si el paso niegas al ansiado beso
y con tu inerte mole nos contristas,
nuestro aliento a lo menos halla acceso
y se confunde sin que tú resistas».
Así solían con ardiente exceso

decirse en sus frecuentes entrevistas,
y besos enviábanse que, duro,
interceptaba el enemigo muro.

V

Cada mañana cuando el rol radioso
rompe la escarcha que la noche deja,
en el blando susurro misterioso
halla de nuevo a la gentil pareja.
Hartos ya del obstáculo enfadoso,
darse una cita Amor les aconseja,
fuera de la ciudad y a la distancia,
burlando la paterna vigilancia.

VI

Hay un lugar do el túmulo de Nino surge,
en la sombra misteriosa envuelto, de un
moral blanco a la humedad vecino, que
un arroyo a su pie murmura suelto. Allí la
ansiada cita se convino,
y cuando anocheció, con pie resuelto
Tisbe deja su casa la primera
y con tiento y sigilo salió fuera.

VII

Bajo el moral ya estaba, cuando acierta
a presentarse una sangrienta leona,
que con la sangre de que está cubierta
una reciente víctima pregona.
Tisbe a los rayos de la luna incierta
la divisa, y al susto se abandona,

y huye a pedir asilo a oscura cueva
mientras su manto el céfiro se lleva.

VIII

No pudo más de la pasión el brío:
la fiera mientras tanto a paso lento
al margen se acercó del raudal frío
con el anhelo del que está sediento.
Satisfecha su sed, volvió el impío
rostro, que estaba aún sanguinolento,
y en el manto que solo entonces mira
lo restriega rabiosa y se retira.

IX

Llega el tardío Píramo y se asusta
advirtiendo en el suelo con espanto
los rastros frescos de la fiera adusta.
Viendo después sangriento el roto manto,
«¡Dos amantes perdiste, Noche injusta!
—dijo— pero por ella es mi quebranto,
digna de larga vida y mejor suerte
y a quien mi impresión ha dado muerte.

X

¡Ah! venid a rasgarme las entrañas
sin piedad y con bárbaros mordiscos,
leones, y cuántas crueles alimañas
habitáis a la sombra de estos riscos».
Y al árbol y al contorno echando extrañas
miradas de dolor y ojos ariscos,

cubría el dulce y destrozado manto
con repetidos besos y con llanto.

XI

«Por tener a tu dueño a este recinto
causé su perdición», dijo en seguida:
«Bebe mi sangre, pues, y en ella tinto
acepta el sacrificio de mi vida».
Dice, y al hierro que llevaba al cinto
con furia se arrojó tan desmedida,
que alto y lejos de sí la sangre expele
cual caño que revienta hacerlo suele.

XII

El añoso moral que hasta aquel día
no vio en sus ramas sino blanca mora,
la ve teñirse de color sombría
con el rocío que recibe ahora.
Y mal depuesto el miedo todavía
y culpándose ya de la demora
de su Píramo en pos acude Tisbe,
sin que haya seto o mata que no atisbe.

XIII

Quiere contarle el riesgo que ha pasado;
el sitio reconoce donde pisa;
y viendo el árbol metamorfoseado,
no comprende y detiénese indecisa.
En esto, de su sangre rodeädo
el cuerpo palpitante aún divisa:

quedó de amarillez su rostro lleno
y como el mar se estremeció su seno.

XIV

Mas cuando reconoce sus amores,
su faz maltrata y sus cabellos mesa;
lo abraza, y con misérrimos clamores
mezclan su llanto con la sangre espesa.
En vano infundir quiere sus ardores
al frío rostro que demente besa:
«Yo soy, Píramo —dice—, la que te ama;
oye a tu Tisbe que te nombra y llama».

XV

Cuando en su oído el dulce nombre suena,
los moribundos ojos que ya envuelve
en sus sombras la muerte, alzó con pena;
mira a su amada y a bajarlos vuelve.
Tisbe repara entonces en la arena
(y sus dudas por último resuelve)
su roto manto, y la homicida espada
en el cuerpo del mísero envainada.

XVI

«Tu propia mano y tu pasión intensa
—dijo— causaron tu horrorosa muerte;
pero que a mí me asiste también piensa
acendrada pasión y mano fuerte.
Amor me auxilia con su fuerza inmensa
para seguir tu ejemplo. De esta suerte

dirán: «Si ella lo obliga a que sucumba,
también en pago lo siguió a la tumba.

XVII

De separarnos con su linde frío
¡ay! ¡ni la muerte podrá hacer alarde!
Vosotros ahora, padres de él y mío,
que reconoceréis vuestro error tarde:
dad que al unirnos un amor tardío
común sepulcro nuestros restos guarde,
no queráis denegarnos esta gracia
pedida con tantísima eficacia.

XVIII

Y tú, que los misérrimos despojos
de dos amantes cubrirás bien presto,
árbol que has presenciado estos enojos,
guarda el recuerdo en tu color funesto.
Desde hoy tus frutos cual la sangre rojos
sean sangriento testimonio de esto»,
dice, y el hierro todavía tibio,
hunde en su seno y a su mal da alivio.

XIX

Hombres y Dioses su clamor ablanda;
apiadados aquellos, con gran celo,
urna común, conforme a su demanda,
dieron a sus despojos en el suelo.
Y el árbol que bebió la historia infanda
escrita en sangre, por querer del cielo
guarda hasta hoy las huellas, y su fruto
vístese siempre al madurar de luto.

I, vv. 697-704

Fue la guerra hasta ayer nuestro ejercicio
y la espada triunfó sobre el arado;
el caballo, y no el buey, prestó servicio;
y el rústico armamento estuvo a un lado.
Pero, al cielo merced, bajo tu auspicio
vemos al fiero Marte encadenado;
venga el buey, venga el grano, Ceres rija,
que la alma Ceres de la paz es hija.

FEDRO (c. 15 a.C.-c. 50)

EL POLLO Y LA PERLA

Un pollo que escarbaba en un establo
buscando alivio a su apetito fiero
se halló una perla y dijo: «¡Voto al diablo!
¡Ni tú eres granza ni yo soy joyero!

¡Feliz tú si yo fuera lo segundo!
¡Feliz yo si tú un átomo de afrecho![1]
Mas, pollo y perla en este sitio inmundo,
ni me aprovechas tú, ni te aprovecho».

Esto lo digo por la gente necia
que por no comprenderme no me aprecia.

[1] En Lima no usamos la palabra *salvado*.

OTRAS TRADUCCIONES

DEL GRIEGO

FRAGMENTO DE PÍNDARO

No había por allí un humeante Vesuvio, ni un Etna cubierto de nieve casi hasta el pie, y al que Píndaro saludaba ahora veintitantos siglos con estas tres magníficas imágenes:

> Blanca columna que sostiene el cielo,
> nodriza eterna de glaciales nieves,
> frente altanera de un fecundo suelo.

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, p. 413.]

DEL LATÍN

PUBLIO VIRGILIO MARÓN (71 o 70-19 a.C.)

VERSOS DE LA ÉGLOGA I

¿Qué tanta fue tuya la curiosidad de ver Roma?

Pregunta un pastor a otro pastor en la primera égloga de Virgilio, en un hexámetro cuyo movimiento o cadencia he tratado de imitar en la traducción que precede, que podría figurar con honor en el *Sistema Musical de lengua castellana* de don Sinibaldo de Mas.

> La libertad, que aunque tardía, al cabo
> mirar dignóse al infeliz esclavo
> cuando mi barba anciana
> caía ya sobre mi pecho cana,

contesta el interpelado pastorcillo de la Égloga. Apostrofado yo con otro.

> Et quae tanta fuit Romam tibi causa vitendi?

Respondería:

Curiosidad, que con tropiezo tanto
tales en mi alma proporciones toma,
que la ciudad de Roma
me llegó a parecer cosa de encanto.

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, p. 184.]

FRAGMENTO DE LA ÉGLOGA IX

Al divisarlo [el sencillo túmulo] el transeúnte cañetano podría exclamar con el pastor de Virgilio:

Hic adeo media est nobis via; namque sepulcrum
incipit apparere Bianoris.

Ya en media vía estamos; ya a lo lejos
asoma de Bianor el blanco túmulo.

[En *Cuadros y episodios peruanos y otras poesías nacionales y diversas*. Lima, Imprenta de la Calle Melchormalo, 1867, p. 356.]

FRAGMENTO DE LA ÉGLOGA X

Hemos llegado, por decirlo así, a la tarde de nuestra descripción, y para concluir con la Égloga X, ya que empezamos con la primera, diremos;

Solet esse gravis cantantibus umbra

La sombra
dañosa suele ser a los que cantan.

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, pp. 191-192.]

LLEVARÁS CADA MAÑANA TUS GANADOS

Siendo de materia tan natural y hechos por un sistema tan primitivo, su aspecto es rustiquísimo y no puede uno verlos sin recordar ciertos versos de Virgilio: «Llevarás cada mañana tus ganados», dice el poeta, — *currentem illignis biber, canalibus undam.*

A beber agua corriente
en el canal de madera

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, p. 520.]

TIMEO DANAOS ET DONA FERENTES

Traducción

Los griegos son tan malos,
tan malos, lector mío,
que de ellos no me fío
ni aun trayendo regalos.

[En *Cuadros y episodios peruanos y otras poesías nacionales y diversas*. Lima, Imprenta de la Calle Melchormalo, 1867, p. 349.]

TRABAJA ASNO

Un esclavo de esos, dijo, dibuja un burro dando vueltas a un molino y escribe al pie:

Labora, aselle, quomodo laboravi;
et proderit tibi.

Asno, trabaja como yo lo hice,
y te aprovechará.

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, p. 202.]

THOMAS GRAY (1716-1771)

POECILOTHAUPIS IGNIVENTRIS, SCL.

Más de una perla oculta resplandece,
en la honda lobreguez del oceano;
más de un botón en soledad florece,
donde su aroma se disipa en vano.

[En *Revista Americana* Tomo I, Nº 1. Lima, 1º de octubre de 1891, p. 31.]

DEL ITALIANO

DANTE ALIGHIERI (1265-1321)

Y años más tarde también, el paso de las bandurrias me hacía comprender los célebres versos de Dante:

> E come i gru van cantando lor lai
> facendo in aer di se lunga riga.
>
> Y como van las grullas en hilera
> cantando su querella lastimera.

[En Juan de Arona. *Descripción de los tres principales balnearios marítimos que rodean a Lima*. Lima, Librería, Imprenta y Encuadernación Gil, 1894, p. 17.]

MICHELANGELO BUONARROTI (1475-1564)

Miguel Ángel, el autor que también era poeta, como pintor y escultor, contestó en nombre de la Noche con el siguiente verso, lleno de tal amargura, que se diría que es un peruano de nuestros días el que habla:

Grato m'e il sonno, e piu l'esser di sasso,
mentre che il danno e la vergogna dura;
non veder, non sentir si é grand ventura
peró non me desper; de parla basso!

Pláceme el sueño, y mucho más de piedra,
que el daño sigue y la vergüenza medra;
no mirar, no sentir, ¡dicha infinita!
no me despiertes pues; ¡aparta! ¡quita!

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, pp. 172-173.]

EL TRIUNFO DE LA MUERTE

El cuadro de más vasta composición es el titulado *El Triunfo de la Muerte*. Ocupan el centro varios enfermos que invocan a la muerte con estos versos:

> Dacche prosperitade ci ha laciati;
> o morte! medicina d'ogni pena,
> deh! vieni á' darne ormai' l'ultima cena.

> Pues la prosperidad nos ha dejado,
> ¡oh muerte! medicina a toda pena,
> ¡ea! vénnos a dar la última cena.

Pero la «señora de la guadaña» no les hace caso, como sucede siempre, y va a descargar el golpe en juveniles parejas que templan los ardores de la caza en un fresco bosquecillo escuchando las trovas de un trovador, mientras que una tropa de amarillos resuelva por encima de ellos.

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, p. 168.]

GIACOMO LEOPARDI (1798-1837)

LA BATRACOMIOMAQUIA BATALLA DE LOS RATONES Y LAS RANAS

CANTO PRIMERO

I

Musas que del Parnaso en las florestas
pasáis la vida en plácido festejo;
hoy que tan grave carga me echo a cuestas,
por fuerza he menester vuestro consejo,
pues que voy a cantar, ¡oh nueve hermanas!
la guerra de los ratos y las ranas.

II

Listo tengo el papel; la pluma espera;
haced, ya que vosotras podéis tanto,
que a la edad más remota venidera
puedan llegar los ecos de mi canto;
y que por siempre la memoria viva
de lo que dedicado a vos escriba.

III

Un rato que era el más gallardo rato,
a un estanque fangoso llegó un día:
estuvo a pique de atraparlo un gato,
y con el agua fresca en sí volvía:

una gárrula rana desde el fondo
llegó en él a fijar su ojo redondo.

IV

Subió a la superficie de la charca
y «¿Quién eres —le dijo— forastero?
¿Cuál es tu patria, tu natal comarca?
¿Cuál tu familia? Vamos, sé sincero,
que como franco seas yo me allano
a hacerte vadear este pantano.

V

Yo tu guía seré, verás conmigo de
mi palacio y territorio el lujo,
donde hallarás hospitalario abrigo;
yo soy su gran señor; yo soy Papujo,
y rana no hay en la región palustre
que de mi autoridad no acata el lustre.

VI

Yo del agua soy vástago y el fango
y nací de Eridano en la ribera;
creo que tú también seas de rango,
ni te puedo tomar por un cualquiera;
rey me pareces y adalid valiente,
dime quién eres, pues, sinceramente».

VII

«Perdona que me admire —el ratón dijo—,
pues no hay ángel, ni Dios, ni menos hombre
que no de *Roepán* conozca al hijo;

Hurtamigajas; he aquí mi nombre,
hijo de *Roepán*, ratón apuesto,
de alma elevada y corazón bien puesto.

VIII

Mi madre Lametona, reconoce
por padre a Tocinófilo, rey fiero;
ella de la familia con gran goce
me dio a luz en un lóbrego agujero,
y se pasaron mis primeros días
entre higos, nueces y otras gollerías.

IX

¿Mas cómo quieres que tu amigo sea
cuando somos en todo tan contrarios?
Tú vives de agua y ella te recrea;
yo me mantengo de alimentos varios;
soy como el hombre; es uno nuestro vientre,
y no hay rincón donde mi hocico no entre.

X

Mío es el tierno pan si me escabullo
en la panera; mío es el bocado
del bizcochuelo fresco que me engullo
de ajonjolí picante espolvoreado;
higaditas, perniles y tocino
engordan y rellenan mi intestino.

XI

No bien salir del molde el queso veo,
cuando lo asalto con audacia rara

cocinas y ollas sin cesar husmeo
mientras la cena al hombre se prepara;
no hay sabroso manjar que no me robe,
quizá envidia mi dicha el mismo Jove.

XII

De ninguna batalla me horrorizo;
impávido al acero me adelanto;
del hombre aún en la cama me deslizo,
sin que por ser tan grande me dé espanto;
en sus sábanas métome sin miedo,
y él no me siente y aún le muerdo un dedo.

XIII

Solo le temo al gavilán y a gato,
al gato que incesante nos da asedio,
y de la ratonera al aparato
en el cual nos perdemos sin remedio;
al gato sobre todo lo conjuro
que de él ningún rincón está seguro.

XIV

No gusto yo de rábanos ni *yuyos*,[1]
de remolachas menos y otras yerbas,
y estos ¡pardiez! son los bocados tuyos,
y todo lo que en tu agua me reservas».
Rióse y dijo el vástago del lodo:
«Veo que para ti la panza es todo.

[1] Hortaliza, yerbas. Es voz *quichua.*

XV

No faltan por acá sus buenas cosas, y
en vida tan variada cual ninguna
saltamos por las márgenes herbosas,
nos hundimos después en la laguna;
que a nuestra anfibia raza le fue dado
vivir en agua y retozar en prado.

XVI

Si te place nadar, el temor pierde
sáltame encima, y como tengas juicio
y bien te agarres, podrás dar en verde,
sin temor de abismarte al precipicio;
y libre y salvo a la morada mía
podrás venir por esta ignota vía».

XVII

Dice, y la espalda le presenta ufana;
salta el otro de miedo sin asomo, y
abrazado del cuello de la rana
cruzaba el lago sobre el seco lomo;
reía *Hurtamigajas*; pero es cierto
que era por verse aún cercano al puerto.

XVIII

Mas cuando en medio del gran charco hallóse
y vio la orilla por doquier lejana,
conoció el riesgo, le pesó, turbóse
y con las piernas se aferró a la rana.
Llora, tiembla, se arranca la pelusa,
y en voz alta su imprevisión acusa.

XIX

Llamaba en su socorro al alto cielo,
y temiendo la muerte en cada ola,
azorados los ojos, lacio el pelo,
dejó detrás de sí flotar su cola;
el rabillo infeliz, que en tal extremo
hendía el agua como inútil remo.

XX

Pálido dijo al fin: «¿Qué atroz camino
atravesando voy? ¿cuándo a la meta
llegamos de una vez? El buey divino
con su Europa a la espalda llegó a Creta:
¡plegue a Dios que esta rana así se porte,
y me conduzca sano hasta su corte!»

XXI

Dice, y tiembla, y la rana se horripila,
viendo los dos que desde su hondo albergue
surge cual dardo una voraz anguila
y aguas arriba el alto cuello yergue.
La rana zambullendo el bulto esquiva,
y al otro pobre de su auxilio priva.

XXII

Cayó al agua de lleno la alimaña,
y en vano de sus patas con los remos
buscando apoyo, en derredor araña;
vanos eran esfuerzos tan supremos,
mojada su pelambre, hecho una sopa,
sintió pesarle su peluda ropa.

XXIII

Y taloneando el agua todavía,
«Ved —dijo— aquí de mi confianza el pago,
trájome aquí, Papujo, tu artería,
seguro de vencerme en este lago;
incapaz a pie enjuto de vencerme,
sobre las aguas me trajiste inerme.

XXIV

A mí inferior en fuerza y ligereza,
me arrastraste hacia aquí por pura envidia;
mas los cielos han visto tu vileza;
vengarán los ratones tu perfidia;
ya oigo sonar el bélico tumulto;
voy —añade— a morir; pero no inulto».

CANTO SEGUNDO

I

Lameplatos, que andaba por la orilla,
testigo fue de la horrorosa escena:
la ve, se espanta, se estremece, chilla,
y va la nueva a derramar, y apena
oída fue, cuando el ratonio imperio
ardió en ira ante tanto vituperio.

II

Convócase a asamblea por un bando;
no hay ya quien a la guerra no se aliste;

reina por el contorno Marte infando;
mientras de Roepán el hijo triste
yace en medio del charco bocarriba,
lejos de la feliz playa nativa.

LEOPOLDO FERRIGNI

El autor de la *Guía* o *Viaggio attraverso l'Esposizione italiana* de 1861, Di Yorick, figlio de Yorick, era un tanto original como se puede colegir de su nombre o seudónimo tomado del *Hamlet* en donde figura como nombre del bufón del Rey de Dinamarca, del advertir que es hijo de su padre, y más que nada de la siguiente dedicatoria:

Casto Lettore.
Hay tu due lire in saccoccia!
Questo libro e per te,
E le due lire per me!

Casto Lector,
¿Tienes dos liras[1] a mano?
¡Este libro es para ti,
las dos liras para mí!

Yorick es un seudónimo célebre en las letras contemporáneas de Italia; corresponde al escritor Leopoldo Ferrigni.

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. *Lima*, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, pp. 180-181.]

---

[1] Lira, moneda italiana que hace poco menos de un franco o peseta.

DEL FRANCÉS

NICOLAS BOILEAU (1636-1711)

De la posición social podría decirse lo que Boileau dijo del honor:

L'honneur est comme une île escarpée et sans bords,
On n'y peut plus rentrer quand on en est dehors.

Es una isla escarpada y sin orillas
do a entrar no vuelve el que una vez salió.

[En Juan de Arona. *Descripción de los tres principales balnearios marítimos que rodean a Lima*. Lima, Librería, Imprenta y Encuadernación Gil, 1894, p. 5.]

JEAN RACINE (1639-1699)

VERSO DE FEDRA

Es el mismo [sol] al cual Fedra, de raza heliaca, había dicho antes de morir:

Soleil je viens te voir pour la derniere fois.

Sol, vengo a verte por la vez postrera.

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. *Lima*, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, p. 203.]

(DE UN TRIOLET)

El primer día de abril
fue el más feliz de mi vida,
tuve una ilusión gentil
el primer día de abril,
te vi, te adoré febril,
y si te fui grato, Armida,
el primer día de abril
fue el más feliz de mi vida.

[En *Cuadros y episodios peruanos y otras poesías nacionales y diversas*. Lima, Imprenta de la Calle Melchormalo, 1867, p. 311.]

VICTOR HUGO (1802-1885)

ESTROFA DE «FANTÔMES»

Fuerza es que el río piérdase en el llano,
que fulgure el relámpago y que muera,
y que abril queme con su hielo cano
las estrelladas flores del manzano,
nieve olorosa de la primavera.

[En *Sonetos y chispazos*. Lima, Imprenta del Teatro, 1885.]

DEDICATORIA DE UN LIBRO

Victor Hugo proscrito, dedicaba a Francia uno de sus últimos libros:

Livre qu'un vent t'emporte
En France où je suis né,
L'arbre déraciné
Donne sa feuille morte.

Libro, que un viento próspero
te lleve amigo
a la tierra de Francia
donde he nacido;
más no me queda,
árbol desarraigado,
doy mi hoja muerta.

[En Pedro Paz Soldán y Unanue, «Juan de Arona». *Memorias de un viajero peruano*. *Lima*, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, p. 181.]

DEL INGLÉS

ALEXANDER POPE (1683-1744)

ENSAYO SOBRE LA CRÍTICA

Fragmentos

No sé cual de la prensa en la palestra
una incapacidad mayor demuestra,
si aquel que sandio y bolo
versos ensarta aunque le pese a Apolo,
o aquel que sin criterio
de la crítica asume el magisterio.

———

El alado corcel, cual potro noble,
muestra, enfrenado, un ardimiento doble.

———

Si a despecho de Apolo, Mévio escribe,
otro que lo critica, peor concibe.

———

No siempre un jefe experto
abre sus filas en igual concierto;
según caso y lugar las distribuye;
su fuerza oculta y aun parece que huye;
es estrategia lo que error parece;

no es Homero, eres tú quien se adormece.

———

Otro sólo se fija en el lenguaje,
y al libro sólo estima
cual la mujer al hombre, por el traje;
la moral endeblez no le da grima:
«¡Oh! si el estilo es de primera clase»
dice, y he aquí su sempiterna frase.
No basta lo de encima;
algo más busca cuando un libro abras;
son como la hojarasca las palabras:
no es fácil que se esconda
muy mucha fruta bajo mucha fronda.

La hinchazón, la bambolla y el sofisma,
son nada más que un engañoso prisma,
que esparce en los objetos circunstantes
franjas de luz, matices y cambiantes,
y borra con su espléndida impostura
los rasgos majestuosos de Natura.

Pero el estilo fiel, la expresión propia,
es sol que rayos de verdad acopia,
y alumbra los objetos de manera
que aunque brillo les da, no los altera.
Siendo pues la expresión, como es sabido,
de nuestros pensamientos el vestido,
es tanto más decente
cuanto más conveniente.

———

El que una poesía mala o buena

halla solo, según como le suena;
el que en los varios tonos de la lira
la cadencia no más busca y admira;
el que solo adular quiere la oreja
y ninguna enseñanza tras sí deja;
es como aquel varón que al templo santo
va solo por la música y el canto.

———

No basta que por áspero al oído
no ofenda el verso; es menester que envuelva.
Un eco de la idea en su sonido.
Lento y blando ha de ser cuando envuelva
el susurro del céfiro en la selva,
«o bien cuando recuerde
arroyo, que de verde,
lacia, mullida, juguetona lama
resbala por la cama,
do de su curso hasta el rumor se pierde».[1]

Si un peñón descuajar Áyax desea,
el verso trabajoso
rueda con lentitud, brega, jadea,
pareciendo seguirlo en su tarea.
Tardo marche, y tropiece, y aun fatigue,
si de la tarda yunta el rastro sigue;
pero cuando a una ninfa nos describa
saltando por el campo fugitiva,
raudo el verso anticípese a su huella,
tan ágil y tan suelto como ella.

[1] Los cinco versos incluidos entre comillas, son originales del traductor.

ADRIANO MORIBUNDO A SU ALMA

¡Ah, espíritu fugaz, errante llama
que ardiste en el santuario de mi pecho!
¡Qué! ¿ya mi cuerpo tu calor no inflama?
Huésped caro y vivaz, di, ¿qué te has hecho?
¿Qué incógnita región tu vuelo llama?
¿Dó te vas, alma, con tan largo trecho?
Temblona me pareces, moribunda;
tu humor se apaga y tu expresión jocunda.

(Lima, noviembre de 1870)

GEORGE GORDON, LORD BYRON (1788-1824)

EN EL SEXTO ANIVERSARIO DE MI MATRIMONIO

A PENÉLOPE

¡Cuánto este día me es importuno
y también cuánto lo es para vos!
Hace *seis* años éramos *uno*,
hace *cinco* años ya éramos *dos*.[1]

[En Cuadros *y episodios peruanos y otras poesías nacionales y diversas*. Lima, Imprenta de la Calle Melchormalo, 1867, p. 347.]

EN LA MUERTE DE UN AMIGO: JOSÉ ANTONIO AGUIRRE Y ANDRACA

Oh known the carliest, and esteemed the most!...

CHILDE HAROLD I, 92

¡Oh el más antiguo y el más dulce amigo!
¡caro a mi pecho a todo afecto inerte!
¡si hoy ya no puedo departir contigo,
podré a lo menos entre sueños verte!

---

[1] Lord Byron se separó de su mujer al año de haberse casado con ella.

y el sol será de mi dolor testigo
cuando a llorarte al alba me despierte,
y vagaré por tu incruenta tumba
hasta que, polvo yo también, sucumba,
y, juntos el doliente y el llorado,
duerman en una tumba lado a lado.

[La traducción de la estrofa de *Childe Harold* es el epígrafe de un poema de Juan de Arona dedicado a la muerte de José Antonio Aguirre y Andraca que se publicó en *El Chispazo* Nº 50. Lima, 24 de setiembre de 1892, p. 211.]

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW (1807-1882)

VERSOS DE ORO

Por rubios trigales de espigas doradas,
al soplo primero del mes tentador.
Iremos buscando las cosas aladas,
las áureas abejas, los versos de amor.

Los pinos enhiestos sus copas levantan,
yo ciño tu talle de esbelto bambú;
oigamos, mi vida, las cosas que cantan;
yo, ritmos sonoros, y pájaros tú.

Siguiendo el arroyo donde ávidas toman
frescura las aves después de volar,
iremos buscando las cosas que aroman,
y versos y aromas podremos hallar.

Amor, si lo quieres, hará que ese día
la luz resplandezca, cual nunca lució,
seré yo el poeta, tú la poesía.
Tú serás mas bella, más amante yo.

[En *Neblina* Nº 24. Lima, julio 14 de 1894, p. 188.]

DEL ALEMÁN

FRIEDRICH VON HAGEDORN (1708-1754)

HELENA Y MENELAO

Devuelta a Menelao le dice Helena
de llanto y de rubor con razón llena:
«Sí, mi amor, pongo al cielo por testigo,
te fue robado en su porción terrena,
estuvo mi alma sin cesar contigo».
«No dudo, respondió él; pero te baste.
saber que la peor parte me dejaste».

[En Juan de Arona. *Sonetos y chispazos*. Lima, Imprenta del Teatro, 1885.]

JOHANN WOLFGANG GOETHE (1749-1832)

LEJOS DEL OBJETO AMADO
[AN DIE ENTFERNTE]

It was the lark, the herald of the morn.
SHAKESPEARE, *Romeo and Juliet*

¿Y para siempre, ay Dios, te habré perdido?
¿Y huyes, ídolo mío, de mi asiento,
cuando como hasta ayer suena en mi oído
cada palabra tuya, cada acento?

Como el viajero al despuntar el día
del aire explora la región callada,
cuando perdida en el azul le envía
la alondra desde lo alto su tonada:

así yo tiendo la mirada loca
por la espesura y prado, y bosque umbrío;
mi verso todo sin cesar te invoca;
vuelve a mi lado, pues, vuelve, bien mío.

[En *El Perú Ilustrado* Nº 14. Lima, 13 de agosto de 1887, p. 8.]

ENCONTRADA
[GEFUNDEN]

Me entré en el bosque, de mí mismo lleno,
de nada en pos y a todo plan ajeno;

cuando en la oscuridad vi que descuella
linda una flor como luciente estrella:

quise arrancarla y tímida me grita:
«¿Dónde me llevas? ¿A morir marchita?»

Con sus raíces íntegra saquéla
y a otro sitio en mi huerto trasportéla,

y hoy trasplantada en el lugar callado
vive y florece como en su otro estado.

[En *El Perú Ilustrado* Nº 16. Lima, 27 de agosto de 1887, p. 8.]

EL ARROYUELO

Mientras plateado manso arroyuelo
pasas y nunca vuelves atrás;
en tus orillas dice mi anhelo:
¿de adónde vienes? ¿adónde vas?

«Vengo del seno de obscuro abismo,
por musgo y flores va mi raudal,
tan transparente, que el cielo mismo
busca su imagen en mi cristal.

Por eso miras mi faz risueña;
ruedo empujado, no sé por quién;
mas quien me trajo de ruda peña
ese mi guía será también».

[En *El Chispazo* Nº 15. Lima, 23 de enero de 1892, p. [57].]

FERDINAND FEILIGRATH (1810-1876)

LA VENGANZA DE LAS FLORES

Entre blandos cojines reposa
y dormita una bella mujer, cuya
luenga pestaña sedosa como un
fleco se ve descender.

Alba copa en la silla cercana
embriagante derrama el olor
de las flores, que en esa mañana
ella misma cogió con amor.

La abrasada canícula impera
y cerrados ventana y balcón,
el mullido retrete exagera
de la atmósfera el alta presión.

De improviso el ambiente se agita
y de cada corola en redor
algo bulle, se mueve y palpita;
cuchicheo se siente y rumor.

Y las flores, las fibras más tiernas,
con latidos de vida y placer
se estremecen, y a formas externas
se les ve poco a poco dar ser.

De fragancias y esencias son almas
que vestidas de niebla y de tul,
traen coronas, y escudos y palmas,
y en atmósfera flotan azul.

De una rosa desprende su planta
una esbelta mujer ideal,
su cabello el rocío abrillanta
que del seno sacó maternal.

En pos de ella magnífico, atónito,
caballero de audaz corazón,
desde el casco se alzó del acónito,
con espada luciente y morrión.

Una garza de pluma plateada
dio a su casco el penacho que ves,
y más lejos temblando una hada
aún apoya en un lirio sus pies.

Con su verde turbante un Etiope
de su cáliz brotó el tulipán,
y del verde turbante en el tope
brilla de oro el airón musulmán.

El monarca que rija esta corte
la *corona imperial* cetro dio,[1]
y el gladiolo la armada cohorte
que le monte la guardia de honor.

---

[1] Fritilaria.

Un mancebo de torva mirada
de un narciso se eleva sutil,
y su boca en la boca preciada
va a estampar con anhelo febril.

Y al lecho todos en tropel se acercan
en danza circular, desordenada,
y mientras con su anhélito la cercan,
le cantan a la niña esta tonada:

«Tú nos sacaste de la madre tierra,
niña, y al duro seno nos trajiste
do nuestro cáliz se marchita y cierra,
y nuestra vida languidece triste.

No más al soplo de auras placenteras
rendiremos el tallo; ni en la noche
jugaremos cual sílfides ligeras
nacidas ¡ay! de nuestro verde broche.

¡No más aire ni luz! ¡No más rocío
ni aguas que bañen nuestro pie al soslayo,
ni árboles que abran el ramaje umbrío
para que el sol nos pueda enviar su rayo!

Muramos pues en este vaso frío,
trasmitiéndote a ti nuestro desmayo,
y pues tú nos quitaste la existencia
muere embriagada en nuestra propia esencia».

Cesa el canto y se inclinan anhelantes
insuflando a la niña su vapor,
vuelve el silencio fúnebre de enantes,
vuelven los cuchicheos y el rumor.

¡Qué agitación por la pequeña sala!
¡Cómo insuflando el pelotón se apiña!
¡Cuál su fragancia cada flor exhala!
¡Cuál se purpura el rostro de la niña!

¡Y ella dormita aún!... ¡Y tan bien duerme,
que cuando la saluda el sol que nace,
la encuentra inmóvil en el lecho… inerme!
¡La adorada beldad cadáver yace!

Ya junto a sus hermanas no palpita;
y aunque están sonrosados sus colores,
ya ella también es otra flor marchita,
¡muerta por la fragancia de las flores![2]

[Recogido por Ventura García Calderón en la antología *Los Románticos*. París, Desclée de Brouwer, 1938, pp. 235-238.]

---

[2] Sobre el mismo asunto y título de la poesía que traducimos, hay un gran cuadro al óleo del pintor alemán Gustavo Wertheimer. En él las emanaciones deletéreas de las flores están representadas sintética y simbólicamente por una serpiente, que se desprende del ramo funesto y avanza vibrando la lengua sobre la joven dormida. La sustitución es apropiada, y conforme con las barreras, como diría Lessing, que separan a la pintura de la poesía.

APÉNDICE

UNA TRADUCCIÓN NO ENCONTRADA

Manuel Gonzáles Prada publicó en *El Progreso*, en noviembre de 1885, una traducción del poema «Der Erlkönig» de J. W. Goethe con el título «El Rey de los Alcos».

Por la carta de respuesta a Juan de Arona de parte de Manuel González Prada, aparecida el 28 de enero de 1886 en *La Opinión Nacional* y la nueva respuesta de Juan de Arona al día siguiente en el mismo periódico, se sabe que este publicó una crítica de la traducción de Gonzalez Prada, seguida por su propia traducción del poema de Goethe, en el número 3685 de *La Opinión Nacional* del 26 de enero de 1886.

En la colección de la Biblioteca Nacional del Perú falta, por desgracia, dicho número y no he podido encontrarlo en otros repositorios. Carecemos, pues, de la traducción del poema de Goethe por Juan de Arona pero creemos que la nueva carta de respuesta a González Prada es muy interesante, y merece su reproducción, porque demuestra, sobre todo, su afición y sus conocimientos linguísticos con relación a la traducción.

La carta de Juan de Arona, y la nota del periódico, es la siguiente:

Creemos que nuestro público estará siguiendo con interés la polémica literaria seguida entre dos notables competencias del Parnaso peruano, los señores don Pedro Paz-Soldán y Unanue y don Manuel González Prada a propósito de una traducción del célebre poeta alemán Goethe.

He aquí la nueva carta que con el nombre de este suelto hemos recibido hoy de Juan de Arona.

Señores Cronistas de *La Opinión Nacional.*

Nuestro amigo P. ha tenido al amabilidad de explicarnos por qué ha traducido por *Alcos* y no por *Alisos*, como debía, el *Erlen* de la balada de Goethe, *Der Erlenkönig*, que en cualquiera lengua, en traducción literal, no puede significar sino *El Rey de los Alisos.*

Tomemos el diccionario cuatrilingüe de Trowitzsch, publicado en Berlín y veamos que dice: «*Erle, alder, aune, alno y ontano*». La segunda palabra en inglés, la tercera en francés y las dos últimas en italiano son los nombres de nuestro *aliso.*

El mismo P. conviene en que la traducción francesa de *erle* es *aune*, voz cuyo único equivalente en nuestra lengua es el que queda apuntado. Si el diccionarista Booch Arkosay agrega además los de *álamo negro* y *chopo*, será porque él, como su cofrade Franceson, no han andado nada felices al pretender obsequiarnos un léxico alemán-español. Ningún diccionarista inglés, francés o italiano, como ya se ha visto más arriba por el cuatriglingüe, sería capaz de explicar *Erle* por *poplar, peuplier,* o *pioppo* (de donde tal vez el español *chopo,* que designa el álamo negro): provenientes todos, inclusive el alemán *pappel*, del latín *populus, álamo.*

El de *aliso* procede de *alnus*, que es un género, junto con el abedul, de la familia de las *Betuláceas*. Los álamos pertenecen a la familia de los sauces.

No había para qué pensar en la innecesaria castellanización de *alno*, desde que teníamos un nombre común, corriente, poético desde los días de Lope de Vega *aliso;* ni menos para que escogitar el de *Alco*, solo porque se leyó en un libro de Botánica el que el *alno* se llamaba *alco* en algún país, según nos lo refiere nuestro docto y muy distinguido amigo.

«Si por extrañeza, continúa, no gusta *El Rey de los Alcos*, escríbase el *Rey de los Alnos*». No, querido amigo: no se trata solo de extrañeza, la cual, en poesía, generalmente no va mal. Se

trata de una innecesaria inexactitud y de una estéril excentricidad, *erle* es *aliso*: *alno* es un mal latín, y *alco* no es nada; o lo que es peor, constituye el nombre apelativo del *canis familiaris* de nuestros indígenas.

El empleo del nombre botánico está bueno cuando no hay otro; como en *eucalipto*, *bougainvilia, astrapea,* o cuando el nombre común no cae bien o enteramente bien en el verso, como «sauce llorar o jazmín del Cabo», a que se podría preferir «sauce de Babilonia y gardenia florida».

Nuestra indiscreta curiosidad con el amigo P. no ha tenido más fundamento que la creencia, en que todavía persistimos, de que al traducir *Alcos* por *Alisos*, obedecía a una noción abstrusa, fuera de nuestro alcance, y de la que rabiábamos por vernos en posesión.

Quizá nos la quiere ocultar egoístamente; quizá no se da cuenta él mismo de lo que sabe: vamos a ver si lo ayudamos a alumbrar.

Aunque los franceses designan por la misma palabra *aunes* a los árboles llamados *alisos* y a los silfos o *elfos* de la balada de Goethe, es indudable que en el primer caso se refieren a una etimología latina o celta, que recuerda los parajes frecuentados por el *aliso*.

¡Amigo fiel de los terrenos húmedos! exclamábamos nosotros mismos ahora veinte años viajando a pie por la Suiza; y en el segundo, a la palabra bajo latina, *Alcunae,* con que se denominaba a ciertos espíritus malignos que traveseaban por las fuentes y riberas, y de que también han derivado *aunes* los franceses.

Quizá nuestro amigo ha pescado por alguna parte, y no lo recuerda, eso de *Alcunos* o *Alcunas,* sincopado en *Alcos*, como Rafael en *Rafo*.

En cuanto a los alemanes, no obedecen, a lo que entiendo, más que a una sola etimología al pintar con la misma voz a los alisos y a sus familiares huéspedes; sin que les repugne, porque a falta de doble etimología, ven el doble sentido o, mejor dicho, la asociación de ideas que reina entre una cosa y otra, como ya lo sugerimos en la anterior.

Es además una permutación entre *elfen, elfo* o silfo, y *erlen,* como ya lo apuntamos allí mismo. Así nos lo enseñan los buenos diccionaristas. Thibant dice: «Erlenkonig, *mitología, Roi des aunes*» (*alcunae?*). Sachs-Villate en su diccionario enciclopédico se expresa así «Erlenkonig y también Erlkoning, *mitología* (*Variante* de *Efenkónig*) *roi des Aunes,* rectamente, rey de los *elfos*». Por último, Meyer en su *Hand Lexikon* de conocimientos universales trae lo siguiente: «*Erkónig,* falsa interpretación del dinamarqués *Elverkonge,* que significa *Efenkónig*».

En cuanto al asunto mismo de la balada de Goethe, que ha motivado nuestra anterior, la presente, ya larguísima, y la muy lacónica explicación del amigo P, es también el de alguna otra cantata alemana (P. lo sabe); no recordamos en este momento si de Herder o de Uhland.

Allí el maleficio de los silfos no se ejerce en una débil criatura, que muere de terror en los brazos de su padre; sino en un bravo guerrero que vuela a los de su novia y a la boda que lo espera. Este se defiende de las sílfides como debe suponerse, como José, el faraónico Ministro de Hacienda, de la Putifar; como Sebastián de Catalina en los *Diamantes de la Corona*. Pero al llegar a los brazos de la susodicha, que los espera impaciente, la novia estrecha un cadáver, como el padre del niño al entrar al castillo.

En conclusión, el título de la balada de Goethe debe traducirse, en nuestro humilde parecer, por *El Rey de los Alisos* o *El Rey de los Silfos*. Nótese que aun entre *alisos* y *silfos* hay la paronomasia que entre *erlen* y *elfen*.

Ahora sería bueno señores Cronistas, que ustedes reprodujeran de *El Correo del Perú* la traducción de nuestro amigo, ya que han publicado la mía, que les fue remitida, inmodestamente, por su atento S.S.

JUAN DE ARONA

[En *La Opinión Nacional*. Lima, 29 de enero de 1886, p. 3. Después de la carta de Juan de Arona, se reproduce la traducción de Manuel González Prada de *El Progreso*.]

DOS TRADUCCIONES ATRIBUIDAS

Estuardo Núñez ha deslizado la posibilidad de que la traducción de la balada de J.W. Goethe «La copa del Rey de Thule» publicada sin firma en *El Comercio* un abril de 1876 y la traducción del poema de Alexander Pope «La soledad» firmada por *Aral* y publicada en *El Correo del Perú* del 13 de febrero de 1876 sean de Juan de Arona.

En el caso del poema de Goethe la traducción publicada por él en su libro *Autores germanos en el Perú* (Lima, Ministerio de Educación Pública, 1953, pp. 116-117), pertenece al poeta valenciano Teodoro Llorente (1836-1911) que unos años después publicaría la versión completa del primer *Fausto* (1882). Como se acostumbraba en la Lima del siglo XIX, la traducción fue tijereteada de una publicación española y reproducida sin mayores datos.

Con relación a la traducción del poema «La soledad» de Alexander Pope no nos parece de Juan de Arona por los motivos siguientes:

a) No existen traducciones sueltas anteriores a 1883, publicadas por Juan de Arona, que no se encuentren recogidas en su recopilación de *Poesía latina*. Habiendo recogido en este libro dos traducciones de Pope sería muy improbable que no hubiese añadido la de «La soledad» no firmada con sus seudónimos conocidos sino con un seudónimo que probablemente sea un anagrama de Lara.
b) La traducción de Pope está realizada en versos alejandrinos lo que sería, también, un caso único entre las traducciones de Juan de Arona. La excepción es el de un fragmento del canto II de *Las Geórgicas* ejemplificado por el traductor como el de un verso imposible. En la nota a su traducción se lamenta: «el gusto de los que desearían ver a Virgilio traducido en igual número de renglones está satisfecho, pero ¡a qué precio!»

De todas formas reproducimos la versión de «La soledad», tomándola de *El Correo del Perú* del 13 de febrero de 1876, p. 53, y que Estuardo Núñez incluyó en su libro *Autores ingleses y norteamericanos en el Perú* (Lima, Ministerio de Educación Pública, 1956, p. 249), adscribiéndosela con probabilidad a Juan de Arona.

LA SOLEDAD
(Traducción de A. Pope.)

Feliz el que modesto, limita sus cuidados a
conservar entera la herencia paternal,
contento el pasearse por sus floridos prados
y respirar el aire de su país natal.

Y la espumosa leche beber de su rebaño,
del trigo de sus campos comer el blanco pan;
sus árboles le alternan los dones en el año,
si ora le prestan sombra, ya lumbre le darán.

¡Que bendecido sea! Viviendo sin pasiones
sus horas se deslizan sin pena ni inquietud,
y ve pasar los meses y en pos las estaciones,
el corazón en calma y el cuerpo en la salud.

Para él, las noches vuelven en su profundo sueño,
ya estudia, ya reposa; ¡feliz recreación!
y la inocencia asiste con su mirar risueño
a los placeres puros de su meditación.

Así: dejad, dejadme, de todos olvidado
pasar mis pobres días en soledad feliz,
y que al caer en tierra mi cuerpo inanimado
la funeraria losa nos diga: ¡Yace aquí!

ARAL.

ÍNDICE

Presentación 7

LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO

Dedicatoria 14
Prólogo de esta edición 15
Introducción 19

Libro primero 35
Notas 69
Fragmentos del Libro Segundo de las *Geórgicas* 84
Fragmentos del Libro Tercero 86
Fragmentos del Libro Segundo, en prosa 88
Fragmentos de las *Églogas* 90
Fragmentos de la *Eneida*, Libro Primero 96
Fragmentos de la *Eneida*, Libro Segundo 110
Fragmentos de la *Eneida*, Libro Cuarto 110

Apéndice 111
De la *Ilíada* de Homero 111
De la *Batracomiomaquia* 112
De las sentencias de Publio Syro 113

Detonaciones destempladas 114
Juicio favorable acerca de esta versión 120

LA MATRONA DE EFESO 125

POESÍA LATINA

Al joven y erudito poeta español Don Marcelino Menéndez Pelayo 149

Tito Maccio Plauto
El Parásito [Menecmos] 163
Escena suelta de *Los Menecmos* 180
Del *Anfitrión* 182
El Truculento [Truculentus] 183
El militar fanfarrón [Miles gloriosus] 184
Los cautivos 189
Rudens [El cable] 193

Décimo Laberio
Prólogo 220

Tito Lucrecio Caro
De *Rerum Natura* – Lib. I, vv. 1-43 222
De *Rerum Natura* – Lib. II, vv. 1-13 225
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 1-24 225
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 28-30 227
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 37-40 227
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 59-61 227
De *Rerum Natura* – Lib. III, vv. 87-93 228
De *Rerum Natura* – Lib. V, vv. 195-234 228
De *Rerum Natura* – Lib. V, vv. 925-1027 231
De *Rerum Natura* – Lib. V, vv. 1027-1039 238
De *Rerum Natura* – Lib. V, vv. 1056-1077 238

Publio Virgilio Marón
Las Geórgicas – Lib. II, vv. 1-44 240
Las Geórgicas – Lib. II, vv. 420-474 243
La Eneida – Lib. II. vv. 1-159 247
La Eneida – Lib. II, vv. 195-215 257
La Eneida – Lib. II, vv. 250-255 258
La Eneida – Lib. II, vv. 268-292 258

Sexto Propercio
Roma 261

PUBLIO OVIDIO NASÓN
Filemón y Baucis 262
Píramo y Tisbe 263
Fastos – Lib. I, vv. 697-704 270

FEDRO
El pollo y la perla 271

OTRAS TRADUCCIONES

DEL GRIEGO
Fragmento de Píndaro 275

DEL LATÍN
PUBLIO VIRGILIO MARÓN
Versos de la Égloga I 276
Fragmento de la Égloga IX 277
Fragmento de la Égloga X 277

Llevarás cada mañana tus ganados 278

Timeo danaos et dona ferentes 279

Trabaja asno 279

THOMAS GRAY
Poecilothaupis Igniventris, scl. 280

DEL ITALIANO
DANTE ALIGHIERI 281

MICHELANGELO BUONARROTI 282

El triunfo de la muerte 283

GIACOMO LEOPARDI
La Batracomiomaquia 284

LEOPOLDO FERRIGNI 292

Del Francés
Nicolas Boileau 293

Jean Racine 294

(De un triolet) 295

Victor Hugo
Estrofa de «Fantômes» 296
Dedicatoria de un libro 296

Del Inglés
Alexander Pope
Ensayo sobre la crítica [Fragmentos] 298
Adriano moribundo a su alma 301

George Gordon, Lord Byron
En el sexto aniversario de mi matrimonio 302
En la muerte de un amigo 302

Henry Wadsworth Longfellow
Versos de oro 304

Del Alemán
Friedrich von Hagedorn
Helena y Menelao 305

Johann Wolfgang Goethe
Lejos del objeto amado 306
Encontrada 307
El arroyuelo 307

Ferdinand Feiligrath
La venganza de las flores 309

Apéndice
Una traducción no encontrada 313
Dos traducciones atribuidas 317